

SERGIO G. ROS



**EL LADRÓN
DE
COMPRESAS**

SINOPSIS

Sofía Jimenez, una estudiante universitaria de veinte años de edad, ha sido secuestrada. Un antiguo compañero de la chica recibe un mensaje del móvil de Sofía, se trata de una imagen borrosa que la policía científica analiza, en el que se aprecia una antigua Tabla Periódica de los elementos. El comisario Cervantes decide poner a la agente Susana Ruiz en el caso, hasta ese momento liderado por el engreído policía José Mulero. Susana tiene, además, otro encargo del comisario: pedir ayuda a Vargas, un famoso detective, viejo amigo suyo.

Poco después, la comisaría de Pedreira recibe la visita del grupo de investigación del subinspector Garnero, un hombre ambicioso y con pocos escrúpulos, que toma inmediatamente las riendas del caso y todo el protagonismo mediático. Su grupo aporta, sin embargo, un nuevo y retorcido punto de vista al mismo. El secuestrador de Sofía lleva tiempo en el punto de mira del equipo de Garnero. Se trata de un potencial asesino en serie, un psicópata con una retorcida particularidad, una patología denominada olfactofilia, un deseo sexual compulsivo relacionado con el olor de la transpiración, que le hace robar las compresas de las víctimas antes de matarlas.

Sergio G. Ros

El ladrón de compresas

© 2007, Sergio G. Ros

La presente novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos en ella descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

A mi querida esposa Marta,
a la que conocí en los aularios de la Universidad de Cartagena.

...Por eso, este relato también va dedicado a todas las maravillosas
personas que compartieron con nosotros aquellos momentos, los bancos de
madera, los cafés de máquina y las conversaciones al raso.

*“En las adversidades sale a la luz la virtud”
Aristóteles.*

MIÉRCOLES

1

Es curioso; de pequeña me encantaba esconderme en los recovecos de la antigua casona de mi abuela, allá en la sierra. Me fascinaba aquella soledad artificialmente creada, efímera, donde era más consciente de mí misma. Podía “sentirme” rodeada por el silencio y por la oscuridad de mis escondites. Era agradable poder percibir mi propia respiración o el latido de mi corazón.

Pero había algo que me gustaba aún más: el poder que ejercía sobre las personas que me querían. Me ocultaba para infringirles algo de dolor, una especie de venganza infantil provocada por un enfado ocasional cuando era castigada por causas que creía injustas. Entonces disfrutaba. Allí, acurrucada en mi guarida, los escuchaba llamarme, primero en tonos de voz que lindaban el juego o la indiferencia. Después de un rato aquellos timbres derivaban en gritos, tintados de preocupación, de nerviosismo. Se oían pasos agitados, sillas movidas, chirridos de puertas abiertas precipitadamente... pero yo no aparecía: era mi momento estrella. Me sentaba con el rostro apoyado entre los muslos, las piernas rodeadas por los brazos, y trataba de no hacer el más mínimo ruido. Tensaba la cuerda al máximo. Y, cuando el clímax era insostenible, cuando rayaba el llanto o se descolgaban los teléfonos, entonces y sólo entonces, salía de mi escondrijo y corría al encuentro de mis padres, hermanos o abuelos. Durante unos minutos, durante horas quizás, había ejercido un extraño poder sobre ellos. Era dueña de aquella realidad, la creaba y la destruía a mi antojo.

Pero ahora es distinto.

Me llamo Sofía Jiménez, tengo veinte años, y he sido secuestrada.

Mi captor me tiene encerrada en una habitación donde huele a viejo, como si todo el aire estuviera viciado. En cierta manera estoy escondida, oculta de mis padres, de mis hermanos, de mis amigas... de la gente que me quiere, como cuando era pequeña. Salvo que ahora, no puedo oír sus gritos, ni sus pasos, aunque sé que me estarán buscando. Por eso digo que es curioso, estoy oculta al igual que cuando era una niña pero la situación es bien distinta. Porque aunque pueda escuchar mi respiración y el ritmo de los latidos de mi corazón, he perdido el control. He perdido el poder. Aunque oyera gritar mi nombre no podría salir de mi escondite y correr hacia ellos. No, no podría.

Sólo me queda llorar.

Tampoco sé exactamente el tiempo que ha pasado desde que me secuestró, creo que cuatro días, quizás tres.

Estoy unida a la pared por una cadena.

Es una cadena gruesa, pesada, metálica. Muere en un grillete que me está haciendo polvo la muñeca derecha. Ese cabrón ha calculado la distancia hasta la puerta, y aunque me estire no puedo llegar, es imposible. Ni siquiera alcanzo el único mobiliario que hay, situado en el lateral de la habitación cerca de la puerta que está en la esquina izquierda, una silla y una vieja mesa de escritorio, casi tan viejos como el cuadro que está clavado en la pared de enfrente, iluminado por la bombilla solitaria que cuelga sin gracia del techo y que crepita de cuando en cuando. El cuadro refleja una antigua tabla periódica. Tampoco le presto mucha atención, siempre he odiado la química. Para mí es de locos creer en los electrones, los átomos y todo eso. Es casi una cuestión de fe, y no soy muy creyente, pero me lo estoy planteando. Entre llanto y llanto me da por rezar, aunque sólo me sepa el Padrenuestro, el antiguo, ése que habla de los deudores.

Entonces reparo en una cosa. Estoy casi desnuda, en ropa interior. No recuerdo cómo ocurrió, pero ese fulano tuvo que quitarme la ropa. Debíó ocurrir cuando estaba inconsciente. Al menos, podría haber estado depilada, el vello rizado asoma por los laterales de mis bragas, unas bragas marrones feísimas, por cierto. “Eres gilipollas” —me digo a mí misma— sólo a ti se te ocurre pensar en la depilación en una situación como ésta. Y me río, es una risa histérica, desesperada y triste. Triste porque nadie puede escucharla.

Y de repente vuelvo a coger el hilo de mi pensamiento original, justo antes

de que se me fuera la pinza, cosa que me ocurre a menudo. Mis pantalones y mi suéter están ahí mismo, sobre el respaldo de esa silla polvorienta. Se me ocurre una idea, aunque sé que es imposible que el tipo que me ha secuestrado no haya reparado en ella. “Tonta, no puede ser tan necio” —me digo. Sin embargo, mi pecho se inflama con la esperanza. Me levanto y camino hasta tensar al máximo la cadena. Estoy descalza y la puta cadena pesa, y mucho. Nada, que no llego. Con el brazo derecho extendido, levanto mi pierna izquierda y la despliego con las puntas de los dedos intentando llegar a la silla. Por poco, casi. Descanso un poco y lo vuelvo a intentar. Una, dos, tres veces. Me tiemblan los hombros, los brazos, la pierna de apoyo...todo. No sé cuanto tiempo estoy así, en esa postura incómoda. Pero al final acabo en el suelo, llorando, exhausta.

Después de un rato, cuando se han secado las lágrimas, me levanto, miro hacia la silla con rabia y lo intento de nuevo, alargo la pierna izquierda, agitando mis deditos con las uñas pintadas de rosa y entonces lo consigo. Logro acariciar los vaqueros, y aprieto los dedos aferrando la tela de mis pantalones. Y temblando los sacudo, levemente de arriba hacia abajo. Nada. Aprieto los dientes y vuelvo a hacerlo. Otra vez. Sintiendo un fuerte dolor en la parte de atrás del muslo soy capaz de lograr una sacudida más fuerte. Y entonces ocurre. Y no puedo creerlo.

Mi teléfono móvil ha caído de uno de los bolsillos. Está ahí mismo. Ha quedado entre el respaldo y el asiento de la silla.

Las siguientes horas las paso forzando al máximo mi cuerpo. Me reprocho una y otra vez mi falta de forma. He perdido la elasticidad, esa maravillosa elasticidad que tenía cuando era pequeña, cuando mis padres me llevaban a las competiciones infantiles de gimnasia rítmica, maquillada como a mí me gustaba, con colores chillones que convertían mi rostro en la cara de una pantera. Y a pesar del dolor, sonrío. Siento el sudor que perla mi frente y toda mi piel. Y estiro, estiro hasta que no puedo más. Llego al límite, hasta al punto donde creo que voy a desmayarme. Y sin saber cómo, lo noto. Siento el frío tacto del teléfono entre los dedos de mi pie izquierdo. Con sumo cuidado, convulsionada por el dolor, intento traerlo hacia mí. Va a ser difícil, he metido el pie por el hueco que hay entre el posabrazos y el culo del asiento, toda mi pierna tiembla descontroladamente, la rodilla de la pierna de apoyo, la

derecha, gime de dolor. Pero lo estoy consiguiendo, poco a poco. Casi está. Entonces ocurre lo peor.

Pasos que se acercan.

Quiero gritar, deseo gritar. El terror me invade, el pie se descontrola y tropieza contra el posabrazos. El móvil está a punto de caer y aprieto mi dedo gordo, lo cierro contra los otros dedos lo más fuerte que puedo. Miles de pensamientos se pasan por mi cabeza en menos de un segundo. El último es la monda: me reprendo a mí misma por no tomar clases de pintura para minusválidos, esos que se ven en reportajes de la tele haciendo cosas impensables con los dedos de los pies.

Los pasos se hacen más fuertes. Se acerca. Estoy totalmente fuera de mí. Empiezo a apretar con el dedo gordo los botones del móvil intentando acertar al de llamada, pero es muy pequeño. Mi uña se clava en el botón central, creo. Aprieto, aprieto... el pie se ha liberado del maldito posabrazos, acerco el aparato hacia mí, y continúo pulsando por el camino. No lo hago de manera consciente, es una mezcla de los escalofríos provocados por el miedo y los temblores derivados del dolor. El móvil hace ruidos, se activan cosas. ¿Estará llamando? No oigo la línea, sólo los pasos.

Y de repente la puerta se abre, y el móvil cae al suelo.

Él se acerca; es un tipo corpulento, grande. Lleva un verdugo en la cabeza, de esos que sólo dejan ver los ojos y la boca. Recoge el móvil del suelo y frunce los labios mientras pulsa los botones. Supongo que quiere comprobar si he conseguido llamar a algún sitio. Sin decir nada avanza, estira su brazo hacia mi cara y por un momento pienso que va a golpearme. Percibo el espray con el que rocía mi rostro.

Todo se hace oscuro.

2

Después de seis meses y diez días, Abel González había convencido a su novia para que se acostaran juntos. La chica, una preciosa pelirroja de veintidós años, estaba sentada en la parte trasera de un viejo Peugeot 405 (propiedad del padre de Abel), que se encontraba aparcado junto a una pinada a la orilla del mar.

Abel se quedó embelesado observándola: la luz de la luna resbalaba por su larga melena confiriéndole una abrumadora sensualidad. Empezó a besarla por todo el cuerpo. Habían tomado unas copas y Ana no dejaba de reír: las caricias en vez de excitarla le provocaban cosquillas.

Abel suspiró, aquello resultaba irritante y la erección que sentía bajo los vaqueros acrecentaba su impaciencia. Trató de desabrochar el sujetador con la mano libre, y tras varios intentos fallidos, utilizó también la otra. La risa aumentó de volumen.

—¡Qué torpe eres!

Hizo como que no la escuchaba y redobló su lucha con el enganche, sin conseguir liberarlo. «Mierda». Ana lo apartó, y con un fugaz gesto se quitó el sujetador, mostrando dos pechos pequeños y de una piel increíblemente blanca.

—Son preciosos.

Ella volvió a reír mientras lo atraía hacia su regazo y hundía los dedos en su cabello castaño. Abel se quitó la camisa, pues a pesar de que se encontraban en marzo sudaba copiosamente, y sin decir nada la alzó por las caderas y tiró de la falda corta con tanto ímpetu que arrojó también las braguitas blancas de algodón, dejando al descubierto un vello púbico rizado,

de color rojizo, casi translúcido.

Parecía un ángel voluptuoso venido del cielo.

Abel notó con sorprendente fascinación el leve rubor en las mejillas y supo con el corazón agitado que ella también lo deseaba. Notó entonces que esas finas manos tiraban hacia abajo de sus pantalones y de sus calzoncillos, dejando libre su miembro erecto. El momento esperado había llegado.

Y entonces sonó el móvil.

Fue un zumbido chirriante, un tono de aviso de mensaje recibido, que resquebrajaba el murmullo del mar. De la pequeña pantalla emergió un molesto halo de luz que inundó el interior del Peugeot interrumpiendo la magia.

—¿No vas a cogerlo? —dijo ella.

—No, no es el momento... —contestó él, separándole las piernas y tocándola allá abajo.

Pero Ana ya tenía el móvil en sus manos, y al instante sus piernas se tensaron y tendieron a cerrarse.

—¿Qué pasa?

—¿Me quieres explicar quién coño es Sofía?

—¿Sofía? ¡Yo no conozco a ninguna Sofía!

Ana lo apartó de sí, furiosa.

—Pero, ¿qué demonios te pasa? —protestó Abel cogiendo el móvil con las manos. La luz blanca iluminó su rostro juvenil. Entornó los ojos: no recordaba que tuviera todavía ese contacto en la guía del móvil. *¿Sofía?*

—¡Qué! ¿No te acuerdas de quién es esa? —dijo Ana ofendida poniéndose el sujetador. Abel la miró de reojo y se admiró de lo rápido que se había colocado las bragas y los vaqueros.

—Pues, si te digo la verdad... es de una antigua conocida. Una chica que iba a mi instituto.... ¡Pero hace años de eso! ¿Por qué te has vestido?

—Estoy cansada —dijo ella introduciéndose por el hueco entre los asientos para acceder a la parte delantera del coche. Luego bajó el parasol del acompañante, descorrió la tapa de plástico que dejaba libre el espejo y comenzó a retocarse la pintura de los ojos. —Vamos, llévame a casa.

—Desde luego, ¡no hay quién te entienda! ¡Ahora que estábamos a punto!

Abel pasó desnudo al asiento del conductor.

—Anda, ayúdame a terminar, ¿no irás a dejarme así? —dijo con tono de lástima señalando su miembro.

Ella sonrió con sorna.

—Mira, guapo, o arrancas el coche o salgo por esta puerta y no vuelves a verme en la vida. ¡Ah! y otra cosa, como tenga que irme andando a mi casa, sola en medio del bosque, ya puedes ir rezando todo lo que sepas porque mi padre va a matare, ¿capichi?

Abel la miró con resignación, frunció el ceño y giró la llave del contacto.

—Oye —le dijo ella— no es por nada, pero si entras en la ciudad así, puede ser que te detengan por exhibicionista.

—Joder...

Media hora más tarde, Abel la dejaba en el portal de su casa, un edificio de ocho plantas situado en la avenida principal de Pedreira. Ana se despidió de él secamente, aunque su mirada no era tan áspera como en el trayecto de vuelta; parecía que la fiera se había tranquilizado un poco. Algo en su interior le decía que en el fondo Ana se alegraba de aquella interrupción no deseada.

Después, condujo el coche al barrio residencial de Vista Alegre, un conglomerado de dúplex y chalets unifamiliares, que se esparcían simétricamente en manzanas cuadradas. Aparcó el Peugeot en la acera frente a su casa y se bajó silbando mientras echaba una ojeada rápida al asiento trasero por si había olvidado algo que fuera comprometedor. Descubrió el preservativo (que no había utilizado) en su funda de plástico sobre la alfombrilla del suelo. Había tenido suerte de que su madre no lo encontrara al día siguiente, cuando llevaba a su hermano al colegio.

Con sigilo giró la llave y, descalzándose, fue hacia la cocina, abrió el frigorífico y bebió a morro de la botella de zumo. Tras ir al baño de la planta baja, subió hacia su habitación y al pasar frente a la de sus padres, se percató de que su madre levantaba la cabeza y observaba de reojo la hora que marcaba el reloj digital de su mesita. La una y media.

Abel se dejó caer en la cama a medio desvestir. Justo antes de cerrar los ojos se acordó del mensaje que había recibido fastidiando su primera vez con Ana, y entonces alargó el brazo y revolvió entre sus pantalones sacando el móvil. Era un mensaje multimedia de Sofía. No tenía ningún significado para él: se veía una imagen borrosa, como movida, una mancha marrón sobre un

fondo blanco.

El pulgar de su mano derecha osciló, tentado con la idea de borrar el mensaje. Hacía años que no veía a Sofía y ni siquiera recordaba por qué tenía su móvil.

Pero el intento quedó sólo en un deseo. Antes de pulsar el botón ya había cerrado los ojos y estaba durmiendo. Soñaba con pequeños cabellos rizados de color rojizo que escondían algo muy hermoso detrás.

JUEVES

3

La radio digital que había sobre la mesita se activó a las siete menos cuarto. Abel salió de sus sueños sintiendo que apenas acababa de cerrar los ojos. La voz de la presentadora de las noticias matinales se fue haciendo cada vez más clara, como si estuviera saliendo de un túnel. Se estaba planteándose seriamente no asistir a clase ese día.

“...Jueves 1 de Marzo...Internacionales...En Irán se produjeron enfrentamientos entre grupos armados y militares que dejan 21 muertos. Los enfrentamientos tuvieron lugar en la frontera noroeste del país y se produjeron en el transcurso de una operación lanzada por los Guardianes de la Revolución y que... En Bélgica, una madre degüella a sus cinco hijos. El terrible suceso ocurrió ayer a primeras horas de la tarde. Geneviève Lhermitte, aparentemente en estado de enajenación, dio muerte con un cuchillo de cocina a sus cinco hijos —cuatro niñas y un niño, comprendidos entre los 3 y 14 años...”

El teléfono móvil, que había quedado varado entre la almohada y el colchón, pitó al recibir un mensaje. Abel estiró la mano perezosamente y observó la pequeña pantalla. Era un mensaje de Ana.

«¿Se te bajó la inflamación? ¡Pobrecito! Recógeme a las ocho y media.»

Esa chica era tremenda, su ironía lo sacaba de sus casillas, pero.... ¡estaba tan buena!

El móvil pitó otra vez. En la pantalla apareció un mensaje de aviso: “memoria llena”. Empezó a pulsar botones buscando la extraña imagen que le había enviado Sofía la otra noche. Cuando la encontró seleccionó en “opciones” la de borrar el mensaje. En el display del móvil apareció la confirmación: “¿Borrar mensaje?”.

“Noticias locales. Continúa la búsqueda de la chica Sofía Jiménez, de veinte años, que desapareció el lunes 26 de Febrero después de haber asistido a estudiar por la noche a los aularios de la universidad de Pedreira. A cuatro días de su desaparición la policía no tiene todavía pistas....”

Los ojos de Abel González se abrieron y su corazón empezó a latir más fuerte.

4

La vieja comisaría de policía de Pedreira estaba situada en la curva de una calle con un carril en cada sentido. El edificio, de piedra grisácea, con enormes ventanales llenos de hollín, necesitaba a todas luces una limpieza intensiva. Susana Ruiz siempre tenía ese pensamiento cuando lo contemplaba al incorporarse al trabajo. A las nueve y media, una larga cola de inmigrantes, principalmente marroquíes y ecuatorianos, ocupaba más de treinta metros de la acera frente a la puerta principal.

Muchos hombres que estaban en la cola volvieron sus ojos al verla llegar. Susana vestía una chupa fina de cuero marrón y unos vaqueros gastados. No era muy alta, ni su silueta especialmente llamativa, pero los ojos, de un intenso azul, la cabellera rizada, de un color negro azabache, y, sobre todo, unos pechos increíblemente grandes (moviéndose rítmicamente bajo una camisa cuyos botones parecían a punto de estallar) eran motivo suficiente para que no pasase desapercibida.

Ya estaba acostumbrada. Puso cara de póker y torció a la derecha para adentrarse en una angosta calle donde se encontraba el acceso secundario a la Comisaría. No le agradaban los marroquíes, había conocido alguno que se salvaba, pero la gran mayoría con los que había tenido trato resultaron ser unos auténticos hijos de puta, con un profundo desprecio por la condición femenina. Y casi todos parecían unos marranos y olían mal. Aunque, claro, ella era una agente de policía, una funcionaria del Estado, y bajo ningún concepto podía expresar ese pensamiento en voz alta. Por lo menos mientras no le tocaran mucho los ovarios.

Saludó brevemente a algunos compañeros y subió por la escalera que

conducía a la primera planta, quitándose las gafas de sol para meterlas en un pequeño bolso que llevaba apretado contra la axila derecha. Sus zapatos negros, de tacón bajo, resonaron por el pavimento de grandes losas desgastadas. Se detuvo frente a una puerta de cristales opacos, que golpeó suavemente, haciendo vibrar una vieja y rayada placa de acero que rezaba: “Comisario”.

—¡Adelante!

Entró. El comisario Cervantes, cincuenta y cinco años de edad, mostacho negro salpicado de cabellos blancos, cejas espesas y pelo ralo y canoso peinado hacia un lado sobre una calva cada vez más evidente, ni siquiera levantó la vista de los papeles que sostenía entre las manos.

—Buenos días, señor comisario.

—¡Ah!, buenos días, Ruiz. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Qué quería de mí, señor?

El comisario dejó los papeles sobre la desordenada mesa de escritorio y se quitó las gafas de cerca. Su mirada grisácea brilló.

—¿Qué sabes del caso de Sofía Jiménez?

—Poco más de lo que he oído en la radio... chica de veinte años de edad, estudiante, desapareció el lunes 26 por la noche.

—Sí. Hoy es el cuarto día que está desaparecida... Ruiz, quiero que te unas a la investigación.

—¿Yo? Estoy un poco liada con el caso García.

—Apártalo. Quiero tenerte en éste.

Torció el gesto.

—Con todos mis respetos... ya tiene a varios agentes en el caso. ¿No cree que vamos a terminar estorbándonos unos a otros? Además, Sofía es una chica mayor de edad... podría haber desaparecido voluntariamente.

—Sus padres, familiares y amigos no opinan lo mismo. Aunque podría considerarse un caso que no entra dentro del grupo de los de “Alto Riesgo”, no podemos obviar que la chica es una mujer joven, y ambos sabemos lo que eso significa: detrás puede haber un delito de tipo sexual.

El rostro de Susana se ensombreció.

—Eso es cierto.

El comisario se inclinó hacia delante.

—Ruiz, voy a serte sincero: estamos en tiempo de elecciones, las locales serán pronto, a finales de Mayo, y tengo a los políticos echándome el vaho en la nuca. Además me persigue media alcaldía, la prensa, la televisión, la radio, los padres y familiares, y hasta una asociación nacional de desaparecidos que está detrás mía prácticamente las veinticuatro horas del día. Para colmo, se nos amontonan los casos sin resolver porque carecemos de personal suficiente para dar servicio, me refiero a un servicio decente... Esto está peor que nunca. ¡Qué te voy a contar!... Tengo administrativos en vez de buenos policías, porque la Administración Pública, los jueces... en definitiva el Estado quiere informes, expedientes, datos, fotografías, planos... en vez de gente que sepa patear las calles y cómo y dónde buscar. Resumiendo, te quiero a ti y punto.

Susana escuchó aquel sermón impávida. No era una mujer que supiera encajar muy bien los piropos ni en general que hablaran bien de ella. No era que no le gustara, simplemente le hacía sentir incómoda. Sin embargo, le daba en la nariz, que el comisario ocultaba alguna otra razón para meterla en el caso. Aquel viejo renegón de bigote descuidado no era muy dado a los halagos.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo. Ve arriba y habla con Raúl Vázquez, de la científica.

—¿De la científica? Yo creía que no teníamos ninguna pista...

—Sí, ninguna relevante... eso era cierto hasta hace cosa de veinte minutos. Fue entonces cuando pensé en ti.

—¿De qué se trata?

—Un chico, un antiguo amigo de la desaparecida, recibió anoche un mensaje enviado desde el móvil de Sofía. Al parecer se trata de una foto que tomó con su propio móvil. Esto nos conduce a pensar en un posible secuestro, y a mantener la esperanza de que la chica está aún con vida.

Susana se quedó callada, meditando.

—Bueno, ve a ver a Raúl, él te explicará mejor que yo. También he llamado al agente Mulero, él te proporcionará el expediente completo de este caso con todo lo que sabemos hasta ahora. Ponte a trabajar...

—¿Mulero? ¿Él lleva el caso?

El comisario no contestó. Se lo hubiera puesto fácil al hacerlo. Sabía que José Mulero no era santo de la devoción de ninguno en la comisaría. Era un

tipo joven, vivaracho y prepotente. Con rápidos reflejos en el habla, pero tremendamente cortante en el trato. No es que sus comentarios no fueran ingeniosos, a veces, pero su acidez llegaba a molestar, porque era incapaz de frenarse. Y sobre todo porque se creía gracioso.

—Bien, jefe —dijo Susana con resignación dándose la vuelta.

—Otra cosa, Ruiz?. *“Ya está” pensó ella, “aquí viene cuando me va a decir como si tal cosa la verdadera razón por la que me ha metido en el caso”*. —Me gustaría que hicieras algo por mí...

—¿Por usted? No comprendo, señor.

—Verás, mi mujer... conoce a la madre de esa chica. Eran amigas de pequeñas... Yo, bueno... me gustaría que fueras a ver a Vargas, ya sabes... te lo pido a ti porque sé que os une un vínculo especial.

“Eureka”.

—Entiendo. Cuando tenga más datos del caso y esté un poco situada iré a verlo. Todavía no logro entender... con lo buenos amigos que eran antes, ¿qué es lo que pasó para que dejaran de hablarse?

El comisario frunció el ceño y miró a través del cristal la ventana que había a la izquierda.

—No se preocupe. Iré a verlo en cuanto pueda.

—Sí. Te lo agradezco, Susana .—Era muy extraño que la llamara por su nombre. Vargas es el mejor... lo cortés no quita lo valiente. Bien, dejémonos de cháchara, en este tipo de casos los momentos iniciales son de gran importancia. El tiempo juega en nuestra contra.

—Hasta luego, señor comisario.

—Hasta luego, Ruiz.

Y la puerta se cerró tras el pelo azabache que flotaba en el aire. El comisario Cervantes se acarició la barbilla sin afeitarse. Justo donde se camuflaba una fina y antigua cicatriz.

5

Eduardo Cortés no estaba en su mejor momento.

“Noticias locales. Continúa la búsqueda de la chica Sofía Jiménez, de veinte años, que desapareció el lunes 26 de Febrero después de haber asistido a estudiar por la noche a los aularios de la universidad de Pedreira. A cuatro días de su desaparición la policía no tiene todavía pistas....”

También se despertó con las noticias, que bullían en un tono alto y distorsionado, de su radio despertador aquella mañana del jueves 1 de marzo. De un manotazo apagó el dichoso aparato que incrementaba el dolor de cabeza. Luego intentó dormirse de nuevo, pero la jaqueca era insoportable. Tenía el pelo enmarañado y barba de varios días. Con los ojos entornados, miró a su alrededor. La habitación estaba hecha un desastre. Calcetines usados por el suelo, camisas y pantalones arrugados aquí y allá, colillas, vasos casi vacíos apoyados en la cómoda, en la mesita... Un verdadero caos que igualmente se extendía por el resto de la casa.

Hizo un intento de levantarse. Movi6 su cuerpo desnudo con el propósito de liberarse de la maraña en que se había convertido el edred6n, sin conseguirlo. Eduardo estaba hecho una calamidad y le dolía todo el cuerpo. “¿Habr6 tocado fondo?”. Entonces mir6 las cartas de las facturas del banco apiladas sobre el viejo aparador de madera que había en la entrada y su cara se ensombreció. Tarde o temprano tenía que volver a la realidad y empezar a buscar trabajo.

Eduardo Cortés había sido despedido hacía casi un mes de una de las refinerías más importantes del país, Hidroesp (Hidrocarburos de España).

Aquella fábrica era el motor de la economía de la ciudad de Pedreira, situada al borde mismo de la provincia de Alicante, a orillas del Mar Mediterráneo.

Y estaba jodido, jodido de verdad. Después de todo tenía treinta y cuatro años, y los tres últimos los había pasado trabajando en un sitio cómodo y sin complicaciones. Pero el chollo se había terminado: su precipitada marcha de aquel puesto de encargado de Mantenimiento era un asunto turbio y difícil de olvidar, sobre todo si se tenía en cuenta que había destapado la caja de Pandora llevándose por medio a gran parte de la directiva del Complejo Industrial.

El teléfono sonó con un timbre atronador. Buscó a tientas con sus largos brazos el aparato que debía estar metido entre los faldones de la cama. Cuando encontró el cable rizado que llevaba al auricular tiró de él trayéndolo hacia sí.

—¿Diga?

—¿Eduardo? —Era su madre. Lamentó tremendamente haber sido tan torpe de coger el teléfono.

—Sí, hola mamá, ¿qué tal?

—Hijo, ¿qué haces en casa a estas horas? ¿Ha ocurrido algo en el trabajo? ¿Has cogido vacaciones?... pero, ¿no las tomabas en Julio?

Suspiró. No le había dicho nada a su madre, y sabía que no podría ocultárselo por mucho tiempo.

—Mamá, me han despedido— dijo secamente.

—¿Despedido? ¿Por qué? ¿Cómo es posible?

—Bueno, como sabes la Refinería está pasando un bache muy grande, hay mucha inestabilidad desde que las acciones fueron compradas por los de Arabia Saudita... y yo he sido el último en entrar en mi sección. Me ha tocado la china.

—¡Válgame Dios! ¿Y no tiene solución? ¿Es temporal o definitivo? —El tono de su madre pasó rápidamente al histerismo.

—Mamá, tranquilízate. De momento, no se sabe nada, hay que esperar.

—¡Válgame...! ¡Tendrás que buscar algo, mientras! ¡No puedes quedarte sin hacer nada!

—Ya, ya estoy en ello madre, tranquila.

—¿Tranquila? ¿Cómo quieres que esté tranquila?

—Oye, mamá, no empieces... que al que han despedido ha sido a mí.
Se hizo un silencio al otro lado del auricular.

—¡Eduardo no te quedes parado! ¡Empieza a buscar algo ahora mismo!
“*Joder, ya empieza, es....es...buffff.....tiene razón*”

—Vale, mamá. Hoy mismo empiezo, anda tranquilízate, ¿vale?

—¿Necesitas algo? ¿Vendrás a comer?

—No, no, no te preocupes. El sábado paso por ahí, ahora tengo cosas que hacer.

—Bueno, ten cuidado, y no te quedes quieto, muévete... hasta luego...
¡Válgame...!

—Hasta luego, mamá.

Colgó el teléfono. El dolor de cabeza le oprimía las sienes. Se levantó en un gesto teatralmente titánico lanzando la colcha y el edredón a un lado de la cama. Caminando vestido únicamente con dos calcetines de distinto color pasó junto a la ventana de su habitación, que tenía las cortinas abiertas, y que daba a la fachada de otro piso que había en frente del suyo. Vivía en un tercero sin ascensor. La vecina, desde la ventana del otro edificio lo vio pasar, era una rumana de unos cuarenta años largos. La mujer, con un pañuelo rojo en la cabeza y aspiradora en mano, abrió los ojos sorprendida al ver a aquel joven bien parecido, desgarrado, moreno y alto, paseando desnudo por la casa. Eduardo la miró, todavía medio dormido, y la saludó al tiempo que sus labios se movían articulando un “buenos días” sin producir sonido alguno. Después fue hacia la cocina y buscó la escoba y el recogedor y un par de bolsas grandes de basura. Había decidido poner un poco de orden en aquella pocilga.

Iba a hacer limpieza.

En realidad pretendía sanear un poco su conciencia, pasar página, y empezar con buen pie aquel día que iba a ser el primero de su nueva vida.

6

José Mulero era un tipo bajo, con cabello rasurado al estilo militar, y unas cejas puntiagudas que remarcaban su cara haciéndole parecer una especie de gnomo gruñón. No aparentaba la edad que tenía. Sus cuarenta años recién cumplidos se habían quedado petrificados en aquel rostro singular al que todo el mundo echaba no más de treinta y dos.

—¡Hombre!, la agente Ruiz —dijo al verla entrar en su oficina: ¿qué quieres de mí? ¡No me digas que el jefe te ha enviado para que te de lecciones de cómo aprender a resolver un caso!

Susana torció el gesto sin terminar de entrar al despacho. Apoyó su hombro izquierdo en el marco de la puerta y cruzó los brazos por debajo de sus enormes pechos. Con aquella postura parecía estar apuntando a aquel pequeñajo con dos cañones antiaéreos.

—Para empezar, buenos días, Mulero. El jefe me ha pedido que me una a “tu” investigación, vengo a que me des el dossier con todo lo que tengas.

Mulero arqueó las cejas. El gesto le confería un aspecto de enano malvado de cuento de hadas.

—Ya. El viejo me ha llamado hace un rato... ya le he dicho que yo me basto y me sobro, pero al parecer quiere tener un toque... femenino en todo este asunto. Ya sabes, la imagen del Cuerpo Nacional de Policía sale beneficiada con tu presencia. La gente de la calle se siente más representada teniendo mujeres entre nosotros, y este caso, con tantos medios de comunicación de por medio, es el contexto perfecto para venderles lo que ellos quieren. Puro marketing, nena.

—¿El comisario te contó esa chorrada?

—No, pero es obvio. Si quieres descubrir el por qué de las cosas tienes que introducirte en la mente de quien las ejecuta.

—Mulero, es demasiado temprano y no estoy de humor para gilipolleces. Anda, dame el expediente del caso, quiero echarle un vistazo.

—¡Cómo! ¿No piensas trasladarte aquí, conmigo? ¡Yo pensaba que íbamos a trabajar juntos en esto!

—Ni lo sueñes, nene. El jefe me dijo que me uniera a la investigación, no que tuviéramos que hacerla juntos.

—Eso no es muy ético, ¿no crees? Lo lógico es que trabajásemos como compañeros, codo con codo...

—Para el carro, tío. Dejemos las cosas claras: tú por tu lado y yo por el mío. Eso no quita que podamos consultarnos e intercambiar información, lo primero y más importante es saber si esa chica sigue con vida, y si es así dónde se encuentra.

José Mulero mostró cara de fastidio.

—Oye, no pongas esa cara, ¿es que estás preocupado por si resuelvo yo el caso y me llevo los méritos? ¡Demonios! ¿De qué te preocupas? ¡Si hace un momento pensabas que sólo podía aportar... un toque femenino a la investigación!

—¡Mala pécora! —exclamó éste con una sonrisa forzada. Anda, toma, aquí tienes una fotocopia del puñetero expediente.

Susana se acercó hasta la mesa de escritorio —pulcramente ordenada—, y tomó la carpeta de color amarillo. Llevaba el nombre de Sofía Jiménez escrito en rotulador rojo en la portada.

—¿Puedes adelantarme algo?

Mulero la miró arrugando la frente.

—Sí, claro. Se sabe que la chica fue a estudiar a los aularios de la Universidad a eso de las cinco de la tarde. Una amiga suya, Marta Gómez, le reservó sitio dentro de una de las aulas de estudio porque al parecer las plazas están muy solicitadas.

Susana asintió.

—A ellas dos se añadió una tercera amiga, Laura Benítez, y juntas estuvieron estudiando toda la tarde. Después, hicieron un descanso para cenar y tomaron unos sándwiches que sacaron de la máquina expendedora que está

dentro del recinto. Cenaron en el gran patio que hay a la entrada del aulario. Ese sitio es un auténtico vergel de chicas en plena pubertad, sentadas en bancos de madera, en los escalones de piedra...

—Mulero, ahórrate los comentarios sexuales, es temprano...

—Sí —dijo sonriendo—, luego volvieron a estudiar, haciendo pequeños descansos de cinco minutos cada tres cuartos de hora más o menos. Así estuvieron hasta las dos de la mañana, pero no se fueron todas juntas.

—¿No?

—No, verás la puerta de entrada al recinto de la Universidad permanece cerrada. Es una puerta metálica que da al paseo de la avenida Europa. ¿La conoces?

—Claro, muchas veces paso por ahí con el coche y veo a estudiantes haciendo cola.

—Bien, hay un guarda jurado que patrulla el recinto y que tiene un garito junto a la puerta de entrada. El guarda abre la puerta cada media hora y la deja abierta por espacio de cinco minutos. Sólo deja entrar a los jóvenes que acreditan ser estudiantes universitarios mediante el carné correspondiente.

—Ya. Me decías que no abandonaron el aula al mismo tiempo, ¿no es así?

—Exacto. Primero, a las dos, lo hizo la chica que llegó última...

—Laura Benítez.

—Ajá, después lo hizo Sofía y por último Marta, la chica que reservó los sitios, que se fue una hora más tarde, a las tres y media.

—¿Cómo llegó Sofía al recinto? ¿Vivía cerca?

—No, eso es lo curioso, en realidad era la única pista que teníamos hasta ahora. Llegó en coche, un Renault Clio de segunda mano que dejó estacionado en los aparcamientos que hay en la misma acera de entrada a la Universidad.

—Y luego se fue en coche.

—No, el vehículo siguió allí aparcado. Esa es la clave de todo porque si no se fue en su propio coche tuvo que irse en otro.

—O andando.

—Eso es poco probable, su vehículo está en perfecto estado, por eso descartamos que no lo cogiera porque estuviera averiado, además el lunes hacía frío y el paseo de la avenida Europa se llena de humedad de madrugada... a todo esto hay que añadir que Sofía vive a más de dos

kilómetros de la Universidad, hubiera tenido que atravesar media Pedreira para llegar a casa.

—Resumiendo que creéis que se fue con alguien en otro vehículo por propia voluntad o a la fuerza.

—Sí. Presuntamente tuvo que ser alguien conocido, dudamos que fuera a la fuerza porque un grito de la chica hubiera bastado para alertar al guarda jurado o llamar la atención del resto de la gente que salió más o menos a esa hora, de todas maneras la posibilidad de un secuestro con cierta violencia no queda del todo descartada.

—¿La vieron tomar alguna dirección al salir por la puerta? ¿Hablar con alguien?

—Pues la verdad es que no hemos podido concretar lo que ocurrió en el momento exacto. Verás, a partir de la una no entró nadie en los aularios, y la gran mayoría de la gente que los abandonó lo hizo cerca de las doce y media. El resto fue saliendo en un lento goteo; por eso, a las dos y media, que fue la hora en la que Sofía salió del Campus, apenas se tuvo que cruzar con gente. De cualquier manera sabemos que había cinco personas, aparte de ella y su amiga Marta, esperando a que el vigilante abriera y que estaban resguardadas del tiempo en el vestíbulo de los aularios para salir. Hemos confirmado que el guarda abrió la puerta a las dos y media en punto, y la dejó abierta durante diez minutos. No permaneció allí porque supuso que no iba a entrar nadie más tan tarde, y se fue a hacer una ronda por el ala este del recinto. En esos diez minutos esos pocos estudiantes salieron por esa puerta. Tampoco había ya nadie fuera, en los bancos o en los escalones del patio, porque chispeó un poco... en realidad hacía una alta humedad esa noche.

—¿Y su amiga?... la que se quedó después... ¿Qué vio ella?

—Su amiga, Marta Gómez, se despidió de Sofía en el vestíbulo de entrada que da acceso a las diferentes clases de estudio. De ahí a la puerta de salida del Campus hay unos sesenta metros, cruzando por el amplio patio enlosado.

—¿Pudo atacarla alguien en ese trayecto?

—Lo dudo seriamente, Ruiz. Ya lo verás, es una zona despejada y prácticamente diáfana, salpicada por algunos bancos, jardines de setos bajos, y un árbol solitario encima de una pequeña placita escalonada.

—¿No hay más árboles en los jardines donde podría haberse ocultado el

atacante?

—Sí los hay, pero están separados unos de otros y como te he dicho, el conjunto es un recinto amplio. Si alguien la hubiera atacado casi con toda probabilidad lo hubieran visto las personas que estaban en el vestíbulo fumando, tomando café o charlando.

Susana asintió tratando de recordar aquel sitio. Tenía una visión fugaz del recinto en la mente.

—¿Y los que salieron con ella, las cinco personas que esperaban en el vestíbulo? ¿Los habéis investigado?

—Sí, por supuesto. Dos hermanos gemelos, una pareja de novios y una chica amiga de la pareja. Todos limpios.

—¿Seguro?

—¡Por favor, Ruiz! ¿Es que no sabes que estás ante el mejor profesional de la comisaría? ¡Puedo llevar este caso y diez más al mismo tiempo!

Susana hizo como que no lo había escuchado, era un prepotente con aires de grandeza.

—Los hermanos gemelos viven en la siguiente manzana al este del Campus —prosiguió Mulero—, una cámara de vigilancia de una caja de ahorros que hay en el bajo de su edificio confirmó que llegaron a las dos y treinta y cinco a casa, sus padres también lo han confirmado. Además hemos registrado su piso y los hemos interrogado, pero no encontramos nada reseñable, excepto un poco de marihuana y un montón de discos piratas.

—¿Y los otros?

—...La pareja de novios y la amiga de éstos... son jóvenes... veintiuno o veintidós años como máximo. Tenían el coche aparcado en la misma puerta. La conductora era la chica que dejó a su novio en casa diez minutos después, y más tarde a su amiga. Hemos registrado el coche y nada. Por supuesto también los hemos investigado a ellos y nada de nada.

Susana suspiró.

—Resumiendo, Ruiz, las chicas se fumaron un pitillo juntas y se separaron hasta el día siguiente. Según Marta, estuvieron observando desde el vestíbulo la puerta de salida, hasta que vieron cómo el vigilante la abría a las dos y media en punto. En esos momentos, nadie guardaba cola fuera, en el patio, porque como te he dicho antes, no hacía buen tiempo. Cuando el guarda abrió,

las personas que esperaban en el vestíbulo de los aularios se dirigieron a la salida.

—Entiendo. Según todo lo que has dicho, los otros cinco estudiantes también tuvieron que ver a Sofía.

—Sí, los cinco han confirmado que la vieron esperando con Marta en el pasillo de entrada a los aularios, pero no salieron todos simultáneamente. Ellos creen, y digo creen porque tampoco consiguen ponerse de acuerdo del todo en este punto, que fueron saliendo y Sofía se quedó la última. Si esto fue realmente así, explicaría por qué nadie vio lo que ocurrió.

—Entonces —murmuró Susana tocándose la barbilla— podría ser que el secuestrador se la hubiera llevado a la fuerza... que hubiera esperado, y que al observar que no salía nadie más, la atacara.

—Se hubiera expuesto en exceso de hacerlo así. Ten en cuenta que aunque no salga nadie por la puerta, siempre existe la posibilidad de que haya gente sacándose un café de la máquina, o fumándose un pitillo en el vestíbulo... además de que el vigilante estaba haciendo la ronda.

—Ya. ¿Y Marta? ¿Volvió inmediatamente a su aula de estudio?

—Sí, según su declaración, dejó a Sofía en el vestíbulo en cuanto vio que la gente se marchaba, y se despidieron hasta el día siguiente. ¿Sospechas de ella?

—No, simplemente pregunto.

—Marta Gómez es una chica normal, veinte años, estudiante de segundo de Derecho. No tiene antecedentes penales. Su padre es transportista profesional, conduce camiones de mercancías peligrosas, su madre es ama de casa.

—¿Novio?

—Aparentemente no.

—¿Aparentemente?

—No fue muy convincente al contestar.

—¿Y qué me dices de Sofía?, ¿qué sabemos de ella?

—Sofía Jiménez, también veinte años de edad, estudiante de segundo de Derecho. Buena estudiante, sin antecedentes penales. Sus padres son gente normal. El progenitor es un trabajador de los antiguos astilleros que está ahora empleado en una fábrica de aluminio, su madre trabaja esporádicamente como cuidadora de ancianos. Viven en un dúplex en el barrio de Santo Ángel. La

chica tiene un novio, un estudiante de Empresariales, Vicente Campoy, un año mayor que ella. Le quedan cuatro asignaturas para acabar la carrera.

—¿Le habéis preguntado?

—Sí. A esa hora, según él, dormía como un bendito en su cama. Vive con otros estudiantes en un piso alquilado en la calle Campoamor.

—¿Tiene coartada?

—Sí. Dos compañeros de piso estuvieron tomando cervezas con él y jugando a la Playstation hasta pasadas la dos de la madrugada. Celebraban el final de los exámenes de febrero. Luego fueron cada uno a sus respectivas habitaciones.

—Pero sigue habiendo esa posibilidad. ¿Qué mejor conocido que su novio para irse con él en otro coche tan tarde?

—Eso es cierto... pero ninguno de sus compañeros oyó que se abriera la puerta del piso.

—Sí, puede ser, pero también has dicho que estaban todos bebidos, ¿no?

Mulero frunció los labios, no muy convencido con esa suposición.

—¿Habéis preguntado a las amigas si la pareja se llevaba bien?

—Sí, lo hemos hecho. Al parecer discutían bastante, se peleaban a menudo. ¡No pongas esa cara! Hemos puesto a Perico siguiendo al novio haber si saca algo en claro.

—Perico... ¿Qué Perico?

—Perico, “el Botas”. ¿No sabes quien es?

—Sí, claro... otra cosa, ¿el novio tiene coche?

—Sí, un viejo Renault Laguna. Lo hemos registrado de arriba abajo... evidentemente hay huellas de la chica, pero nada de sangre, ni objetos ni ropa que llevara puestos esa noche. ¿Crees que fue él, no?

Susana se encogió de hombros.

—Sabes perfectamente que los casos de violencia de género no dejan de crecer, y que nuestra Comunidad está a la cabeza de las denuncias por malos tratos de hombres a mujeres, detrás de Andalucía y Madrid.

—Ruiz, me da en la nariz que el chico no es nuestro hombre.

—Ya, díselo a la chica de veinticinco años que murió estrangulada a manos de su novio a finales de Febrero en...

—...Pontevedra, sí lo sé. Como te he dicho estamos siguiendo al

muchacho. Si da un paso en falso y es el culpable, lo cogemos. Otra cosa, también tenemos a Alberto observando a los hermanos gemelos y a Ricardo tras la pareja y la otra muchacha. ¿Tienes más preguntas?

—Sí, ¿había huellas en el coche de Sofía? ¿En la acera? ¿Alguna otra pista?

—¿No has ido a ver todavía a Raúl de la Científica?

—Sí, pero estaba ocupado, me dijo que me pasara por la tarde.

—Bueno, entonces lo dejo en sus manos, él te contará mejor que yo los pocos indicios que tenemos y lo del mensaje multimedia que recibió un antiguo amigo suyo.

—Vale.

Susana giró sobre sus talones y fue hacia la puerta. En el aire flotaba el suave aroma de su perfume.

—Mulero— dijo poniéndose las gafas de sol.

—¿Si?

—Gracias. Aunque seas un memo, eres un buen policía. Si me entero de algo no dudes que te lo haré saber.

—Ya lo sé, Ruiz. Lo mismo digo.

Y Susana se alejó del despacho sin cerrar la puerta. Sus gafas de sol eran enormes, tanto que por los laterales podía ver el reflejo de lo que tenía detrás.

Mulero no dejó de mirarle el culo hasta que desapareció por la esquina del pasillo.

7

¿Qué hora será?

Me suenan las tripas y tengo frío. El aliento me huele a rayos. Acabo de descubrir que el fulano que me ha raptado me ha cambiado la ropa interior. Ya no llevo puestas aquellas horribles bragas marrones que me compró mi madre en una oferta de tres por dos en el Erosky. Las que llevo ahora son de la Hello Kitty, blancas con bordados rojizos, muy monas, pero creo que no son originales, parecen de mala calidad. ¿Me ha tocado? No lo recuerdo, aunque estoy completamente segura de que no me ha violado. ¿Qué clase de salido será? ¿Por qué le gusta vestirme como una niña pequeña? Se me erizan el vello del cuerpo sólo de pensarlo. Tengo la vejiga a punto de explotar. Descubro que la puerta sin pomo, a mi lado izquierdo, en la misma pared a la que estoy encadenada ya no está, en su lugar hay un hueco al que llego perfectamente porque lo permite la longitud de la cadena. Resulta ser un pequeño cuarto de aseo, no tiene espejo, sólo un lavabo, con una botellita de jabón y una toalla raída, y un váter, pero hasta eso resulta gloria bendita. Por lo menos el tipo parece haber fregado el suelo aunque debe tener como mil años de antigüedad. Me recuerda al de la vieja losa del piso de mi abuela, en pleno centro de Pedreira. Ahora debe estar hecho añicos, como casi todo el Casco Histórico de la ciudad. Escombros y ratas.

Se me hace raro escuchar el goteo de mi orina estampándose contra el agua del váter. Pero se agradece, es mucho más íntimo y cómodo que hacerlo en el cubo de metal que tenía antes, y menos asqueroso. De todas formas no deja de ser una sensación extraña, como sacada de un horrible sueño. Tengo que mantener la mano derecha extendida, porque la cadena es larga pero pierde

longitud al doblar por el marco de la puerta. Me tapo la ingle con la mano izquierda mientras meo, no sé... pero siento que me observan. Cojo un poco de papel y me seco. Me levanto y abro el grifo. Dejo que el agua corra un rato porque sale marrón. Seguramente esté en una vieja casona abandonada, lejos de todo. Quizás alguna finca en las afueras, en el campo. No se oye nada, absolutamente nada. Debe ser por los muros, antes las casas no se hacían como ahora. Son sumamente gruesos, desproporcionadamente anchos. Parecen de piedra pura, tapados en parte por un papel horrible, hecho jirones.

De repente empiezo a llorar. Las lágrimas brotan por mis ojos como un torrente sin control. Es un llanto incesante y las gotas se mezclan con el agua que corre por el lavabo y que empieza a ser cada vez más clara.

Entonces grito, grito con todas mis fuerzas. Acerco mi boca al agujero metálico por el que se cuele el agua formando un remolino y elevo mi voz al máximo.

Hasta que me salen gallos y me duele la garganta.

Luego cierro el grifo y vuelvo a la habitación, me siento sobre el colchón que hay junto a la pared. Las sábanas, al menos, son nuevas. Mi espalda está pegada contra el muro. Miro hacia donde está mi ropa y el móvil, que ahora está sobre la mesa. El muy cabrón lo ha dejado ahí a propósito, seguramente para desquiciarme, o para mantener mi esperanza. Debe estar saturado de llamadas perdidas. Sin embargo, no las he podido escuchar porque desactivé los tonos de aviso cuando estaba estudiando en los aularios.

De todas maneras, ya da igual, porque esta mañana escuché el aviso de batería baja. Es un zumbido muy particular. Antes no le daba más importancia, me limitaba a poner el móvil a cargar cuando me daba cuenta, siempre he sido un poco dejada para esas cosas.

Ahora he escuchado ese pitido con una perspectiva muy distinta. Cada zumbido que avisaba de batería baja se me ha clavado en el alma. Ha sido como estar presenciando la muerte de alguien muy querido. Durante horas ha estado sonando intermitentemente, cada cierto tiempo. Pero ya no suena.

Mi esperanza se ha acabado.

8

Susana Ruiz estaba sentada frente a un gran monitor de pantalla plana: un Samsung de veinticuatro pulgadas, negro y elegante. Se encontraba en la tercera planta de la Comisaría, en una sala espaciosa y luminosa, llena de mesas, estanterías, armarios y aparatos de medida. Hacía frío y podía sentirse la humedad creciente de la noche. Al caminar hacia donde le había indicado Raúl pasó la mano cerca de un viejo radiador que había en la pared y descubrió que estaba roto. Su compañero de la Científica reparó en el gesto y le señaló la zona a la que se dirigían, una mesa de escritorio bastante ancha y abarrotada de libros, donde estaba el ordenador y el gran monitor negro. En frente de ellos, había dos sillas de oficina y a su lado podía verse un pequeño calefactor con dos tubos al rojo.

Mientras Raúl iba a preparar café, no había podido evitar mirar dentro de uno de los maletines que había en una de las mesas. Era un maletín grande, de tapa oscura y resistente, y estaba abierto. En su interior había gran cantidad de objetos: un equipo portátil de luz, una brújula de mano, termómetro, prismáticos, un par de lupas de diferentes tamaños, una cámara digital, varias pinzas, un reloj grande con cronómetro, pinceles magnéticos... También había otra zona del maletín que estaba ocupada por productos desechables: cintas para recoger huellas, planchas de papel de acetato, un paquete abierto de guantes, pipetas, bolsitas de plástico con cierre rápido... No pudo evitar meter la mano para coger una pesada caja de luz. Era de color negro, rectangular, con una protuberancia cilíndrica apuntando hacia delante.

—Es un Handscope —le dijo Raúl observándola desde el fondo de la sala mientras manipulaba la pequeña cafetera. —Pero es mejor ese otro— Señaló

con la cabeza a la izquierda de Susana. Allí había otra caja negra, más grande y sin asas.

—¿Por qué es mejor? —preguntó ella devolviendo el Handscope con cuidado a la maleta.

—Bueno, es mucho más potente y además más pesado, no es un aparato diseñado para salir del laboratorio.

—¿Cómo se llama?

—Es un Crimescope, dispone de una lámpara de xenon de 300 W y luz negra de 150 W, además de dos sistemas de filtros (lentes de color), tanto digitales como analógicos, que permiten fijar diferentes longitudes de onda. Tiene dos selectores, el frontal es el que trabaja con las longitudes de onda, y el selector lateral es el que proporciona luz ultravioleta o infrarroja. Se necesitan unas gafas especiales de protección.

—¿Y para qué sirve la manguera?.

—Es una manguera de plasma, permite enfocar un punto sin perder potencia.

—Vaya, qué cacharros más interesantes tenéis por aquí.

Raúl sonrió, concentrándose en regular la cafetera. Susana, volvió a concentrarse en la pantalla del monitor, en ella estaba la imagen que se había enviado desde el móvil de Sofía la noche del miércoles.

—¿Qué te parece? —dijo Raúl acercándose. Era un hombre joven, con cabello negro y aceitoso peinado hacia atrás. Tenía aspecto de gastarse pasta en ropa y acudir con cierta frecuencia al gimnasio. Lucía una perilla milimétricamente cortada y gafas de diseño. Pero su cara le delataba. Todavía desprendía cierto aroma a friki. “Seguro que era el empollón de su clase” —pensó Susana.

Raúl trabajaba en la Policía Científica y a pesar de su juventud estaba muy valorado porque era eficaz y perfeccionista. Sobre la amplia mesa de escritorio dejó dos tazas de café humeante. Eran casi las diez de la noche.

—Pues, la verdad Raúl, no se ve mucho que digamos. Parece una gran mancha con algo marrón al fondo.

—Ya, esta es la imagen que obtuvimos del móvil del chico. El chaval estaba de los nervios, es normal. No dejaba de repetir que había estado a punto de borrar el mensaje de Sofía. Juró y perjuró que no tenía nada que ver

con este asunto, al parecer no se veían en años.

—¿Le crees?

—Sí. Tengo una teoría acerca de esta imagen.

—A ver, cuenta.

—Veamos...

Se ajustó las pequeñas gafas de metal azul y la expresión de su rostro cambió al tiempo que se echaba hacia delante mientras pulsaba el teclado del ordenador.

—He conseguido limpiar la imagen, agrandarla y darle más luz. Me ha llevado un tiempo pero éste es el resultado.

La fotografía que ocupaba casi toda la pantalla del ordenador cambió. Ahora se intuía mucho mejor lo que representaba, parecía ser una pared con un cuadro al fondo.

—La foto parece como movida.

—Sí. Vayamos por partes. La imagen fue enviada por un móvil Nokia 6230, como éste que tengo aquí a mi lado.

Le mostró el móvil. Era rectangular y alargado, de carcasa oscura con un fino borde plateado junto a la pantalla, más grueso en la cabeza que en el otro extremo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Se lo he comprado a un... contacto.

—Entiendo, sigue.

—Bueno, he estado haciendo pruebas en la pared del cuarto de atrás, intentando imitar las mismas condiciones de luz, ¿entiendes? —Susana asintió. Después de muchas pruebas he conseguido este resultado. En el monitor apareció una imagen similar a la enviada al móvil de Sofia.

—¿Qué quieres demostrar con eso, Raúl?

—Es una cuestión de proporciones, creo que la imagen fue tomada a unos dos metros de distancia de la pared, y a unos ochenta centímetros de altura, para empezar.

—Bien.

—Por otro lado está el hecho de cómo fue enviada.

—¿A qué te refieres?

—Creo que sé por qué le llegó el mensaje a ese chico, y no a otra persona.

Observa la secuencia de botones que hay que pulsar para enviar un mensaje igual al de Sofía.

Raúl le mostró el Nokia a Susana. Debajo de la pantalla, había un botón central, mucho más grande que el resto. Estaba flanqueado por cuatro botones más pequeños, dos a cada lado, con símbolos en forma de “L” inclinada en diferentes colores, un verde, un rojo y dos azules. Raúl pulsó el botón central imprimiendo más fuerza hacia arriba, era un botón direccional. Inmediatamente se activó la cámara fotográfica del móvil, cuya lente estaba por el otro lado. Apareció la imagen en tiempo real de lo que enfocaba la cámara frente a ellos, encuadrada en una pantalla más pequeña en cuya parte baja se marcaban tres opciones: Opcs./Capturar/Salir. Raúl volvió a pulsar el botón central, por lo que activó la opción “Capturar”, el móvil emitió un sonido parecido al de las antiguas cámaras de fotos al tiempo que aparecía un mensaje en pantalla que ponía “Guardando en Tarjeta mem..”, después se mostraba la imagen capturada, ya fija, en otra pantalla en cuya parte inferior se daban otras tres opciones: Opcs./Enviar/Atrás. Raúl pulsó de nuevo el botón central. Apareció un mensaje: “Objeto añadido”, una pantalla con fondo blanco mostraba un nombre de archivo: <Imagen 131.jpg>, debajo tres opciones: Opcs./Enviar/Borrar. Raúl pulsó el botón grande otra vez. Apareció otra pantalla con tres filas de posibilidades: Número teléfono /Dirección de correo/ Muchos. La primera de ellas estaba marcada en fondo azul; debajo de la pantalla sobre el botón grande se leía: “Selecc.”, y a su lado “Atrás”. Raúl pulsó y la pantalla cambió a otra donde un encabezado rezaba: “Número de teléfono:”, bajo éste había un rectángulo en blanco, y en la parte inferior de la pantalla, una opción sobre el botón grande: “Buscar”. Después de pulsar se activó la pantalla de “Contactos” de la guía que tenía el teléfono. Estaba ordenada alfabéticamente.

Raúl había colocado el nombre de Abel en la agenda, y por tanto apareció en primer lugar, seguido por otros contactos ordenados en filas. Cuando apretó el botón central el Nokia, mostró la pantalla anterior, donde el cuadro con el encabezado de número de teléfono ya no estaba en blanco, aparecían los dígitos del supuesto número de Abel. Raúl apretó por última vez el botón central y se mostró otro mensaje emergente: “Guardado en buzón de salida para envío”.

Susana miró a Raúl admirada. Permanecieron callados un instante hasta que el silencio fue roto por un pitido del Nokia. En la pantalla apareció otro aviso: “Mensaje multimedia enviado”.

—Raúl... —exclamó Susana entendiendo a la perfección la secuencia de acciones del Nokia?: quieres decir que se podría haber enviado esa imagen pulsando seguidamente un único botón.

—Sí, tal y como has visto. Siete veces en total, sólo pulsando el botón más grande. No creo que haya sido casualidad, yo creo que fue ella quien la envió. Es evidente que lo hizo desde una posición incómoda, quizás ocultando el aparato para que no lo vieran....

—O tal vez, ni siquiera supo lo que hizo... en un momento dado pulsó y pulsó descontroladamente.

—Sí, es posible.

—... Eso explicaría por qué que la imagen fuera enviada a ese chico.

—Sí, yo creo que mi teoría es correcta.

—De todas maneras, puede ser que no fuera ella quien enviara esa imagen, cabe la posibilidad que el móvil haya sido robado, o lo haya encontrado otra persona...

Raúl se encogió de hombros y sorbió el café. Susana lo imitó.

—¿Y el coche? ¿Lo investigaste?

—Está limpio. He contrastado las huellas con el superordenador central.

—¿Con “Clara”?

—Sí. Veo que la conoces.

—Todo policía nacional piensa en ella cuando contrasta las huellas digitales. ¿Quién no ha oído hablar alguna vez de la potente computadora que está escondida en un “edificio secreto” del Escorial?

—Yo la he visto.

—Te estás riendo de mí.

—Que no, mujer... fui el año pasado. Yo y dos agentes más de otros puntos de España.

—¿Y cómo es el edificio? Me lo imagino como una prisión de máxima seguridad.

—Mujer, no es para tanto. Desde fuera, nadie diría lo que es. El Centro de proceso de Datos está camuflado en un antiguo seminario que se reformó en la

década de los años ochenta.

El humo de la taza ascendía lentamente entre los ojos de Susana, que miraban fijamente a Raúl. Eran unos hermosos ojos azules, grandes y redondos.

—Todo el recinto está rodeado por vallas electrificadas, y conforme vas entrando se va incrementando la seguridad: cámaras de video, pasillos con doble puerta, un ascensor que se activa mediante un código y una tarjeta, muros de contención de hormigón armado....

—Vaya... —dijo ella quedándose ensimismada por un momento— ...Oye, ¿por dónde íbamos?

—Creo que hablábamos de la información que nos había aportado el vehículo de Sofía, y yo te decía que no había aportado nada.

—¿Has podido comprobar que el coche no se movió de allí?

—Sí, nadie tocó el vehículo aquella noche.

—¿Cómo lo has sabido?

—Pues, si te digo la verdad, tampoco me he complicado mucho la vida. El Renault Clio permaneció estacionado todo el tiempo que las chicas estuvieron allí estudiando y después de la desaparición. Tiene un goteo cadencioso y particular de aceite. La mancha cuadra con las horas que llevaba allí aparcado.

Susana asintió.

—La imagen es lo único que tenemos hasta ahora —continuó Raúl—, aparte de las declaraciones de los estudiantes.

—Sí, volvamos a la imagen...

—Observa, si la ampliamos, el cuadro de la derecha adquiere forma.

—Eso es, es...

—Sí, una vieja tabla periódica...

—¿Quién podría tener colgada una tabla periódica en una pared?

—¿Qué tal un profesor de Química?

Y ambos guardaron silencio.

9

Me despierta el sonido de los pasos. Me acurruco contra la pared y me tapo con las sábanas.

Escucho el ruido de una llave crujendo contra la cerradura. La puerta, esa vieja puerta de madera alta, se abre con un chirrido que resulta terriblemente grotesco. Ahí está él. Es grande como un armario empotrado.

—¿Qué quiere de mí? —le digo. Cuando oigo mi propia voz no la reconozco. Tal vez porque no hablo con nadie hace días.

Él no contesta. Cierra la hoja de madera con cierta brusquedad y se acerca. Lleva una bolsa de plástico en una mano y el maldito spray en la otra.

—Por favor... deje que me vaya... ¡Por favor!

Lo observo mientras me da la espalda. Se me antoja tan grande como la pared de un frontón. Lleva un viejo jersey oscuro de cuello vuelto y unos pantalones grises algo gastados, se parecen a los que utiliza mi padre en el trabajo. Ha dejado la bolsa encima de la mesa de escritorio y está vaciando su contenido: un par de sándwiches, una botella grande de agua, de plástico, y unas servilletas de papel, de las baratas.

Entonces se da la vuelta. Me mira a través de los orificios redondos de su “verdugo” de punto negro. Recuerdo que mi madre me ponía gorros como ese de pequeña, los odiaba. Picaban a rabiar.

Me doy cuenta de que tiene unos ojos dulces, qué extraño. Pero hay algo más, algo que no encaja. Ha hecho burdamente un agujero en el pasamontañas para dejar libre su nariz, y ésta asoma redondeada y chafada por la tela. Tiene una nariz grande como una berenjena.

—Señor, le suplico que no me haga daño... por favor...

Da un paso hacia mí, empuñando el spray, y grito, grito con todas mis fuerzas. Hasta que la humedad del gas con el que rocía mi rostro me deja aturdida. Pero esta vez no me ha aplicado tanta cantidad, quedo parcialmente consciente, como si viviera entre sueños. Me ha cogido por las axilas y me ha levantado en peso sin dificultad, para apretarme contra la pared sosteniéndome por la cintura con una mano tan grande como una sartén. ¿Qué está haciendo? ¡Dios mío! ¿Qué coño está haciendo con mi cuerpo?

Me cuesta darme cuenta de lo que ocurre. Apenas siento mis miembros, los ojos están casi cerrados, sólo una leve línea me deja ver lo que pasa a través de mis propias pestañas.

Me está oliendo.

Sí, eso es. El muy cerdo me olfatea como si fuera un perro. Es repulsivo. Su nariz roza cada centímetro de mi cuerpo, mis axilas, mis brazos... todos y cada uno de los recovecos de mi piel... Y de repente se detiene. *Ahí.*

Huele ahí abajo. En el pliegue que hay entre mis muslos. Lo hace durante mucho rato. Aspira y aspira como si paladeara el aroma de un buen vino.

Y abro los ojos haciendo un esfuerzo. Me ha separado las piernas y tiene su cabeza entre mis ingles. Lo último que veo antes de desmayarme es la imagen de la Hello Kitty al lado de su nariz.

Esa gorda y asquerosa nariz.

10

A las diez y media de la noche, Eduardo Cortés se dejó caer rendido sobre el sofá del salón. Llevaba puesto un viejo pijama azul, con dibujos de animales, lleno de pelotillas. Miró a su alrededor antes de encender la tele y se vanaglorió por la labor de todo un día de trabajo. El piso parecía otra cosa. En el hall, junto al aparador de madera, había cinco grandes bolsas de basura de color verde. Puso los pies sobre la mesita y observó con ironía los dedos gordos asomando por los agujeros de los calcetines.

Rebuscó entre los pliegues del sofá hasta encontrar una cajetilla de tabaco, pero, por desgracia, estaba vacía. Barrió la habitación con la mirada en busca de su cartera hasta que la halló sobre la televisión, un mamotreto bien distinto a los modernos aparatos que se exponían en los escaparates de las tiendas. Tras meditarlo unos segundos, se levantó para coger su gastada cartera de piel oscura, descubriendo con resignación que no había ni un billete.

—Mierda, tendré que ir al cajero a sacar... pero es tarde.

Cayó algo de la cartera: una tarjeta de color blanco.

R. VARGAS

Detective privado

La tarjeta se la había dado la agente Susana Ruiz, la policía nacional que había conocido hacía cosa de un mes. En realidad ella había sido la desencadenante de su actual situación, pues él se había inmiscuido más de la cuenta para ayudarla en un caso ocurrido en la Refinería de Pedreira* donde trabajaba (**N.d.a: la primera aparición de los personajes tuvo lugar en la*

novela corta El misterio de la Caldera Chirriante).

Sí, desde luego, Susana Ruiz sabía muy bien cómo sacar partido de las personas... Aunque era justo reconocer que él había sido un estúpido, o simplemente había pensado con la entrepierna en vez de con la cabeza, porque algo que no tenía discusión era que ella era una hembra hermosa, más que eso, una mujer de bandera.

La erección surgió de improviso bajo el fino pantalón del pijama. No llevaba calzoncillos. La vecina rumana del edificio de enfrente se encontraba observándolo con los ojos abiertos, el palo de la escoba entre las manos, hasta que su marido asomó medio cuerpo fuera de la ventana y empezó a increparlo a gritos enarbolando un tenedor donde había trinchado un trozo de carne.

Cortés tardó en reaccionar. Se había quedado con cara de bobo mirando al vacío, cosa que le ocurría a menudo. Cuando se dio cuenta de que el fulano le gritaba a él, corrió rápidamente a ocultarse tras las cortinas y desde allí tiró de la correa de la persiana, que bajó con estruendo. Tragó saliva. Se acababa de meter en un lío sin proponérselo, otra de sus especialidades.

Todavía así aquella tarjeta. Había una dirección.

Playa Sur, nº 74

Cabo de Sal, Pedreira

Permaneció un rato de pie, tratando de pensar, hasta que el helor del suelo le entumeció los pies. *Esta tarjeta significa algo.* Significaba que Susana creía en él, creía en sus cualidades, algo curioso cuando él mismo se consideraba un estúpido recalcitrante, un patoso. Estuvo a punto de estrujar aquella tarjeta de cartón, pero no lo hizo.

Caminó lentamente hacia su habitación. Susana le había dicho que ese hombre, Vargas, estaba buscando un ayudante, y ella le había hablado de Eduardo. Estuvo paladeando aquella idea, nunca se había planteado ser detective, pero, por alguna razón, le seducía.

La caldera... Aquella diabólica caldera fue el detonante...

Tengo que ir, pensó dejando la tarjeta sobre la mesita de noche.

Cogió un pijama y ropa interior limpia, se calzó las zapatillas de invierno, y fue hacia la ducha. Había perdido el apetito. Le ocurría cuando estaba

intranquilo por algo.
Vargas.

11

El teléfono móvil de José Mulero sonó a las doce y treinta y seis minutos de la madrugada. Estaba acostumbrado a dormir poco y a que lo llamaran a horas intempestivas, eran gajes del oficio, pero su novia, una rubia de largas piernas, se separó de él en cuanto oyó el timbre: conocía su mal humor cuando lo despertaban de improviso.

—¿Diga?

—¿Mulero?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Ruiz. Tenemos una pista, no es muy fiable, pero al menos es algo.

—¿Qué habéis encontrado? —dijo incorporándose en la cama y rascándose la cabeza.

—La imagen del mensaje multimedia. Raúl ha descubierto que pudo ser enviada pulsando un único botón del móvil, muy probablemente en una situación de emergencia. Eso concuerda con que el mensaje le llegara a Abel González, un chico al que Sofía no veía hace años, la agenda de contactos del móvil está ordenada alfabéticamente. Además, Raúl ha conseguido mejorar la calidad de la fotografía.

—¿Se ve algo?

—Sí. Parece ser la pared de una habitación o un recinto, no sabemos. Lo curioso es el detalle del fondo, una tabla periódica en un marco de madera clavada en la pared.

—¿Una tabla periódica? ¿Y qué se os ha ocurrido?

—Bueno, dado que suponemos que la chica se fue en otro coche por propia voluntad, y que la persona que lo conducía probablemente la secuestró,

creemos que pudo ser del ámbito universitario. La tabla periódica nos lleva inevitablemente a la química. No todo el mundo tiene algo así colgado en la pared de su casa.

—Sí, no parece tan descabellado. Supongo que estaréis comprobando el listado de profesores de Química de la Universidad, ¿no es así?

—En efecto.

—Aunque lo mejor de todo es que si vuestra teoría es cierta, fue la propia Sofia la que mandó el mensaje, y por tanto, está...

—Viva. Sí, pero no podemos olvidar que hay otras posibilidades, como que alguien que hubiera encontrado el móvil lo hubiera enviado por error.

—Bueno, me aferro a la primera. Oye, ¿y por qué la tabla periódica no puede estar en el piso de un estudiante?

—¿Un estudiante? ¿Crees que un estudiante podría tener secuestrada a una chica en un piso? Para eso, debería tener mucha autonomía, o...

—Cómplices...

—Creo que eso es mucho suponer. Es salirse del tiesto.

—Sí, es verdad, debemos intentar pensar con lógica. Tiene que haber cientos de universitarios relacionados con la química.

—De todas formas, si lo crees conveniente, podemos hacer un sondeo de aquellos estudiantes que tienen pisos alquilados y que viven solos.

—El tiempo juega en nuestra contra.

—Empecemos primero por los profesores y paralelamente sondeemos lo de los estudiantes de alquiler.

—Estoy de acuerdo. ¿Estáis en la sala de la Científica, no?

—Sí.

—Voy para allá. ¿Algo más?

—Sí —dijo Susana bajando el tono de voz— ya que vienes, ¿podrías traer un poco de café? Raúl es un genio de la informática y todo eso, pero la verdad, la cafetera de aquí es un bodrio.

—Ya —respondió Mulero sonriendo en la oscuridad—. Es verdad lo que dije antes, Ruiz.

—¿El qué?

—Eres una mala pécora.

—Puede ser, pero tú tráete el café. O eso, o varios rollos de papel

higiénico.

—Entendido, nos vemos ahora, hasta luego.

* * *

Quince minutos después José Mulero estaba sentado en un incómodo taburete detrás de Susana y Raúl. Mulero y ella intercambiaron sendas miradas cuando éste depositó el termo de café sobre la mesa de escritorio. Raúl no se percató del gesto porque tecleaba frenéticamente ante la pantalla del ordenador: entraba y salía de la bases de datos de la Universidad de Pedreira. Finalmente les mostró una lista del profesorado relacionado con el Departamento de Química.

—Imprímela, por favor —dijo Susana sirviéndose café del termo.

—Sí, claro.

Un chirrido sonó a unos metros de ellos. Era una impresora multifunción, con escáner y fotocopiadora integrados. Mulero miró al joven agente de la Científica con cara de desagrado.

—Aunque no lo parezca, no es una impresora tan mala. Hace ruido, pero lleva mucha tralla encima —dijo Raúl levantándose y cogiendo el folio recién impreso.

—Yo ni siquiera sabía que había un Departamento de Químicas en la Universidad de Pedreira —exclamó Susana degustando el café.

—Sí —respondió Raúl: la Universidad de Pedreira es muy polivalente, ha ido creciendo en fama y en medios al ritmo de la ciudad. El Campus de la zona portuaria alberga los edificios relacionados con las ramas técnicas, como son Ingeniería y Telecomunicaciones, pero hay más centros, están el de la antigua cárcel, rehabilitada como edificio universitario, donde se imparte Empresariales y Económicas y el Campus de la avenida Europa donde están las aulas de Derecho, Filología, Historia... por un lado y Biología, Química y Bioquímica, por otro. Al final de la Avenida, hay también otro edificio universitario que está relacionado con el Hospital de la Virgen de los Remedios, allí se da Enfermería.

—Además está la Universidad Privada —agregó Mulero: la que de las afueras, creo que allí imparten Medicina y Veterinaria, ¿no es así?

—Sí —respondió Raúl acercándose a ellos. Entregó el papel a Mulero, que lo sostuvo ante sí con el ceño fruncido. Susana observaba también el folio con atención.

—¡Vaya! —exclamó Susana—. Es una lista larga. ¿Cuántos nombres son?

—Veinte. ¿Qué quieren decir las siglas?

—”TU” es titular —explicó Raúl— ”CU” catedrático y el resto son becarios o contratados que no ocupan una plaza fija.

—¿Por dónde empezamos?

—Mañana iremos a hacer una visita a todas y cada una de estas personas, a ver dónde estaban el lunes 26 de Febrero —dijo Mulero. Raúl, tu podrías encargarte de mirar si alguna tiene antecedentes penales, o si tenemos registros de cualquier cosa que pudiera llamarnos la atención.

—Eso lo hago ahora mismo.

—Susana, tienes cara de cansada, ¿por qué no te vas a echar una cabezadita?

—Sí, será lo mejor. Pero mañana por la mañana no cuentas conmigo, tengo que ir a ver a alguien, un asunto personal.

—No hay tiempo para asuntos personales.

—Es importante.

Mulero le sostuvo la mirada.

—Vale, nos vemos por la tarde entonces. Yo haré las visitas que pueda, si hace falta echaré mano de Ricardo o Alberto.

Susana estiró los brazos para desperezarse. Sus dos compañeros no pudieron evitar mirarla de reojo, sus pechos estaban alzados por el gesto y su espalda arqueada. “Debe gastas una talla de sujetador superior a la 120” —pensó Raúl.

La agente de policía cogió su bolso y caminó hacia la salida, sus tacones bajos resonaron en la sala haciendo que pareciera mucho más grande de lo que era. Cuando se alejó de la zona de influencia del pequeño calefactor sintió la humedad y el frío de la noche.

—Hasta luego, chicos, nos vemos mañana.

—Hasta luego —respondieron ambos.

Cuando cerró la puerta de la sala un escalofrío recorrió todo su cuerpo provocando que los pezones se le pusieran erectos, y se le marcaran

claramente por debajo de su camisa blanca. Susana sonrió porque había notado cómo los dos policías la habían mirado antes.

“Si ven mis dos cañones ahora, les da un infarto”, se dijo mientras bajaba las escaleras.

12

Qué hambre tengo. Durante unos segundos no quiero abrir los ojos, todavía recuerdo la sensación de su nariz recorriendo mi cuerpo. Me entran ganas de vomitar, incluso me dan arcadas. Pero no me queda ni saliva.

Abro los ojos.

No hay nadie en la habitación. La luz hace varios guiños, acompañados por el crujido de la solitaria bombilla que cuelga del centro del techo. Hasta ahora no me había fijado, pero el techo es muy alto, mucho más que los techos que hacen en las casas de ahora. Casi estoy segura de encontrarme en un caserón viejo, en algún lugar apartado de la ciudad, construido a mediados del siglo pasado. Sí, es probable, porque miro hacia la puerta de entrada y me fijo en el aplique de la luz. Es de esas antiguos, como los que había en la casona de mi abuela, redondos, con un interruptor en forma de palanca diminuta en el centro. Los cables de la luz son muy finos, casi tanto como los del teléfono del dúplex de mis padres, y suben pegados al marco de la puerta. Esa puerta de dos hojas, largas, como si guardaran la entrada de un castillo.

Entonces miro al frente. Él ha dejado los sándwiches, las servilletas y la botella de agua en el suelo, encima de la bolsa de plástico. A una distancia suficiente como para que yo pueda alcanzarlos. Me levanto, ¿qué hora será? ¿Es de día o de noche? No sé. Todo está tan silencioso. Mejor así, por lo menos no escucho los pasos. Esos pasos horribles. Siento un escalofrío y la piel se me pone de gallina, algunos flashes se disparan en mi mente. Las imágenes que me atormentan tienen que ver con ese monstruo repulsivo que me tiene encerrada. Con él y su forma asquerosa de olerme.

Como si él fuera un perro y yo un trozo de carne.

Arrastrando la pesada cadena por el suelo, al principio, izándola un poco después, alcanzo la comida. Me agacho y la recojo mirando alrededor. Ahora todo está tranquilo, pero continúa esa sensación de desagrado, como si me estuvieran observando todo el tiempo. Me estoy volviendo paranoica... pero “¡coño!, ¿acaso no es normal estarlo? ¡He sido secuestrada!”

Cojo la bolsa y vuelvo hacia la pared, mi pared, junto a la cual está el colchón. Camino de espaldas, sin dejar de mirar hacia la puerta, hasta que mis talones tropiezan con mi camastro. Entonces me dejo caer, como el guerrero que descansa en la colina después de la batalla, sintiéndose sucio, salpicado por la sangre, el barro y el sudor. Rompo la funda de plástico de los sándwiches con los dientes, y mastico. Muerdo en bocados pequeños, uno tras otro, por pura inercia. Mi estómago agradece el alimento, pero mi mente está perdida...

Es incapaz de saborear lo que como. Pero mastico y mastico.

13

Eran las dos menos diez de la mañana cuando el Ford Focus azul turquesa de Susana Ruiz surcaba la calle en solitario. Las luces cortas se reflejaban en el asfalto húmedo, mezcladas con la luz tenue de las farolas que salpicaban la mediana de la carretera. Entre bostezos, puso la radio: sonaba una de Queen. Al llegar al cruce con el Paseo de la Libertad, el Ford se detuvo ante su primer semáforo en rojo.

Susana miró de nuevo la hora, esta vez en la pantalla de un gran cilindro de metal que había en la esquina de la acera. Era lo último en mobiliario urbano, pero aquel trozo de acero no pegaba nada con la decoración del entorno, parecía una pila alcalina gigante. La una y cincuenta y cuatro. Susana aceleró el coche, que salió derrapando, al tiempo que apretaba el botón del elevalunas de su puerta. La ventanilla bajó con un ruido sordo y el aire fresco de la noche entró en el habitáculo del vehículo levantando ligeramente su pelo azabache. Fue como echarse agua en la cara.

Miró con un gesto fugaz los retrovisores laterales, con un volantazo controlado, el Ford giró derrapando de atrás y después volvió a acelerar chirriando las ruedas para torcer a la izquierda. En esa zona no había isleta para poder hacer el giro y tendría que haber esperado hasta el siguiente cruce del Paseo, a doscientos metros. Susana sonrió pícaramente y el Ford remontó la pequeña calle por la que había entrado y continuó hasta salir a la Avenida Europa, que discurría paralela al Paseo de la Libertad. Después, el coche giró a la derecha pasando un semáforo que estaba en ámbar y enfiló la amplia avenida circulando paralelo a la acera enlosada, que chorreaba de humedad. Susana aminoró la velocidad, una fila de aparcamientos en batería,

señalizados con líneas divisorias de color azul, discurría ahora junto al coche, pero estaban todos ocupados. Justo cuando creía que no iba a encontrar aparcamiento descubrió un hueco, que no vio hasta que casi estuvo encima, y el Ford torció con sorprendente suavidad hasta pararse con un ligero toque del guardabarros de plástico contra el bordillo de la acera.

Estaba a diez metros escasos de la famosa puerta que daba acceso al Campus universitario.

Se puso la chupa de cuero, bajó del coche y miró a su alrededor. No había nadie guardando cola para entrar. Caminó lentamente observando el muro del recinto; estaba completamente tapado por unos espesos y voluminosos setos que se alzaban a dos metros de altura. Se torció el tobillo y estuvo a punto de caer al suelo, sus tacones habían resbalado sobre el pavimento mojado. “Mierda” —exclamó. Se detuvo durante unos instantes hasta que cesó un poco el dolor, y reanudó la marcha. Los diez metros hasta la puerta le resultaron un auténtico infierno. Aquellas losas parecían untadas de aceite.

La puerta de acceso al recinto era pequeña y metálica, construida con rejilla cuadrada de acero. A su lado había otra puerta mucho más grande y robusta, pensada para proporcionar acceso a vehículos. Tras ellas, el perímetro de la Universidad adquiría la forma de un gran arco de hormigón, rematado por una larga valla metálica de color gris que permitía ver el patio y los jardines. Susana observó al guarda jurado que estaba de pie, detrás de uno de los pilares de la puerta pequeña, tapándose la boca mientras bostezaba. Era un tipo gordo y bajo, y vestía uniforme marrón oscuro.

—Buenas noches —dijo.

El guarda abrió los ojos sorprendido.

—Buenas noches.

—¿Puedo pasar?

—Pues, señorita, a no ser que sea usted universitaria, me temo que no.

—No, no lo soy. Soy agente de la Policía Nacional: Homicidios y Desparecidos —dijo Susana mostrando la cartera porta-carné.

El hombre se quedó aturdido, sus ojos oscilaban del anverso del carné profesional, donde figuraba el número de identificación de la agente, a la placa-emblema de color dorado; el escudo donde en un círculo azul se leía “Cuerpo Nacional de Policía”. A Susana le pareció que aquel tipo no había

visto ninguno igual en su vida.

—Perdone que me presente así, tan tarde. Me llamo Susana Ruiz, y ¿usted es?

—Fernando...Fernando Sánchez.

—Muy bien, Fernando. Pasaba por aquí, y se me ha ocurrido hacerle unas preguntas. Estoy investigando la desaparición de Sofía Jiménez, supongo que sabrá de qué le hablo.

—Sí, sí, claro.

—Verá, me iba a ir a la cama a dormir, pero he recordado que en el expediente del caso pone que el guarda jurado que estuvo el lunes por la noche tiene el mismo turno toda la semana. O sea, que es usted. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca, señorita... digo agente.

—Tranquilo, hombre, no tiene por qué ponerse nervioso. Sé que es muy tarde, y que puede parecerle de lo más raro, pero esto es pura rutina.

El hombre asintió poco convencido.

Un joven desgredado pasó entonces entre ambos pidiendo disculpas. Miró de refilón a Susana, tal vez porque su ceñida cazadora de cuero fino no podía ocultar las enormes protuberancias que había detrás. Susana siguió al muchacho con la vista. Éste caminó unos veinte metros y se montó en una motocicleta Peugeot que había aparcada entre dos coches.

—Oiga —le dijo al vigilante— aquí hace frío, ¿podríamos hablar en algún sitio donde estuviéramos resguardados de la humedad?

—Sí, claro. Pero mi caseta es muy pequeña, apenas si quepo yo y una mesita.

Susana observó los aularios. Tal y como le había indicado Mulero se encontraban al final del gran patio, la puerta del vestíbulo estaba recortada en una fachada que parecía un gran hangar militar. En conjunto el edificio era una enorme mole de ladrillo rojizo, con un pequeño porche de metal gris a juego con el vallado de fuera.

—Vayamos hacia allí?dijo ella señalando con la barbilla.

Ambos fueron caminando hacia la puerta de los aularios. En el trayecto Susana estudió la zona, comprobando que en efecto era muy poco probable que alguien se hubiera arriesgado a atacar a Sofía allí. Conforme se acercaban se iban cruzando con estudiantes con cara de sueño que abandonaban el

recinto. El patio cubría un espacio muy amplio, con unas pequeñas zonas ajardinadas a la izquierda, salpicadas por bancos de madera, bajo los cuales se amontonaban cáscaras de pipas, colillas y algún que otro resto de comida. Flanqueado por los jardines había un murete de hormigón con forma circular en cuyo centro se erguía una especie de columna metálica con una placa conmemorativa y luces fluorescentes atiborradas de bichos. El murete obviamente era también usado por los estudiantes como área de descanso, bastaba observar los vasos de plástico, latas, y botellines de agua vacíos abandonados sobre él. Susana suspiró ante aquel escenario estudiantil.

Cuando faltaba poco para llegar contempló la otra plaza de la que le había hablado el agente Mulero, a la derecha. Estaba construida en forma triangular, de modo que dos de sus lados, los contrarios a la fachada de las aulas, tenían escalones en toda su longitud. Parecían de mármol blanco. El conjunto tenía escasa altura, no más de medio metro, y encima de él se levantaba un árbol de tronco retorcido y ramas que se desplegaban en todas las direcciones posibles. Era una vieja encina.

Alcanzaron la entrada del vestíbulo de los aularios. Se trataba de una puerta doble de color azul, que estaba abierta de par en par. Todo el marco de la puerta se insertaba en un portón también metálico que era lo que le había hecho pensar en el parecido con un hangar militar. Sobre el portón, y sujeto ya al ladrillo visto de color rojo de la fachada, se podía ver un gran rótulo, realizado en material plástico con iluminación interna, que rezaba “AULARIO GENERAL, UNIVERSIDAD DE PEDREIRA”. El fondo del rótulo era de color azul claro y las letras blancas.

Susana pasó detrás del guarda, caminando por una suave rampa que permitía salvar el escalón de entrada. Ya dentro echó una ojeada rápida al vestíbulo, que resultó ser un espacio rectangular amplio y mal iluminado. Las paredes estaban pintadas en un triste color amarillento, con algunos tablones de anuncios de corcho clavados en ellas; también podía apreciarse las señales dejadas por los zapatos de los estudiantes en los bajos de las mismas. En los laterales del vestíbulo se encontraban dos puertas a cada lado. Eran puertas grandes, pintadas en verde, y con los marcos de madera clara. Sobre los dinteles había carteles indicativos del número del aula: A1, A2, A3 y A4. Al fondo del vestíbulo una puerta daba acceso a los aseos.

Susana se sintió observada por un par de chicos que bajaron el tono de voz al verla. Eran dos jóvenes con grandes ojeras, delgados e imberbes. Ella no les prestó mucha atención y miró al vigilante que seguía nervioso, tocándose el cuello de la camisa, como si el nudo de aquella horrible corbata marrón le estuviera apretando más de la cuenta el gaznate.

—Y dígame, Fernando, ¿lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—¿En el Campus? Pues sí, al menos dos años. Es un puesto cómodo y sin muchas complicaciones.

—¿Y de guarda jurado?

—Mmm... —El hombre dudó—, creo que unos diez años en total, los seis últimos en la empresa en la que estoy ahora, Pedresegur.

Susana dio un paso hacia su derecha para observar mejor desde allí la puerta de fuera, por la que habían entrado al patio. Notó con repugnancia que las suelas de sus zapatos se pegaban al suelo. Las pocas papeleras que había allí estaban rebosando.

—No parece un sitio muy limpio.

—No es eso, señorita. Es sólo que estamos al final del día, las mujeres de la limpieza no llegan hasta las seis y media.

—Ah. ¿Conocía usted a Sofía?

Fernando tosió un poco. Su frente de piel tostada estaba perlada de sudor, y su cuello había adquirido un tono rojizo.

—¿Le ocurre algo? Parece usted nervioso, si es por las preguntas, le vuelvo a repetir que son pura rutina...

—No es por usted, señ...agente. Es que ha sido una semana bastante dura. He estado a punto de perder mi empleo.

—¿Perderlo? ¿Por qué razón?

—Verá, nuestro protocolo como guardas jurados estipula que debemos permanecer todo el tiempo al lado de la puerta que dejamos abierta. De esa manera nos aseguramos de que nadie entre o salga del recinto fuera de nuestro control.

—Entiendo, según lo que me han contado, usted dejó la puerta abierta y se fue a dar una ronda.

—Sí. ¡Lo hacemos todos! No durante todo el día, pero entiéndame, al final de la noche cuando sabemos que no entra nadie, salimos de nuestro garito el

tiempo justo y necesario. Pedreira es una ciudad portuaria, muy húmeda, y el frío no se te quita por mucha ropa que te pongas, por eso nos cuesta abandonar la calefacción de la caseta y por eso aprovechamos el momento de abrir la puerta para hacer una ronda.

—Bueno, pero no lo han despedido, ¿no?

—Ya, pero estoy en la cuerda floja, si algo le pasa a esa chica... seré el cabeza de turco.

Susana guardó silencio. La puerta del aula número tres se abrió, y una chica morena con gafas de color rosa salió por ella. La muchacha pasó junto a ellos con la cabeza gacha mientras guardaba sus apuntes en un bolso gigante con la imagen de Betty Boop. Al llegar a su altura sonrió al guarda dejando ver un aparato dental de color verde.

—Hasta mañana, Fernando.

—Hasta mañana.

Susana observó a la chica alejándose por el patio. Las luces del paseo, al fondo, recortaban su imagen en tonos claro oscuros que daban una sensación de soledad y tristeza. La agente de policía reparó en que la iluminación del patio era muy escasa, las farolas emitían una luz naranja que tenía poca potencia.

—¿Siempre hay tan poca luz aquí?

—Sí, las farolas no iluminan nada.

—Una cosa, Fernando, después de tanto tiempo aquí seguramente usted conocía a Sofía.

—Sí, claro que la conocía.... a ella y a casi todos los estudiantes que frecuentan las aulas de estudio. Ahora hace mal tiempo, pero en primavera y sobre todo en verano, paso con ellos casi toda la noche charlando y comiendo pipas en el patio.

—¿Y entonces, cuándo estudian?

Fernando sonrió tímidamente.

—Bueno, aquí hay un poco de todo, entiéndame. Yo siempre estoy fuera, pero ellos van y vienen. Siempre tengo alguien con el que charlar entre ronda y ronda. También es verdad que hay algunos muy perezosos, que en vez de venir a estudiar vienen a hacer relaciones públicas.

—Puedo imaginarlo, sólo hay que ver cómo está todo.

—¿A qué se refiere?

—Pues a los bancos, a la placita... están llenos de restos de comida y bebida. ¡Y eso que hace mal tiempo!

—Bueno, hace mal tiempo de madrugada... yo he llegado a las diez y no se estaba tan mal, pero la semana pasada que estaba de tarde tuvimos temperaturas de veinte grados.

Susana asintió.

—...Entonces conocía usted a Sofía... ¿Era ella de las remolonas?

—¿Sofía? No especialmente, que yo recuerde salía lo justo para fumar un cigarro o comer algo.

—¿No recuerda nada que pueda ser importante de aquella noche?

—No. Le he dado mil vueltas en mi cabeza... me han preguntado durante horas, pero no he conseguido recordar nada especial.

—¿Estaba esa noche acompañada por algún chico?

—No que yo sepa. Discúlpeme, pero del lunes sólo recuerdo una imagen breve de ella con su otra amiga, la bajita y morena.

—¿Marta Gómez?

—Sí, creo que así se llama.

—¿Sabe si está hoy aquí?

—No, hoy no ha venido, creo que no pudo venir nadie a recogerla. Ella no tiene carné de conducir.

—Mmm.. ¿No pudo ver si alguien esperaba fuera en la acera a que las chicas salieran? Me refiero cuando abrió la puerta.

—Que yo recuerde cuando abrí la puerta no había ningún coche esperando, pero tampoco salí fuera, a la acera... como sabe es muy larga, a veces los coches de los padres o familiares que vienen a recoger a los estudiantes se quedan más atrás, en zonas donde hay más huecos para dejar el coche en doble fila sin interrumpir mucho el tráfico.

—¿Había mucha gente preparada para salir a esa hora? Tengo entendido que todo el mundo esperaba en este vestíbulo porque hacía mal tiempo.

—Bueno, no puedo estar seguro al cien por cien, porque hay gente que espera dentro de las aulas hasta el último momento... pero compré una lata de Coca cola segundos antes de abrir la puerta, y yo vi al menos a seis o siete chicos y chicas, contando a Sofía y a Marta.

—Eso hace difícil que alguien se la llevara a la fuerza en la acera nada más salir, se hubiera arriesgado a ser descubierto, ¿no cree?

—Señorita, llevo mucho tiempo aquí, puedo asegurarle que a esas horas cualquier ruido en esa zona de la calle sería perfectamente audible a varios metros de distancia.

—¿Incluso por usted que estaba?... ¿Dónde dijo que estaba usted?

—Bueno, ya se lo dije a sus compañeros, fui hacia el ala este, en esa dirección—. Señaló con el brazo estirado hacia los jardines de la derecha—. Di una vuelta rápida al edificio que hay detrás, pero no tardé más de cuatro minutos o así. Luego caminé en línea recta hacia el final del Campus y volví por la zona de grava, paralelo al vallado con setos que va junto a la acera. A las dos y treinta y ocho estaba otra vez en la puerta de entrada, esperé dos minutos más y cerré.

Susana se mordió los labios.

—Pues nada, Fernando —dijo: ha sido usted muy amable respondiendo mis preguntas. Muchas gracias.

—De nada señorita... siento no servir de mucha ayuda.

Ambos salieron al aire húmedo de la noche y se dirigieron hacia la puerta. Las copas de los árboles, distribuidos por todo el patio, se movían agitadas por el viento que aumentaba gradualmente. El cabello de Susana flotó hacia un lado dejando a la vista su cuello y la agente sintió que la humedad le invadía. Con la mano derecha se subió las solapas de la chupa. Se detuvieron frente a la puerta metálica. Fernando cogió el voluminoso manojó de llaves que colgaba del lateral de su cinturón y abrió. Susana se despidió de él y salió fuera. En ese momento una chica delgada y con el pelo corto cruzó el patio a grandes zancadas.

—¡Espera Fernando! ¡No cierres! —gritó riendo.

Fernando que ya tenía la hoja de la puerta metálica medio entornada sonrió y esperó hasta que la chica pasara. Susana todavía estaba allí, de pie, observando cómo la muchacha se alejaba por la acera hasta que alcanzó un coche que aguardaba en doble fila con el motor encendido y los cuatro intermitentes puestos. Era cierto, a pesar del aire que se había levantado, el ruido de aquel coche se oía perfectamente a varios metros de distancia.

—Otra cosa, Fernando —exclamó Susana pegándose a las rejas de la

puerta —...Antes dijo que la amiga de Sofia, Marta, no tiene carné de conducir, creo que el lunes salió a las tres y media de la mañana, ¿quién la recogió a esas horas? ...porque según tengo entendido no tiene novio. ¿La recogió su madre? ¿Su padre?

El hombre se rascó la cabeza con gesto pensativo. De repente miró a Susana parpadeando ligeramente, tenía una pose que hacía que proyectase un aire bonachón.

—Eso si es curioso, señorita...

—¿El qué?

—A esa hora abrí la puerta, incluso salí fuera a esperar durante un rato, ahí mismito donde está usted.... recuerdo perfectamente que no había ningún coche esperando junto a la acera.

—¿Y cómo regresó a casa? ¿Andando?

—No creo, la verdad. Eso no sería muy recomendable. Aunque ahora que lo dice se alejó en esa dirección caminando. —El vigilante señaló hacia la izquierda, donde estaban los aparcamientos en batería.

—¿Y no se extrañó de que se fuera sola sin que nadie la recogiera?

—Pues, es verdad, debió de llamarme la atención pero me puse a charlar de fútbol con otro muchacho que me pidió fuego y se me olvidó completamente aquello. Menos mal que ella está bien, la vi al día siguiente. Es curioso...sí...tengo que comentárselo.

Susana Ruiz se pegó a la valla y miró intensamente al vigilante.

—Hágame un favor, Fernando, no le comente nada. Quiero que eso quede entre usted y yo, ¿entiende?

—Sí, claro, como usted diga—. El hombre tragó saliva al ver la expresión de la policía.

—Muy bien, se lo agradezco. Me marcho: que tenga una buena noche.

—Adiós señorita agente.

Y la vio alejarse con paso inseguro por aquella maldita acera completamente mojada.

VIERNES

14

Noticias Nacionales: Un alemán se suicida en Tarragona seis días después de descuartizar a sus padres. Alexander N., un joven de origen alemán de 19 años, se suicidó ayer en su casa de lujo de Alcanar (Tarragona), seis días después de descuartizar y enterrar en el jardín a sus padres, al parecer tras un arrebato provocado por una discusión familiar...

Provinciales: La Generalitat corta la carretera de acceso a la desalinizadora de Torrevieja para impedir que sigan las obras...la Consellería de Infraestructuras y Transporte ha cortado esta mañana la carretera de acceso a las obras de la planta desalinizadora de Torrevieja (Alicante) al considerar que este camino carece del permiso de trabajo necesario, informaron a EFE fuentes de la Generalitat..."

Eduardo Cortés apagó la radio. Tenía agujetas. La luz se filtraba por la persiana de su habitación y se podía escuchar la algarabía propia de la ciudad. Eran las nueve y media. Miró a su alrededor y al ver que todo estaba limpio y ordenado sintió un soplo de optimismo que le hizo incorporarse de la cama con cierta alegría.

Encima de la mesita de noche estaba la tarjeta que le había permitido dormir con cierta calma después de varios días de pesadillas.

—Soy un tonto —pensó mirando de reojo aquella pequeña cartulina blanca—. No puedo depositar toda mi esperanza en algo así. ¿Detective? ¡Estás loco, Eduardo!

Se puso las zapatillas y fue hacia el cuarto de aseo. Antes de llegar a la puerta comenzaron los retortijones de estómago.

—¡Hombre! ¡Hoy hasta mi reloj biológico vuelve a funcionar!

Corrió hacia el salón y cogió una revista que había debajo de la mesita, una de coches. Le encantaba leer en el baño.

Diez minutos después, con las marcas de los codos impresas sobre los muslos justo por encima de las rodillas, se afeitó tarareando una canción de Maná. Luego fue hacia la cocina y descubrió que no le quedaba ni un solo cartón de leche y que el pan duro que había aprovechado los últimos días para tostadas había llegado a un grado preocupante de putrefacción, tanto que el raspado quirúrgico con cuchillo de sierra ya no servía. Volvió a su cuarto y se vistió lo mejor que pudo: una camisa azul a cuadros, unos vaqueros y sus eternos zapatos negros perfectamente acomodados a los pies. Encima, una cazadora de pana marrón claro. Se miró en el espejo y se dio el visto bueno.

Antes de salir a la calle buscó y rebuscó algo de dinero suelto en los cajones del aparador. Consiguió reunir un par de euros a base de monedas de veinte y de diez. Con ese tesoro y las llaves del coche en los bolsillos bajó los tres pisos de su edificio silbando. La vecina del segundo, lo miró sonriendo; estaba colocando una cadena en el asa de la bombona de butano que tenía junto a la puerta de su casa. Era un chica rubia, con ojos verdes, pecosa y puta. Puta de profesión.

—¡Buenos días, vecino!

—¡Buenos días! —le respondió él mirando descaradamente su escote. La chica estaba inclinada y llevaba un vestido corto color pistacho. En aquella posición, el pliegue junto al cuello permitía verle perfectamente los pechos que apuntaban hacia abajo, sin la presión de ningún sujetador que los contuviera. Ella se dio cuenta de que lo observaba, y mantuvo aquella postura más tiempo de lo necesario.

—Qué puta es —. Se dijo Eduardo Cortés mientras bajaba los escalones, intentando no pegarse una torta—. Soy la hostia, porque... no soy capaz de echar un polvo ni teniendo vecinas putas.

Tras tomarse un café con leche en la pequeña cafetería de la esquina, se dirigió hacia su coche, un Opel Astra azul marino. El vehículo, comprado de segunda mano, tenía ciento diez mil kilómetros y ya no estaba tan fino como antes.

A la segunda intentona consiguió arrancarlo, y antes de empezar a circular, esperó un poco a que el motor se calentara. Giró el volante y el Opel enfiló la

calle en dirección a la circunvalación norte de la ciudad. La luz de reserva de combustible se encendió.

“Mierda”. Puso la radio y empezó a buscar sintonías apretando los botones del panel central del coche, hasta que pilló una emisora nacional.

“Suspendido el partido Betis-Sevilla tras un botellazo al técnico sevillista Juan de Ramos”

Eduardo volvió a cambiar la emisora buscando una de música mientras el Opel Astra se introducía en una gran rotonda de tres carriles donde imperaba la ley del más rápido. Tomó la segunda salida y cruzó por una calle larga y ancha repleta de coches que circulaban a trompicones, entre pitadas y algún que otro insulto de conductores con un creciente y violento estrés. Eduardo se detuvo ante un semáforo peatonal frenando bruscamente, eso hizo que una cajetilla de Winston apareciera por debajo del asiento del acompañante. Estoy de suerte —se dijo echándole mano; quedaba un cigarrillo. Con un gesto que había repetido miles de veces a lo largo de su vida sacó el pitillo y se lo puso en los labios. Luego, pulsó el encendedor del coche y pisó el acelerador en cuanto se lo permitió el semáforo.

Apenas circuló cincuenta metros hasta detenerse de nuevo. Los cláxones de los coches crecían y Eduardo desistió de subir el volumen de la radio, en vez de eso, bajó la ventanilla mientras encendía el cigarrillo. Una moto se detuvo a su lado.

—¿Tienes un pitillo, guapo?

Miró a la conductora de la motocicleta, una chica rubia, muy joven y con unos pantalones violetas ceñidos. Ella le devolvió la mirada mostrando una perfecta dentadura blanca. Eduardo Cortés puso cara de memo, con la boca abierta.

—Sólo tengo éste—murmuró.

—Me vale —dijo ella inclinándose y cogiendo el cigarro de sus labios con un brazo lleno de pulseras de colores.

Salió de su ensimismamiento deslumbrado por el reflejo de la luz del sol en un pequeño piercing que llevaba la chica en la nariz. Para cuando fue a darse cuenta la moto ya había arrancado y los coches que estaban detrás del suyo pitaban impacientemente. El semáforo ya estaba en verde, y la única imagen que retuvo de aquella muchacha era la del hilo rosa de su tanga

asomando varios centímetros por encima de sus pantalones.

Increíble, pensó, las mujeres sólo me hablan para sacarme algo, debo tener un cartel en la frente que pone: gilipollas.

Después de quince minutos serpenteando entre atasco y atasco consiguió llegar a la última rotonda antes de la entrada a la autovía. Paró y echó gasolina al coche. Tuvo que usar la tarjeta de crédito, pero desestimó la idea de calcular el dinero que le quedaba en la cuenta corriente.

Tenía intención de empezar bien el día.

15

La chica de los pantalones violetas ceñidos siguió por la avenida Reina Sofía hasta el cruce con la calle Unamuno, allí detuvo su motocicleta entre dos coches que esperaban a que abriera el semáforo.

—Perdona, ¿me das fuego?

La muchacha rubia se giró. Una mujer morena de grandes ojos azules le mostraba un cigarrillo sin encender.

—Toma, enciéndelo con el mío—le dijo pasándole su pitillo a medio consumir.

Susana Ruiz cogió el cigarrillo y en un par de caladas consiguió prender el suyo.

—Gracias— exclamó devolviéndoselo.

—De nada—. La moto arrancó violentamente y salió disparada calle arriba. Susana sonrió al observar el tanga de la muchacha y condujo su Ford Focus hacia la derecha, metiendo el morro para que no se le colase una furgoneta Nissan que al igual que ella pretendía hacer el giro en la isleta. El móvil de Susana empezó a sonar.

—¿Diga?

—Ruiz, soy Mulero, el jefe quiere que vengas.

—Ahora no puedo, voy a ver a alguien importante, como te comenté ayer.

—Será poco tiempo, una hora a lo sumo. El comisario ha dicho que estés aquí en diez minutos.

El semáforo se encendió y Susana arrancó conduciendo con la mano izquierda. El Nissan intentó colarse pero ella no se amedentró, los parachoques quedaron a escasos quince centímetros. El conductor, un tipo con

la cara picada y gafas oscuras, le dijo “puta” moviendo los labios y Susana le sacó el dedo índice con la misma mano que sostenía el móvil.

—Mulero, ayer por la noche fui a la Universidad.

—¿Por la noche? ¿Cuándo? ¿Al salir de comisaría?

—Sí, eso es.

—¿Para qué?

—Para nada en especial... me acordé de que en el expediente ponía que el vigilante tenía turno de noche toda la semana, es decir era el mismo que había el lunes, así que fui a hablar con él.

—¿Y?

—Bueno, te parecerá una tontería, pero hubo un detalle que me llamó la atención.

—¿Cuál?

—Marta Gómez, la amiga de Sofía... salió media hora después que ésta. Ella no tiene carné de conducir y el vigilante recuerda que no había ningún coche esperándola en la acera para recogerla. Se fue andando, ¿no te parece extraño?

Se hizo un pequeño silencio al otro lado de la línea.

—Bueno, no es muy normal, pero tampoco sé exactamente a dónde puede conducirnos eso. Creo que es mejor centrarse en lo que ya sabemos.

El Ford Focus adelantó a un autobús de línea que se había parado en frente suya. Zigzagueó ágilmente entre el denso tráfico y tomó la calle José Martí que era de dirección única y tenía dos carriles.

—Mulero, otra cosa.

—¿Si?

—¿Para qué quiere verme el comisario? ¿Pasa algo?

—Bueno, mejor te lo cuenta él. Va a haber cambios en la forma de llevar el caso.

—No entiendo.

—Ven y te enterarás. Se han traído a un fichaje nuevo, yo ya lo conozco de tiempo atrás. Hasta luego—. Y sin más, colgó.

Susana puso cara de fastidio y tiró el móvil al asiento del acompañante. Era día de mercadillo y se veía a muchas mujeres mayores paseando en pequeños grupos con los carritos de ruedas dirigiéndose al parking del centro

comercial “Los Delfines” donde se colocaban los puestos. Sonrió recordando sus inicios en la policía, cuando se dedicaba a vigilar los pequeños hurtos de bolsos en aquella zona. Le encantaba el ambiente casi medieval del mercadillo, con los puestos colocados entre pasillos estrechos y cuyos toldos tapaban el cielo. Recordó las alfombras, las telas, las golosinas, las ropas... hasta el embutido y los salazones, y también a los vendedores, que eran una mezcla heterogénea: payos, gitanos, moros, ecuatorianos, rumanos... algunos llevaban la casa a cuestas, otros eran gente itinerante que tenían pequeños comercios y se pasaban la semana viajando de ciudad en ciudad buscando colocar sus productos...

Cinco minutos después entraba en comisaría. Un compañero le indicó que le esperaban en el salón de reuniones. Susana llamó a la puerta, y sin aguardar a la contestación entró en la sala. Había ocho personas en total, con la pizarra blanca al fondo llena de garabatos en rojo.

—Buenos días. ¿Llego tarde?

—Ah, buenos días, agente Ruiz, no, llega justo a tiempo. Le presento al subinspector de la Comisaría Central de Valencia: Plácido Garnero. ¿Se conocían?

Susana observó al hombre. Debía rondar los cuarenta y cinco años de edad y parecía estar en buena forma. Era ligeramente más alto que ella, uno setenta y ocho quizás, tenía el cabello canoso y escaso, con grandes claros en la parte alta, y una nariz muy particular, recta y que se estrechaba fina y redondeadamente en la punta. Unos ojos claros e inteligentes tras unas gafas pequeñas, de intelectual, barbilla pulcramente rasurada, y la expresión de un zorro. Sí, le recordaba a un astuto zorro.

—No, no tenía el gusto—dijo el subinspector con una expresión calculadoramente afable.

—Yo tampoco, encantada de conocerle, señor.

—Lo mismo digo—. Los ojos de Garnero brillaron momentáneamente y un montón de finas arrugas se dibujaron a sus lados. Llevaba una americana oscura y pantalones de pinzas marrones. Vestía impecablemente y tenía cierto aire militar.

—Bueno, Ruiz, tome asiento—dijo el comisario Cervantes. Él y Garnero estaban de pie junto a la pizarra. Sobre la larga mesa de madera oscura había

un proyector. —. El subinspector estaba a punto de ponernos en antecedentes. Como usted ha llegado la última, Ruiz, le comunico para su conocimiento que a partir de ahora el subinspector Garnero será el coordinador del caso de Sofía Jiménez, aunque yo sigo estando al mando y tengo la última palabra.

—Por supuesto, comisario—exclamó Garnero secamente—. Bien, señores, como verán he traído conmigo un equipo de gente que espero nos serán de mucha ayuda, corrijo: “estoy seguro de que serán de mucha ayuda”. Esta es mi ayudante, la agente Teresa Ramírez, y estos son los agentes Costa y Vivancos.

Al lado de ellos, en la mesa, estaban también sentados el agente Mulero y Raúl Vázquez, de la Científica.

—Veo en los ojos de todos ustedes—prosiguió el subinspector— que se están preguntando por qué tantos medios y tantos agentes se destinan a este caso de una aparente desaparición. —Garnero cogió el rotulador rojo y comenzó a pasear—: Las Fuerzas del Estado, es decir, nosotros (Policía Nacional) y la Guardia Civil, buscamos a unas 12.000 personas desaparecidas en España. Sólo un 0,1% de las denuncias son catalogadas como casos de “alto riesgo” o “inquietantes”. De esos 12.000 casos de personas actualmente desaparecidas y pendientes de localizar, 8.936 están siendo investigados por nosotros y unos 3.000 por la Guardia Civil. De estos casos, el grupo al que llamamos de “alto riesgo” o de “inquietantes” constituye, por tanto, una parte mínima de las denuncias presentadas ante los cuerpos policiales. Como ustedes saben, llamamos de “alto riesgo” a los desaparecidos en contra de su voluntad y normalmente detrás de estos casos se esconde un delito de secuestro, violación, asesinato.... Por tanto, son los más preocupantes, la mayoría se corresponden con mujeres jóvenes, y detrás suelen haber delitos de tipo sexual. Pero repito, nosotros calculamos que sólo el 0,1% de los casos son considerados de alto riesgo.

Garnero se detuvo un momento y tomó un vaso de agua que había en la gran mesa. Todo el mundo estaba pendiente de él y no titubeó en beber pausadamente. A Susana le pareció que se hacía demasiado el interesante, como si fuera la persona más importante sobre la faz de la Tierra. A su lado, el veterano comisario Cervantes, parecía empequeñecido e insignificante.

—Por favor, agente Ramírez, encienda el proyector—. La policía, una

mujer de treinta años, extremadamente delgada y con el pelo negro peinado al estilo de “Cabaret”, apretó un interruptor y el haz de luz del proyector se concentró en la pizarra. El comisario Cervantes fue hacia el final de la sala y apagó las luces. La imagen de una chica joven, pelirroja y pecosa llenó la pantalla.

—Señores, esta chica se llamaba Ana María Gil, veinte años. Desaparecida hace diez años, en Torrevieja, y aparecida muerta diez días después. No sufrió golpes ni traumatismos apreciables. Sólo parecía tener huellas de mordazas en muñecas y tobillos. No fue violada. Por favor, Ramírez pase.

La imagen de otra chica joven, sonriente, con la cara regordeta y ojos pequeñitos, apareció proyectada en la pizarra.

—Esta era Lucía Ramos, veintitrés años de edad, desaparecida en Valencia hace seis años. Apareció muerta sólo cuatro días después. Al igual que el caso anterior, no sufrió aparentemente ninguna lesión. Tampoco fue violada. Ramírez, déle.

La imagen de Sofía Jiménez apareció en pantalla.

—Sofía Jiménez, veinte años. Desaparecida el lunes 26 de febrero de este año, en Pedreira. Hoy viernes, es el quinto día.

Se hizo un oscuro silencio en la sala que Garnero dilató durante unos instantes para aumentar el dramatismo de su presentación.

—Señores—exclamó el subinspector elevando la voz— creemos que nos encontramos ante el nacimiento de un potencial asesino en serie. Como ustedes saben la definición de “asesino en serie” es la de un asesino que mata a tres o más personas, guardando un período de enfriamiento entre uno y otro crimen.

Garnero carraspeó y señaló al comisario el interruptor del fondo de la sala. Éste se dirigió allí y encendió la luz, al tiempo que la agente Ramírez apagaba el proyector. Toda la gente de la sala pestañeó un poco. Raúl tenía los ojos entornados, estaba a punto de quedarse dormido.

—Subinspector—exclamó el agente Mulero para preguntar—. ¿Qué nexos...?

—Espere—le interrumpió Garnero—, sé lo que se estarán preguntando, cuál es la relación que une a estos tres casos. En primer lugar, todas son universitarias, mujeres jóvenes. Pero hubo además un detalle que hizo que

relacionáramos los dos primeros casos, el de Ana María Gil y Lucía Ramos, y que fue una particularidad que nos llamó la atención con independencia de la carencia de daños físicos.

—¿Qué particularidad? —preguntó Susana, cada vez más interesada.

—Bien, ambas chicas fueron encontradas...como lo diría... en el momento de la muerte, ambas estaban menstruando.

Susana arqueó una ceja sorprendida.

—¿Y qué prueba eso?

—Al principio no nos llamó la atención, salvo por una cosa. El asesino les quitó las compresas. —Raúl se despertó al escuchar aquello— Sé que suena de lo más retorcido, pero es así. Los cadáveres de las chicas fueron hallados sin ningún signo de violencia, salvo que tenían las bragas llenas de sangre porque el asesino les quitó las compresas momentos antes de matarlas. También hay que señalar las indicaciones que nos hicieron las madres de las víctimas, según la cuales supimos que la ropa interior de las chicas era distinta a la del momento del secuestro, y por tanto tuvo que proporcionársela el secuestrador.

—¿Y cómo murieron?

—Ese es el otro punto de unión. Fueron asesinadas por asfixiamiento, en realidad por un envenenamiento con monóxido de carbono. Como ustedes sabrán este gas no puede verse ni olerse, pero sí causar la muerte cuando se lo respira en niveles elevados. Cada año un gran número de personas pierde la vida accidentalmente debido al envenenamiento con CO.

—¿Y qué le hace pensar que Sofía será la siguiente víctima de este asesino? ¿Deja algún mensaje? ¿Pide rescate? —Susana estaba reclinada sobre la mesa. En aquella postura se apreciaba con más rotundidad la enorme voluptuosidad de sus pechos. Garnero tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no desviar la mirada.

—Bien, evidentemente no tenemos una seguridad al cien por cien. Ha sido gracias a la valiosa información del agente Mulero que estamos hoy aquí hablando del caso de Sofía. Él ha estado colaborando con nosotros, por iniciativa propia, desde el principio.

Raúl y Susana se miraron brevemente con expectación.

—El agente Mulero nos remitió el hallazgo de la imagen, limpiada y

ampliada, que se envió desde el móvil de Sofía. También nos explicó sus sospechas de que la tabla periódica que se ve en la pared, relacione al posible secuestrador con la Química, y por ende con el mundo universitario. Eso fue ayer, a eso de las tres y media de la mañana.

Raúl miró de nuevo a Susana, su rostro reflejaba un claro mesnaje: “Mulero se ha puesto una medalla a nuestra costa”.

—Como verán no hemos perdido el tiempo. En cuanto recibí la llamada del agente, puse en marcha a mi equipo. Hemos enfocado toda la información previa de la que disponemos y la hemos “reconducido” hacia Pedreira.

—¿Qué quiere decir exactamente con reconducir?

—Bien, desde que supimos lo de la posible relación con el ambiente universitario, con el añadido de la aparente carencia de violencia en el secuestro (lo que señalaría en principio a que la chica conocía a su raptor) hemos estado buscando toda la posible información que nos ha proporcionado el Centro de Proceso de Datos, a través del superordenador Clara. Como todos ustedes saben la Dirección General de Policía guarda datos sobre las costumbres sexuales, salud, aficiones, forma de vida, afiliación a sindicatos y partidos políticos de millones de ciudadanos. A través de Clara tenemos acceso a diferentes tipos de ficheros, especializados en diferentes campos. Por un lado hay uno dedicado en exclusividad al Documento Nacional de Identidad, otros como el fichero PERPOL, guarda los datos personales, como el origen racial, historiales médicos, etc.... de toda persona que haya estado o esté actualmente en busca y captura, o haya sido requerida su presencia por algún tribunal. El fichero INTELIGENCIA se centra en personas investigadas por posibles delitos de salud pública....

Garnero carraspeó. Con aire tranquilo tomó un botellín de agua y rellenó el vaso. Con él en la mano prosiguió su charla.

—Bien, el problema de los datos, es saber interpretarlos. Por eso cuento con los mejores. El agente Vivancos, ha hallado algo muy interesante en el fichero PISO 13. — El aludido, un hombre calvo, masticaba chicle de forma ruidosa—. Este fichero acumula todos los expedientes de personas que han firmado algún contrato de alquiler, tanto por la parte arrendadora como por la parte arrendataria. ¿Y a qué nos lleva esto, se preguntarán? Hemos descubierto que hace cinco años hubo una alta emigración de profesorado universitario

desde diferentes partes del país a Pedreira. Lo demuestra el citado Fichero 13, del Centro de Proceso de Datos. ¿El motivo?

—La ampliación del Campus universitario de Pedreira—dijo Raúl reclinándose sobre la silla.

—¡Exacto! La ampliación de la Universidad de Pedreira supuso una demanda de profesorado imposible de solventar únicamente con el de la zona. Muchos profesores con experiencia buscaron venir aquí por el hecho de mejorar sus estatus académicos y sociales. Estas mejoras de niveles salariales, profesionales o como quieran llamarlos, les eran negados dentro de sus universidades de origen, puesto que como saben, la vida de un profesor universitario suele ser duradera, muy duradera. Hay doctores, e incluso jefes de departamento, que continúan ocupando sus plazas más allá de la edad estipulada de jubilación. Es normal, ya que son puestos normalmente tranquilos y bien remunerados, sin excesivos esfuerzos físicos.

—Entonces—dijo Susana—piensan que el asesino, presumiblemente un profesor universitario, vino de...

—De Valencia posiblemente, aunque no descartamos Alicante tampoco—puntualizó Garneró—, pero en Valencia fue donde se produjo el último crimen. Tampoco tuvo que viajar tanto, se movió dentro de la misma Comunidad.

—Luego, la lista que “obtuvimos” de la Universidad de Pedreira, se habrá acertado bastante.

—Bueno, a decir verdad, se ha agrandado.

—¿Agrandado? No entiendo.

—Su suposición original nos parece acertada, pero con una perspectiva algo corta.

—¿Perdón?

—Una tabla periódica es algo muy común en diferentes asignaturas universitarias. En Ingeniería Técnica, por ejemplo, se estudia la asignatura Ciencias de los Materiales donde se usan diferentes gráficos en los cuales los elementos químicos son los protagonistas...En Ingeniería Agrícola se estu...

—Entiendo, han ampliado el rango de búsqueda.

—Sí, básicamente ha sido eso. Obviamente, el citado Fichero PISO 13, nos ha ayudado mucho a situar a profesores que han viajado hacia esta ciudad, pero también somos conscientes que el alquiler de pisos, no es precisamente

un negocio que se caracterice por contratos que queden reflejados en la Hacienda Pública. Hay mucha gente que no hace contratos y que paga en “negro” al que le alquila el piso. Hemos contrastado también las empadronamientos surgidos desde entonces, el registro de automóviles, la renovación de carnés, etc. —Garneró se detuvo y bebió agua del vaso.

—Supongo que habrán contrastado esa información con las contrataciones realizadas por la Universidad de Pedreira desde esa fecha, y las bajas de esas personas en su lugar de origen —exclamó Raúl.

—Obviamente —dijo con sequedad el subinspector—. Lo del fichero PISO 13 fue lo que nos llevó a saber de la emigración de profesores, luego hemos cotejado la información con la de las respectivas universidades.

—¿Y en cuánto ha quedado la lista definitiva, si puede saberse?

—Bueno, según nuestro datos la Universidad de Pedreira, tiene un total de 623 profesores doctores, con un ratio del 45,6 por ciento. Este ratio mide el tanto por ciento del total de doctores sobre la plantilla docente. Eso quiere decir que tenemos un estimado de 1366 profesores en la Universidad de Pedreira.

—¡Vaya! —exclamó Susana.

—De ese total, hemos obtenido una lista de setenta y tres personas que han venido a esta Universidad en los últimos cinco años procedentes de Valencia o Alicante. Es un número razonable, puesto que supone sólo el cinco coma tres por ciento del total de docentes.

—Relacionadas de alguna manera con la química —puntualizó Raúl—, lo que quiere decir que la lista se incrementaría aún más si se extendiera a todo el profesorado, ¿no?

—Sí —respondió Garneró con brusquedad—, pero hemos querido acortar la lista al máximo, de no ser así nos iríamos a un veintitrés por ciento, esto supondría más de trescientas personas, una barbaridad si queremos actuar con rapidez. Hay que tener en cuenta que el tiempo que discurrió entre la desaparición de las chicas, en los anteriores casos, y su hallazgo sin vida fue corto. Les recuerdo que en el primero fueron diez días, y cuatro en el segundo. Sofía lleva ya cinco.

Todos los asistentes permanecieron callados. Alguien llamó a la puerta y el comisario se acercó a abrirla. Era un joven becario, que traía una bandeja

con unos cruasanes y dos termos, uno de leche y otro de café.

—Gracias, Pedro —le dijo el comisario al muchacho, que después de dejar la bandeja encima de la mesa se fue de la sala.

Susana se levantó y tomando un vaso de plástico se sirvió un buen chorro de café, manchado apenas con leche. Tuvo que esperar para poder tomarlo porque estaba hirviendo. Raúl y Mulero fueron los siguientes en servirse, necesitaban café para seguir despiertos.

—¿Tienen un perfil del asesino? —preguntó el comisario en voz alta.

—...Es difícil establecerlo, pero sí, tenemos algo. Agente Costa, haga los honores.

El agente Costa se levantó. Era un hombre delgado, con porte burgués. Llevaba un suéter negro de punto con cuello alto, y una cartuchera sobaquera en piel marrón con la pistola en el lado izquierdo. La pistola era una Star 30M, de las nuevas.

—Buenos días: tenemos indicios para creer que el sujeto que ha cometido los asesinatos es un psicópata, esto es, un individuo que padece un profundo trastorno de la personalidad, pero no de la mente. Sabe distinguir perfectamente entre el bien y el mal.

—¿Sabe distinguirlos? —inquirió el comisario.

—Sí, incluso podemos afirmar que disfruta haciendo el mal.

—¿Hay algún rasgo de su personalidad que sea especialmente característico? —preguntó el agente Mulero.

—Por lo general, este tipo de per...de per...—Costa tartamudeó—.de personas suelen tener graves problemas tanto en su relación con los demás, a nivel social, como a nivel afectivo con aquellos seres que tienen más cerca. Con los primeros se muestran arro...arro...arro...gantes y prepotentes, incluso tienden a exagerar y a mentir, de hecho son grandes manipuladores que no se sienten reconocidos por sus méritos.

—¿Y con sus seres queridos?

—Por decirlo de alguna manera, se pueden catalogar de personas frías que son incapaces de sentir o interpretar los sufrimientos e inquietu...tu...des de las personas cercanas, esto encaja con el hecho de que sean capaces de torturar hasta extremos impensables a sus víctimas, porque básicamente son incapaces de sentir lo que los otros sienten, y por eso no conocen la palabra

remordimiento.

—Pero eso no lo convierte en asesino en serie—indicó Susana recordando sus estudios de Criminología—, aunque su conducta antisocial lo ponga en el punto de mira para delinquir.

—Sí, tiene razón, agente Ruiz. Psi...psi...psicópata y asesino en serie son términos distintos. Pero hay varios tipos de asesinos en serie, podríamos hacer una clasificación general hablando de los “organizados” y los “des...des...desorganizados”. Los primeros son metódicos en sus actuaciones y sistemáticos, y entre ellos un alto porcentaje suelen ser psicópatas. Esto concuerda con los patrones fijos de los dos asesinatos de esas chicas, como la forma de matarlas, el hecho de que sean más o menos de la misma edad, universitarias...

—¿Se sabe que es lo que ha podido llevar a trastornarlo tanto? —preguntó Mulero.

El agente Costa arqueó una de sus finas cejas negras. Tenía una nariz ganchuda que le confería aspecto de pájaro de mal agüero.

—Hay ciertas vertientes que apuntan a un posible trauma infantil como el epicentro del trastorno. Por ejemplo, un abuso sexual por parte de un vecino, o su padre, o el control excesivo de una madre déspota. La cuestión es que este trauma provocado a una edad temprana, hace que el chico tienda al aislamiento y al desarrollo de una imaginación basada en fantasías de tipo aberrante. Después, con la pubertad, no es capaz de establecer relaciones, sobre todo sexuales, con los demás ya que se ha acostumbrado a volcarse en sí mismo y en su imaginación. Pero sus fantasías se basan en comportamientos sexuales patológicos.

—¿Patológicos?

—Sí, en nuestro caso, tenemos indicios para creer que el sujeto que ha cometido los asesinatos sufre un tipo de patología, lo que en el argot se denomina una parafilia. Consiste en un patrón de comportamiento sexual en el que la fuente predominante de placer no se encuentra en el acto sexual propiamente dicho, esto es, el coito, sino en alguna otra actividad.

—Pero yo tenía entendido que las parafilias eran consideradas inocuas, incluso hasta normales—puntualizó Susana.

—Sí, salvo cuando el que las tiene es un individuo potencialmente

peligroso como es el caso.

—¿Y qué tipo de parafilia tiene nuestro sujeto? —preguntó Mulero.

—Bien, las definiciones más usuales para parafilias incluyen los comportamientos como el sadismo, el masoquismo, el exhibicionismo, el voyeurismo, la zoofilia, la coprofilia, la necrofilia, el fetichismo o el froteurismo.

—Agente Costa, todavía no ha contestado a la pregunta del agente Mulero —exclamó el subinspector imponiendo su voz sobre el resto.

—Perdón, ¿cuál era?

—El tipo de parafilia que tiene nuestro individuo.

—¡Ah, sí! Lo olvidaba...la par...par...parafilia que creemos que padece se denomina olfactofilia.

—¿Olfá...qué?

—La olfactofilia se define como la excitación debida al olor de la transpiración, especialmente de los genitales. Por eso creemos que el asesino roba las compresas de sus víctimas, y también les proporciona y cambia la ropa interior.

—Gracias, Costa, puede tomar asiento —dijo Garneró volviendo al primer plano—. Resumiendo, señores, estamos ante un potencial asesino en serie, y remarco lo de “potencial”. ¿Qué quiere decir esto?

El comisario lo miró apurado porque el subinspector parecía haber formulado aquella pregunta directamente hacia él.

—Quiere decir, señores —exclamó Garneró volviéndose al resto de la sala con semblante serio—que estamos a tiempo de evitar un tremendo varapalo para nuestra institución, la Policía Nacional....Como saben, para los medios de comunicación la palabra asesino supone un titular efímero, pero si se le añade la coletilla de “en serie” la cosa cambia, porque el titular se hace portada y entonces nos llueven los palos y crece la presión sobre nuestros hombros y sobre nuestro cuello. Tenemos la oportunidad de atrapar a ese hijo de puta antes de que llegue a convertirse en una pesadilla social entrando dentro de la dudosa historia de ese tipo de asesinos, que desgraciadamente incluso tienen clubes de seguidores. No olvidemos que estamos en un país al que le va lo lóbrego y lo oscuro, lo rancio. Porque en el fondo nuestra sociedad no quiere que termine de caer del todo la etiqueta de la España negra

y profunda, íntimamente ligada con la prensa rosa y los boletines de farándula.

El subinspector dijo toda aquella retahíla de palabras sin respirar siquiera.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Mulero.

Garnero lo miró frunciendo el labio en un gesto de condescendencia. Susana pensó que había una extraña complicidad entre ambos. Mulero parecía embobado ante las maneras y la “profesionalidad” del subinspector. Raúl la miró. Ella se dio cuenta de que él pensaba lo mismo. “Como los dejemos solos, Mulero se lanza a chupársela”.

—De momento vamos a concentrarnos en la lista que hemos obtenido— dijo Garnero con rotundidad—. Les advierto que en pocas horas esa lista de setenta y tres sospechosos va a ser menguada, porque vamos a hacer descartes. Buscamos sobre todo individuos que tengan autonomía suficiente para poder retener a una persona en contra de su voluntad en un lugar aislado. Estamos indagando a los que poseen propiedades alejadas de núcleos urbanos, como fincas, casonas, etc.

—Bien, señores—exclamó el comisario— ¿tienen alguna pregunta más antes de dar por terminada esta reunión?

—Sí, yo tengo una—dijo Raúl levantando la mano.

—Adelante, usted dirá—Garnero lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Le han puesto un nombre?

—¿A qué se refiere?

—Al asesino, claro. Algo así como “el asesino olfactofílico”...

—Ah, eso. Pues la verdad es que sí, Vázquez. Le llamamos el ladrón...

—¿El ladrón?

—Sí, el ladrón de compresas. Ya saben, por lo del escabroso detalle que les comenté antes.

—¿No le parece un poco inapropiado?... Casi suena ridículo— dijo Susana.

—Señorita Ruiz, quizás suene como usted dice, pero lamentablemente es real como la vida misma.

Llamaron a la puerta. Una policía uniformada saludó a los presentes y habló con una voz suave y aguda.

—Señor comisario, hay quince periodistas esperando fuera.

—¿Quince?

—Sí, al menos seis son de televisiones a nivel nacional y el resto de prensa y radio.

—Tranquila—dijo el subinspector que se había deslizado con asombroso sigilo hasta la puerta—yo me encargaré de los medios de comunicación.

Entonces Raúl y Susana se miraron desconcertados. Aquel tipo se había adelantado al comisario birlándole descaradamente el protagonismo delante de sus propias narices. Cuando la puerta de madera se cerró, el rostro del comisario Cervantes no podía ocultar su indignación.

Plácido Garnero estaba empezando a tocarle las pelotas.

16

¿Qué ha pasado? ¡Dios!... ¡Cómo me duele la cabeza! Estoy hecha polvo y tengo el cuerpo muy cansado, pero es un cansancio extraño, una fatiga abrumadora. Me intento incorporar, sin conseguirlo por el mareo, así que me quedo sentada sobre el colchón con la espalda pegada a la pared. Me duele la muñeca de la mano derecha, tengo la piel enrojecida en la zona alrededor del grillete que está un poco oxidado y huele muy fuerte a metal. Cojo la botella de agua y pego un trago. Me resulta placentera la sensación de beber agua... entonces me pregunto si “él” no habrá añadido algo...es posible, recuerdo que el tapón roscado de plástico no estaba herméticamente cerrado. Quizás me esté envenenando. Sí, quizás sea eso por lo que tengo estos síntomas, por eso y por el maldito spray con el que me rocía la cara. El líquido transparente que sale de él huele a cítricos, un olor dulce que precede al desmayo.

Tengo que intentar mantener la esperanza, no desmoronarme. A gatas me muevo hacia mi derecha hasta que alcanzo la pared lateral y pego la oreja. Nada, no se escucha ningún ruido. Luego me voy a la pared del otro lado pasando junto al hueco de la puerta del aseo. Tampoco se oye nada.

Me levanto con temblor en las rodillas y camino hacia el fondo, hasta quedarme a unos metros de donde está colgado el marco con la tabla periódica. Ando despacio pisando descalza por ese suelo viejo y rayado hasta que empiezo a notar el peso de la cadena cuando se estira y queda en el aire. Con rabia tiro de ella. Mi cuerpo se queda inclinado en el vacío y la cadena tensa, con los eslabones en su sitio, tras un breve chirrido. Tiro con todas mis fuerzas, no sé por qué lo hago. Por lo menos haces ejercicio, me digo, ¿Recuerdas cuando te apuntaste a aquel gimnasio? Sí, fue durante el verano

antes de entrar en la universidad. Íbamos Marta y yo. Parecíamos un par de niñas patosas entre aquellos tíos cachas y vanidosos. ¡Cómo nos reíamos!

Aprieto los dientes y empiezo a sudar. Cierro los ojos y tiro y tiro. Noto el calor que proyecta la bombilla sobre mi cabeza. Por un momento miro hacia abajo y veo los dedos de mis pies arrugados y rojos por el esfuerzo aferrándose al suelo. El rosa de las uñas casi ha desaparecido.

De repente noto algo. Parece una tontería, siento como si la cadena hubiera cedido un poco. Sí, creo que ha sido eso. Vuelvo a tirar de ella, a tensarla. Pesa una barbaridad... o al menos eso me parece a mí. Después de un rato estoy sudando bastante, pero ya no percibo que la cadena ceda.

Cansada vuelvo hacia atrás, despacio. Antes de echarme sobre el colchón miro la zona donde está anclada la cadena. Es una especie de argolla soldada a una placa metálica. Queda más o menos a la altura de mis ojos. La observo con detenimiento. No sé pero juraría que se ha separado un poco del muro, de hecho el colchón tiene algo de polvo que parece haber caído de la pared. Quizás sí he conseguido sacarla un poco de su sitio. Entonces mis ojos se iluminan por la esperanza. Pero ese brillo sólo dura un momento, porque después, la bombilla solitaria da un crujido terrible y todo se hace oscuro.

17

El cielo limpio de Cabo de Sal hizo que Eduardo Cortés se alegrara tremendamente de estar dirigiéndose hacia allí. La autovía bordeaba campos de secano y urbanizaciones en construcción que se habían ido alejando cada vez más del mar. Eduardo pensó que era anecdótico el hecho de que la gente pagara una millonada por tener una casa en esa zona. Había piscinas y jardines, pero el agua salada estaba muy retirada como para presumir de vivir en la playa. Toda esa gente tenía que desplazarse en coche para poder pisar la arena y bañarse en el mar. Él no tenía ese problema, desafortunadamente. Su hipoteca de interés variable rondaba ya los setecientos euros, y seguía subiendo porque el maldito euríbor no dejaba de crecer. “Y todo por un piso de segunda mano y sin ascensor”.

El Opel Astra tomó la salida hacia Cabo de Sal. Eduardo redujo a tercera y el coche se introdujo en una rotonda desierta. Era estupendo ir a la playa en día laborable porque no había un alma, podía sentirse la vitalidad del aire perfumado por la brisa marina y las carreteras estaban despejadas, sin ruidos, sin cláxones ni gritos, sin humo... era sencillamente maravilloso.

Después de seguir recto durante unos cien metros volvió a meterse en otra rotonda, junto a la cual se levantaba un enorme supermercado con apenas tres o cuatro coches aparcados delante de la entrada. Alcanzó a ver a una pareja de guiris saliendo con unas bolsas de la compra, vestidos con tirantes y pantalón corto, a pesar de que era un día fresco de marzo.

El Opel circuló lentamente por una calle estrecha que serpenteaba entre viviendas unifamiliares decoradas con estilos diferentes y a veces estrambóticos. Fachadas de varios colores, rejas ornamentales, rejas sencillas,

muros de ladrillo rojizo, celosías claras, jardines con suelo completamente enlosado, macetas enormes, flores, jardines descuidados, fachadas con azulejo andaluz, porches con vigas de madera y enredaderas verdes, ostentosas fuentes de piedra blanca, céspedes milimétricamente cortados, piscinas pequeñas de plástico, barbacoas de ladrillo, barbacoas de metal... conforme avanzaba Eduardo sintió que no podía haber una heterogeneidad más hermosamente homogénea.

El coche se desvió en el primer semáforo hacia la derecha. Las terrazas de los restaurantes estaban vacías, con el solitario menú del día escrito en tiza blanca sobre pizarra negra en inglés y español. De cuando en cuando se cruzaba con algún vecino jubilado que paseaba al perro. El coche discurrió paralelo al puerto deportivo, una gigantesca “u” dividida por pantalanés de madera que se mecían con el agua. El azul oscuro del mar Mediterráneo se recortaba brevemente en aquel paisaje tupido de mástiles de fibra de carbono y cabos y cuerdas de materiales de última tecnología. Casi todos eran barcos de recreo, algunos bastante ostentosos. Allí no había un alfiler, los amarres se pagaban prohibitivamente caros. Y lo sorprendente es que había multitud de gente esperando para conseguir uno.

Eduardo Cortés aspiró aquel olor a salitre que despejaba su alma. Recordó los días que iba a pescar con su padre, en un pequeño bote a motor, las risas, las cañas de carrete dobladas por el tirón de alguna pieza, la emoción de recoger el nylon sintiendo la fuerza por la vida de lo que había detrás... recordó el sabor de los bocadillos de atún que su madre preparada y que estaban deliciosos después de bañarse en el mar. Sonrió al recordar cómo se tiraba al agua y llenaba cubos enteros de berberechos, cómo pescaba magres armado sólo con sedal, anzuelo y sus gafas de buceo, la piel arrugada en sus manos, los caballitos de mar que desaparecieron para siempre...

Tomó una curva suave y larga, donde las casas se agrandaban dando mayor sensación de opulencia; el plástico desaparecía de las piscinas y era sustituido por el azulejo, la piedra, el césped y los trampolines. En aquellos palacetes tenía cabida todo, desde pistas de tenis, hasta pequeños campitos de golf, con vestuarios de obra, spas y saunas construidas con la mejor madera suiza.

Estaba en primera línea de mar.

Al fondo, distinguió por primera vez el precioso y esbelto faro de color

grisáceo, levantado sobre una gran base de piedra en una pequeña colina. Las gaviotas se dejaban arrastrar por el aire, deslizándose en grandes círculos ya tierra adentro. Fuera, en las aceras, se adivinaba el aumento del poder adquisitivo: Audis, Volvos, Porshes... coches caros para una zona rica. También había casas más modestas, más antiguas, construidas antes de que aquel lugar se hiciera tan popular. Eran excepciones insertadas en medio de aquel frenesí de riqueza. Y en cierta forma, se agradecía. Fachadas con desconchados por la rudeza de la humedad y la sal resquebraban la imagen snob del pueblo que una vez fue refugio de pescadores. Las balaustradas de madera vieja, las rejas oxidadas y sus techos antiguos luchaban en un duro pulso contra el acero inoxidable, el mármol blanco y el metacrilato. Se enfrentaban a las escaleras de caracol, a las vidrieras de colores, a las puertas blindadas de diseño inglés. Combatían los solariums de diseño y los ventanales gigantes, que mostraban el interior a diferentes alturas, con sus patios salpicados de botijos y de orondas tinajas y sus sillas de esparto hechas a mano.

Eduardo vio que el aparcamiento señalado con línea discontinua blanca junto a la carretera se agotaba veinte metros más hacia delante. La última casa marcaba el número cincuenta y uno, él buscaba el número setenta y cuatro, así que se decidió a aparcar.

Estacionó el Opel con precisión y cuando puso sus zapatos sobre el suelo sonrió al ver que la arena de la playa había sido arrastrada por el viento hasta el mismo bordillo. La brisa era más fuerte ahora. Cerró los ojos para tomar aire, se enderezó y cruzó la carretera mirando a ambos lados. Un viejecito montado en una pesada bicicleta y con un sombrero de paja lo saludó. Eduardo se asombró al ver aquella reliquia de dos ruedas, con un timbre gigante y redondo en uno de los manillares, y aquella cesta de mimbre en la parte delantera cargada únicamente con dos barras de pan moreno asomando las puntas por encima de una bolsa. Sus tripas crujieron de tristeza.

Caminó por una estrecha calle peatonal que separaba dos grandes casonas, y observó que hasta el suelo de aquella zona era distinto. Grandes losas de colores, ricamente labradas, le condujeron al paseo que se alargaba dulcemente junto a la playa. Los bancos de piedra estaban desocupados, las papeleras vacías y los puestos de helados cerrados. La arena,

sorprendentemente blanca y limpia, había cedido al empuje del mar varios metros playa adentro. Era más estrecha que la última vez que la había visto, haría cosa de cinco años o así. También estaba desierta, a excepción de una mujer mayor, de unos sesenta años de edad, que lanzaba una pelota rosa lo más lejos que podía, para que su perro, un precioso labrador blanco, la persiguiera entre saltos y ladridos.

Eduardo miró la hora: las diez y cincuenta y cinco. Caminó despacio observando los números de las casas, algunos troquelados sobre placas de metal y otros pintados sobre azulejos. Las viviendas de esa zona se apretaban unas contra otras siguiendo la línea de playa. Los porches delanteros mostraban claramente cuáles de ellas estaban habitadas en invierno y cuáles no. Había muchas casas, principalmente las de los ricos, que estaban cerradas a cal y canto, y todas ellas tenían carteles advirtiendo de sistemas antirrobo y de alarma. Número sesenta y seis. Se sorprendió al encontrar a unos chicos jóvenes preparándose para irse de acampada. Eran tres muchachos de largas melenas, vestidos informalmente pero con ropas de marca. Habían aparcado un reluciente todoterreno Toyota junto al porche de su casa, una de las ricas, y estaban poniendo a punto un par quads. El Toyota se había adentrado hasta el paseo accediendo por una de las calles peatonales más anchas. De la casa salieron tres chicas, también jóvenes, vestidas deportivamente y con sendas gafas de sol. Los lazos de sus bikinis asomaban con tonos chillones por detrás de sus camisetas; Eduardo supuso que los bañadores serían para tomar el sol, porque el agua del mar debía estar terriblemente fría todavía. Una de las muchachas lo vio al pasar y dio un codazo a otra de sus compañeras que sonrió y le comentó algo al oído. Cortés tenía buen porte. De estilizada figura y nariz aguileña. Uno de los chicos se percató de que lo miraban las muchachas y puso cara de pocos amigos. Eduardo empezó a silbar distraídamente y continuó su camino. De repente recordó que llevaba las gafas de sol en el bolsillo interior de su chaqueta de pana fina, las sacó y se las puso.

Por fin llegó al número setenta y cuatro. El porche estaba delimitado por un pequeño muro de ladrillo, donde destacaba un buzón de correos de color granate junto a una puerta pintada de blanco. La fachada parecía bien conservada, con un enorme toldo a rayas plegado contra ella. Buscó el timbre

pero al no encontrarlo optó por descorrer el cerrojo de la puerta, luego, pasó dentro y observó en derredor: el suelo estaba enlosado en color marrón tierra, sobre él había un par de chanclas, una manguera verde conectada a un grifo, un cubo con esterillas y unas cuantas macetas recién regadas. En el centro, una hermosa mesa rectangular soportaba estoicamente el paso del tiempo azotada por el implacable desgaste del sol, que se había comido el tono oscuro de sus tableros al igual que había hecho con el resto del mobiliario: media docena de sillas con sendos cojines de tela descoloridos.

Eduardo pulsó el timbre situado junto al marco de la robusta puerta de entrada. Nadie contestó. Esperó un momento y volvió a pulsar sin obtener respuesta. Se separó un poco y observó la casa con detenimiento, tenía dos alturas; en la parte de arriba, en la terraza, había una barbacoa y un merendero techado con cañizo.

Caminó por el porche para mirar por la larga ventana de aluminio blanco que daba al exterior. El cristal opaco apenas permitía distinguir el mobiliario de la habitación.

—¿Buscas a alguien, muchacho?

Eduardo se sobresaltó y miró a su derecha. En el porche de al lado un hombre mayor lo observaba apoyando sus brazos en la mediana. Era un tipo bajo, con gafas de cristales tintados y cuatro pelos en la cabeza.

—Buenos días, sí, buscaba al señor Vargas.

—¿Al viejo Vargas? No está aquí, ¿qué quieres de él?

Eduardo parpadeó un momento. Le fastidiaba pensar que la esperanza depositada en el encuentro con el detective se esfumara tan rápidamente.

—No quería nada en particular, una conocida suya me dio una tarjeta de él y me dijo que viniera a verle.

—¿Qué conocida?

Eduardo frunció el ceño, aquel viejo parecía un poco metomentodo y algo insolente.

—Oiga, parece que usted me está interrogando.

—Sí, eso es lo que hago, nene —dijo el hombre sonriendo mientras alejaba un bicho volador con la punta del periódico que tenía enrollado bajo el brazo—. Pero, vamos si no quieres contestarme no lo hagas, no pasa nada... yo me siento ahí, tranquilamente a leer mi periódico y tomarme mi cafetito y

mis tostadas, y tú te subes en tu Opel Astra azul marino y te vuelves para tu casa.

Eduardo volvió a parpadear, ¿cómo sabía aquel viejo cuál era su coche? De repente cayó en que aquel tipo era el hombre con el que se había cruzado antes, el que iba en aquella bicicleta que parecía de la Segunda Guerra Mundial.

—Me lo dijo Susana Ruiz, una agente de policía que lo conoce.

—¿Te lo dijo “Susanita”? ¡Qué alegría de saber de ella! ¿Cómo está? —. El hombre se había levantado y miraba a Eduardo a través de sus enormes cristales tintados. El chico descubrió que aquel viejo no veía por uno de sus ojos. Parecía medio ciego.

—Está bien, muy bien.

—¡Ja! ¿Las sigue teniendo tan grandes? —exclamó el viejo poniendo cara de salido mientras abría sus arrugadas manos delante de su pecho.

Eduardo sonrió ante aquel comentario.

—¡No te la puedes ni imaginar en bikini! ¡Qué espectáculo de la naturaleza! ¡Qué hermosura!

El viejo le guiñó un ojo y gesticuló con la barbilla señalando hacia la playa, detrás de Eduardo.

—Vargas está allí, muchacho, haciendo sus ejercicios matinales.

Se giró y observó el horizonte. A unos cien metros se veía un hombre moviéndose lentamente sobre la arena.

—Ya lo veo, muchas gracias, señor.

—Llámame Pedro, chaval.

—Encantado, Pedro. Yo soy Eduardo—. Y se dieron la mano. El viejo tenía una fuerza sorprendente.

Eduardo caminó hasta la puerta del porche y salió otra vez al paseo.

—Chico, otra cosa.

—¿Si?

—Un consejo, no molestes a Vargas mientras hace sus ejercicios.

Miró otra vez hacia la playa, la silueta de Vargas se movía armoniosamente.

—¿Qué ejercicios hace?

—Mmm...Tai chi. No le gusta que lo interrumpen.

—Vale, muchas gracias, Pedro. Hasta luego.

—Hasta luego, chaval.

La silueta de Vargas distorsionada por los luminosos rayos de luz se fue haciendo cada vez más clara conforme se acercaba. Eduardo decidió bajar a la arena. Pasó por un acceso abierto en el muro de piedra que bordeaba el paseo. Caminó por el tablao de madera que se insertaba hasta cerca del mar, crujiendo a cada uno de sus pasos. Junto al tablao, a dos metros del muro del paseo, se levantaba una pequeña base circular construida sobre la arena, alicatada con azulejos de múltiples colores: blancos, azules y amarillos. En medio de ella se erguía un reluciente cilindro de acero inoxidable con cuatro duchas a cada lado y sus respectivos grifos. En la parte inferior también había unos grifos para lavarse los pies. Todos los mecanismos eran de pulsador para optimizar el consumo de agua.

Eduardo se quitó los zapatos y los calcetines, se remangó los bajos de sus vaqueros y luego siguió caminando por la arena de la playa, que estaba sorprendentemente cálida.

Aquel lugar tenía un aspecto algo salvaje, porque al no ser temporada de verano las cuadrillas municipales no habían comenzado todavía la limpieza exhaustiva mediante máquinas y rastrillos. Se veían algunos matojos y también algas marinas acumuladas aquí y allá junto a la orilla. Las dunas formadas al capricho del viento habían roto la llaneza homogénea de la playa, propia de los meses de julio y agosto, cuando miles de sombrillas inundaban cada centímetro cuadrado del terreno. Ahora era diferente, la playa no estaba nivelada, pero aquella imagen un poco agreste e indómita la hacía evocadoramente hermosa.

Cuando estuvo a escasos metros del detective se detuvo, observándolo.

Vargas era un hombre mayor, pero tenía un aspecto sano y proyectaba una gran vitalidad. Debía tener cincuenta años largos, y medía alrededor de uno setenta y cinco de estatura. Tenía un cabello oscuro, fuerte y recio, cuidado y peinado hacia un lado, y salpicado por algunas canas que le daban un aire distinguido. No estaba gordo, pero tampoco delgado. Su barriga, sin llegar a ser excesiva, era la de un hombre al que le gustaba la buena mesa. Su rostro, con una poblada perilla más blanca que negra, y una nariz pequeña y recta era muy varonil. Cejas profundas y ojos oscuros, patillas finas y perfectamente

cortadas, y unos pómulos algo pronunciados que se suavizaban por el color sonrosado de sus mejillas.

Al cabo de unos instantes, Eduardo se retiró hacia el muro de piedra que bordeaba el paseo recordando el consejo que le había dado Pedro de no molestar a aquel hombre. Vargas ni siquiera parecía haberle prestado atención. Movía sus manos rítmicamente al igual que el resto de su cuerpo, de un lado a otro. Sus brazos y sus pies se desplazaban con fluidez y armonía.

Eduardo se sentó en la arena, pegando su espalda en la base del muro. Dejó la chaqueta doblada y los zapatos a un lado, y se quedó mirando a Vargas. Había visto hacer Tai Chi en algún programa de la televisión y en documentales que hablaban de China, pero nunca le había prestado mucha atención.

Vargas llevaba una ropa cómoda, con pantalones anchos y camisa larga de lino, ambos de color blanco, al estilo ibicenco. Eduardo contempló cómo movía los brazos y las manos delicadamente, con los hombros bajos y la espalda recta. El pausado vaivén del peso del cuerpo en cada pie, estirando y encogiéndose, en un oscilar tranquilo que se fundía con el sonido del viento entre la arena, la estridencia de las gaviotas, y el azote pausado del agua contra la orilla en un movimiento constante e hipnótico.

Y Eduardo permaneció allí observando, hasta que sin darse cuenta, se quedó dormido, con los pies descalzos metidos en la tibia arena, mecido por la brisa marina y anestesiado por la calidez del sol del mes de marzo.

18

—Mulero, ¿tienes un momento? —Susana había agarrado al pequeño agente por la manga de la camisa cuando éste se disponía a salir de la sala de reuniones. Sólo quedaban ellos dos y Raúl Vázquez.

—¿Qué quieres? Tengo prisa.

—Raúl, por favor, cierra la puerta.

Raúl sonrió y se dirigió a la entrada.

Susana se acercó amenazadoramente, con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber a qué cojones estás jugando con nosotros, gilipollas?

Mulero retrocedió un poco, intimidado por la proximidad de Susana. Era una situación algo cómica vista desde fuera, porque los enormes pechos de la policía quedaban a la altura de su cara.

—Oye, te recuerdo que yo estoy al mando de la investigación. El comisario me la asignó a mí, y tú y Raúl sólo sois piezas complementarias. Si he incluido a Garnero en el caso, es porque sé de sobra la capacidad de ese tío. Está a años luz de vosotros.

—¿Piezas? ¡Qué memeces dices!

—¿Cómo puedes ser tan cabrón? —exclamó Raúl—. ¿Por qué narices le has dicho a todo el mundo que fuiste tú el que descubrió lo de la imagen? ¿Es que piensas trepar a nuestra costa?

Mulero tomó distancia. Su cara se había ensombrecido y ahora más que nunca tenía la expresión de un gnomo malvado.

—La prioridad es resolver el caso de Sofia Jiménez. Haré lo que sea necesario para que esa chica siga con vida.

Raúl y Susana se miraron asqueados.

—Mira, enano —dijo Susana—no cuentes con nosotros para ponerte medallitas. Si las quieres gánatelas tú solito.

—No podéis dejar el caso... el comisario os reprenderá por ello.

—Hablaemos con él.

—Mirad, a mí me da igual lo que hagáis y más estando aquí el equipo del subinspector Garnero. Sólo os digo que tenéis una oportunidad valiosísima de trabajar con los mejores, de aprender. Yo me apunto. Es una apuesta segura al caballo ganador.

Su voz sonaba sibilina y agresiva, algo que Susana no conocía en él. Por un momento, pensó que era más peligroso de lo que nunca hubiera pensado.

—Nosotros no vamos a dejar el caso.

—¿No? Bien, veo que entráis en razón.

—Haremos una investigación paralela, a nuestro modo.

—¿Cómo? Sabes de sobra que el comisario no lo consentirá, ni yo tampoco.

—Tu opinión me importa una mierda.

Mulero levantó los hombros en un gesto de indiferencia hacia ella.

—Deberías cuidar un poco la boca, nena. No te favorece el papel de niña mala.

Susana giró sobre sí misma, dirigiéndose hacia la puerta, seguida por Raúl.

—¿A dónde creéis que vais?

—A partir de ahora no te importa dónde vayamos. Tienes a Garnero, ¿no? ¡Pues que te aproveche!

—Cometéis un error. Trabajar en equipo es la clave para resolver este caso.

—Tú no tienes ni puta idea de lo que es eso.

Susana cerró la puerta, y ella y Raúl se dirigieron escaleras arriba. Caminaban en silencio, ajenos a la actividad ruidosa de la comisaría a esas horas de la mañana donde retumbaban los timbres de los teléfonos, el estruendo de las impresoras, gritos y palabras en extranjero.

Todo el mundo parecía estar haciendo algo.

Encontraron al comisario Cervantes en el pasillo del primer piso, secándose el sudor de la calva con un pañuelo. Tenía el rostro compungido. El

comisario no era un hombre frío, ni tampoco pasional, pero estaba claramente afectado.

—Déjame hablar a mí —susurró Susana a Raúl mientras se acercaban.

Se detuvieron.

—Señor comisario, tenemos una sugerencia que hacerle.

—No estoy para tonterías, Ruiz. La mañana no ha empezado muy bien que digamos.

—Lo sé, señor, no hace falta que nos lo diga. Raúl y yo no queremos trabajar en el equipo de Garnero, hemos pensado que podríamos hacer una investigación paralela.

El comisario suspiró profundamente y los miró con recelo. Guardó el pañuelo de tela en el bolsillo, luego tomó un vaso de plástico de la vaca de agua que había junto a la pared.

—¿Una investigación paralela? ¿Sabéis la memez que estáis diciendo?

—Sí.

—No puedo consentir eso, lo siento. La prioridad absoluta es conseguir descubrir dónde cuernos está Sofía.

—Lo sabemos, señor, pero no nos gusta en absoluto la forma en que se está planteando este caso.

—A mí tampoco me gusta el cariz que está tomando, lo reconozco, pero como superior no puedo romper el equipo de trabajo. Disponemos de muy poco tiempo y diversificar los recursos sería una estupidez.

—Pero señor.... —exclamó Raúl—... sabe de sobra que no existe tal equipo. Esa gente y Mulero sólo trabajan para ellos mismos.

El comisario volvió a suspirar. Se inclinó y apretó el pulsador de agua fría, la garrafa vertical de plástico empezó a burbujear mientras el vaso se llenaba.

—Señor comisario, hoy tenía intención de ir a visitar a Vargas, como usted me dijo.

Cervantes apuró el vaso de un trago, miraba por encima del borde de plástico a Susana. Cuando acabó lo arrugó ruidosamente y lo echó a la papelera.

—Vargas...—murmuró—... hace tiempo que no veo a ese viejo cabrón. ¿Te he contado que una vez me salvó la vida?

—No, no lo recuerdo.

—Eran otros tiempos, sí otros tiempos—. El comisario parecía más viejo y cansado que nunca. Llevaba un traje gris arrugado, y su bigote espeso tenía algunas canas que sobresalían descontroladas e indómitas. Sus tupidas y gruesas cejas bajaron ocultando parcialmente sus pequeños ojos castaños. — Bien, no puedo ordenar oficialmente que llevéis una investigación paralela, ¿lo comprendéis no?

Ambos guardaron silencio.

—Sin embargo, prefiero tener a dos buenos policías trabajando en el caso, con un punto de mira más noble que toda esa tropa que había dentro de la sala de reuniones esta mañana. No había suficiente ciénaga para tanta sanguijuela.

Raúl y Susana sonrieron.

—Haremos una cosa, intentaré que el subinspector Garnero no os den mucho el follón... le diré que os he dedicado a investigación de campo, que sois unos patanes, y que os puse para ayudar a Mulero mientras que llegaban ellos. No creo que ese buitres os aprecie mucho, porque según lo que he visto ahí dentro se cree por encima del bien y del mal, subestimando al resto de los mortales.

—¿Y Mulero?

—Mulero es un buen policía, pero le puede la codicia. Su carrera es imparable, y además...

—...Además es un chupapollas—dijo Raúl.

El comisario no contestó, hizo una mueca con la boca y se dio media vuelta para dirigirse hacia su despacho. Con la mano les indicó que lo siguieran.

—Señor, no lo entiendo, ¿por qué le aprecia tanto? —preguntó Susana.

—¿A Mulero?

—Sí, es evidente que es un trepa.

—Puede ser, Ruiz, pero yo soy comisario de la Policía Nacional, pertenezco a la escala superior, ¿sabe lo que eso significa? Quiere decir que tengo bajo mi mando a multitud de personas, cada una de su padre y de su madre. Hay gente rebelde, gente patosa, inteligentes, charlatanes, perezosos, corruptos... pero yo sólo hago una distinción: buenos y malos policías. Y aunque no te guste, Mulero es de los buenos. Quizás sea precisamente esa

ansia por ascender lo que le hace esforzarse más que el resto, aunque sus métodos no sean muy nobles.

—El fin justifica los medios —puntualizó Raúl.

El comisario se detuvo ante la puerta de su despacho, dentro el teléfono no dejaba de sonar.

—Muchachos, no puedo deciros otra cosa. Os pido la máxima entrega y toda vuestra inteligencia y saber hacer para sacar algo en claro. Independientemente de eso, me importa una mierda quien llegue antes al tesoro, Dios sabe que daría mi brazo izquierdo por encontrar a esa muchacha con vida, aunque fuera a costa de que Garnero, Mulero o la puta madre de ambos se apuntara una medalla así de grande.

El comisario bajó la mano para posarla sobre el pomo de la puerta, había comenzado a girarlo.

—Por lo que a mí respecta, aunque no sea de manera oficial, cuento con un equipo extra de dos agentes investigando el caso.

—Gracias comisario.

—Sólo os pido que me mantengáis informado de cualquier avance que hagáis.

—Descuide señor, lo haremos.

—Y otra cosa. — El comisario los miró con sequedad—: si no hacéis ningún avance os sacaré del caso. Tenéis una semana. No puedo permitirme el lujo de tener a dos buenos policías dando tumbos por ahí.

—Gracias señor.

Y después se alejaron por el pasillo.

—¿Por dónde empezamos, jefa? —le dijo Raúl con tono alegre.

—Déjate de cachondeos, Vázquez. Yo tengo que ir a Cabo de Sal, le prometí al comisario que vería Vargas.

—¿No es ese el famoso detective privado?

—Sí.

—Creía que ya no ejercía.

—Lo hace de vez en cuando, sólo cuando un caso le llama la atención.

—Bien, ¿qué quieres que haga yo?

—¿Podrías conseguir la lista de profesores que han depurado las sanguijuelas?

—Sí, creo que podría.

—Estupendo, tampoco estaría mal que fueras echándole también un vistazo a los profesores de esa lista, me refiero a los que tienen casas en el campo o en la playa...

—Vale. Eso está hecho. Además intentaré colarme en el ordenador de Mulero, me da en la nariz que hay más de una cosa que no nos ha dicho.

—Me parecer bien, pero sé cuidadoso, sólo faltaba que nos pillara hurgando en sus cosas. No tiene pinta de ser muy indulgente. Lo malo, es que tendrás a Vivancos y Costa metidos en tu oficina. Así te será imposible pasar desapercibido.

—No, ¡que va! Son tan engreídos que se han traído un laboratorio sobre ruedas, enorme. Está en el parking de fuera. Tienen de todo, incluso equipos que no había visto en mi vida.

—Mejor así.

—Sí, desde luego. ¿Te has fijado en el agente Costa? Me da un mal “yuyo” que te mueres... tiene un aspecto tan siniestro.

—Sí, el equipo de Garnero es de lo más extraño. Parecen haberlos escogidos a posta. Bueno, Raúl, me voy. Si encuentras algo dame un toque al móvil.

—Ok, Susana, cuídate.

—Tú, también. Hasta luego.

Cuando Susana salió al exterior eran casi las once de la mañana, y aunque el día no había empezado muy bien, sonrió. Tenía un extraño presentimiento, como si tuviera un as en la manga con el que ni ella misma contaba.

19

José Mulero aporreó el escritorio en cuanto calculó que Susana y Raúl se habían alejado lo suficiente. Esos dos memos pensaban que tenían alguna posibilidad en aquel caso, “su caso”. Por otro lado estaba el subinspector Garnero. Contar con su ayuda era una gran ventaja, tenía a un peso pesado de su parte, con experiencia y medios suficientes. *¿Ayuda? ¿Había dicho ayuda?* Abrió y cerró la mano pues tras el puñetazo se había quedado adormecida. Sí, Garnero suponía un gran handicap, era un tipo escurridizo, carente de escrúpulos. Una serpiente venenosa. Tendría que andarse con mucho ojo si no quería quedarse atrás. Se había metido hasta el cuello en aquel callejón oscuro, y tenía que salir como fuera, porque al otro lado estaba la luz que lo conduciría a su siguiente ascenso.

Su plan era bien simple: pegarse al subinspector como una lapa y sacar tajada de lo que pudiera. Si atrapaban el plato gordo, intentaría que al menos las sobras fueran para él.

¿Y Susana y Raúl?

No estaría de más saber qué tramaban; la agente Ruiz había cometido un fallo al prevenirle de que iba a hacer una investigación paralela. Eso le daba una pequeña ventaja.

Sacó su móvil y lo abrió con la mano dolorida. Durante un instante dudó y finalmente pulsó uno de los cursores para buscar un nombre en la agenda. Luego le dio al botón de llamada.

—¿Diga?

—Buenos días, Perico, soy Mulero.

—Buenos días, jefe.

—¿Dónde estás?

—Me encuentro en frente de una tienda de fotocopias, siguiendo al niño ese. El novio de la chica desaparecida.

—Oye, no se te entiende, ¿estás comiendo?

—Sí, perdona, jefe. Es que cuando me aburro me da por comer.

—¿Has averiguado algo, Perico?

—No, nada. El chico hace una vida de lo más normalita, hasta es aplicado y todo. Lo único excepcional que ha hecho ha sido poner carteles de su chica por todas las farolas y fachadas de Pedreira, eso e ir a visitar a los padres. Nada más.

Mulero escuchaba atentamente mientras que con la mano libre separaba las láminas del elegante estore que cubría una de las ventanas laterales del salón de reuniones. La ventana daba al aparcamiento de la comisaría. Susana Ruiz estaba arrancando su coche.

—Oye, Perico, tengo una misión para ti, pero debe quedar entre tú y yo, es un tema delicado. ¿Puedo contar contigo?

—Sí, por supuesto. ¿De qué se trata?

—Quiero que sigas a la agente Ruiz.

—¿Ruiz? ¿No es esa la “tetona”?

—La misma.

—¿Por qué?

—No te lo puedo explicar todo, Perico. Sólo puedo decirte que la señorita Ruiz está yendo un poco por su cuenta, ya me entiendes... cree que se va a hacer famosa si descubre ella solita lo de la chica, Sofia. ¿Entiendes?

—Sí, mas o menos, jefe. Todas las mujeres son iguales.

—Esa es una verdad como un templo. ¿No fue tu mujer la que te dejó tirado porque decía que tenías un trabajo muy absorbente?

—Sí...

—...¿Y no era ella azafata de vuelo? Siempre me he preguntado quién cojones puede hacer una vida normal con una azafata de avión, con esos horarios que llevan, sobre todo en los internacionales.

—No, eso mismo le decía yo.

—Por eso, Perico. Las mujeres no se conforman nunca con lo que tienen, siempre quieren más y más.

—Dígame, ¿dónde está ahora la tetona?

—Pues precisamente la estoy viendo salir del parking de la comisaría.
¿Tienes el coche cerca?

—Estoy montado en él.

—A ver...ha ido hacia la Plaza de Valencia, desde aquí parece... sí, ha tomado la avenida Europa, creo que va hacia el enlace de la autovía. Va en un Ford Focus, color azul turquesa. Lleva un toro de Osborne plateado pegado en la parte de atrás.

—Con eso me sobra.

—¿Podrás alcanzarla?

—Mientras hablábamos he movido el coche, estoy a menos de treinta metros de la intersección con la avenida Europa.

—Perfecto, gracias. Otra cosa, Perico. Sé cuidadoso, ¿vale?

—Sí, no se preocupe. ¿Alguna pista de a dónde se dirige?

—No lo sé, pero creo que va a visitar a alguien. Quisiera saber quien es.

—Bien.

—Hasta luego, Perico, y gracias.

Mulero abatió el móvil y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Iba vestido con un traje elegante, de color oscuro, pero había prescindido de la corbata. Tenía la intención de proyectar una imagen formal, pero no tan abigarrada que pareciera que no estaba en activo, “moviéndose con energía” para resolver el caso.

Se sacudió la chaqueta y se alisó las solapas, después de mirar su reloj salió de la sala de reuniones y apagó la luz. Al fondo del pasillo, el subinspector Garnero todavía estaba cercado por una multitud de micrófonos y cámaras de televisión. Mulero se dirigió hacia allí, caminando con paso firme y seguro. Tenía la intención de conseguir que parte de esa fama le impregnase también a él.

Después de todo era un gran policía, uno de los mejores.

20

—¡Ché pibe! ¡Te quedaste dormido!

Eduardo abrió los ojos y se encontró a Vargas mirándolo y sonriendo. Se sorprendió ante el deje argentino del detective, que se había sentado junto a él, apoyando la espalda contra el muro.

—Hace un buen día, ¿verdad?*

** N.d.a: El personaje de Vargas alterna el acento español y el argentino intermitentemente. De ahí las diferentes entonaciones y por tanto, el uso del acento.*

—No sabía que usted era argentino.

—¿Lo dices por el acento? Bueno, a veces me sale algo, hace mucho tiempo que estoy acá, en España. Casi veinticinco años...Mmm...¿Nos conocemos, muchacho? Espera... deja que adivine, ¿vos sos Cortés? ¿No?

—Sí.

—¡Encantado de conocerte! Dejame que me presente, me llamo Ernesto Ramiro Vargas de la Serna, aunque todo el mundo me conoce por Vargas.

—Encantado señor Vargas —dijo Eduardo alargándole la mano.

—¿Señor? ¡Pero por favor! ¡Hablame de “tu”, muchacho! ¡No soy tan viejo!

Eduardo sonrió. Vargas lo escudriñó con un rápido vistazo de sus ojos oscuros llenos de vitalidad.

—¿No estás pasando un buen momento, verdad?

—¿Cómo lo sabe?...digo...¿Cómo lo sabes?

—Detalles, chico, detalles... los detalles lo son todo en este mundo —dijo Vargas levantándose de un salto. Una vez en pie le ofreció la mano a Eduardo

que fue izado con una fuerza inesperada.

—¿Tenés hambre? Claro que la tenés, mirá como estás, si parecés un fideo.

Eduardo Cortés sonrió ante el comentario y luego se agachó para recoger sus cosas de la arena.

—Sos zurdo... signo de inteligencia. No tienes. —Ahora alternó el acento — plata en el bolsillo, vives solo, en un piso sin ascensor, sos soltero y nunca has estado casado. También sos fumador, dos cajetillas diarias al menos. Inteligente y reservado, buen porte, aunque no parece que hagas mucho ejercicio.

Eduardo puso cara de asombro, y Vargas interpretó ese gesto como lo que era: una pregunta acerca de cómo podía conocer él esas cosas.

—Observándote muchacho. Uno ya tiene el ojo acostumbrado a ello. Son muchos años en la profesión.

—Vaya, parece usted un adivino de esos que leen las cartas.

—¿Adivino? —Vargas sonrió mientras caminaban por la arena—. Me han llamado muchas cosas chico, pero nunca adivino.

—¿Y puede saber esas cosas sólo por la observación?

—Sí y no. Hay que dedicarle tiempo y paciencia, morocho (*moreno*). Por ejemplo, fijarse en que la gente que ha llevado anillo durante años ha perdido algo de color en la piel de esa zona. En tu caso, habrías perdido también parte de los pelillos que hay en la falange en cuestión y no es así.

—Ya veo, pero no es una ciencia exacta.

—No del todo, no del todo. Siempre asumes un riesgo cuando presupones algo. Pero la vida está para jugarla.

—¿Y cómo adivinaste que soy zurdo?

—Es fácil, me he dado cuenta de que no te comés las uñas. Los cortes en las mismas son rectos, pero están mejor hechos los de la mano derecha, mejor recortados.

—Vaya... —dijo Eduardo sorprendido—¿Siempre ha trabajado de detective? Me refiero desde que está en España.

—Bueno, he hecho un poco de todo. La verdad es que he perdido muchas cosas por el camino, incluso casi todo mi acento, como te dije antes. Me esfuerzo por mantener algo, ¿sabés por qué lo hago?

—No, ni idea.

—A las mujeres les chifla —dijo propinándole un codazo.

Subieron al tablado que llegaba hasta el hueco en el muro del paseo. Se sacudieron los pies contra las tablas. Eduardo alcanzó el muro y sentándose se colocó los zapatos.

Después fueron caminando hasta la casa. Eduardo sintió calor, y se remangó la camisa. Durante el trayecto no hablaron nada, la verdad es que no sabía muy bien qué decir: Vargas se había convertido en un destello de esperanza casi existencial para él.

—¿Y Susana? ¿Cómo está? —preguntó Vargas abriendo la puerta.

—Bien, pero hace semanas que no la veo.

—Es una chic...mujer extraordinaria.

—Sí, sí que lo es. ¿De qué la conoces?

—Es hija de un buen amigo mío... Pero si no fuera porque es también como una hija para mí, me habría pasado por el forro la diferencia de edad y hace tiempo que le habría tirado los trastos.

—¿Perdón?

—¡No jodás, voludo! Susana es una mina (*chica*) de portada de revista. ¡Vaya lolas tiene!

—¿Lolas?

—Sí, las tetas, las tiene enormes, al igual que las tenía su madre.

—¿Tenía?

—Sí, tenía. Murió hace unos quince años o así, lamentablemente.

Entraron dentro de la casa. La puerta abría directamente hacia el salón, que era amplio y cálido. Un par de cómodos y alargados sofás de color rojo delimitaban el espacio propio de la habitación, con una gran tele de pantalla plana y un mueble abarrotado de cintas de video y dvd al fondo. Las paredes estaban pintadas de un color beige suave y había unas cortinas vaporosas en color crudo que dejaban entrar la luz del sol, pero con menos intensidad. El resto del mobiliario lo completaban una rotunda mesa de comedor construida con sencillez en madera clara y media docena de sillas, además de un aparador también de madera con grandes cristales, en cuyo interior se podían ver toda clase de copas, y una vajilla de porcelana. Eduardo observó los detalles marineros que inundaban el espacio: cuadros de veleros, pipas

enmarcadas, remos... también había fotografías antiguas de aviones, un mapa de Argentina, instantáneas de Vargas cuando era más joven... y en la esquina izquierda de la habitación un frigorífico de vinos, de color oscuro. Encima de él había una especie de pequeño recipiente de madera.

—¿Qué es eso?

—¡Ah!.. Es una “matera”, dentro hay una “bombilla” para tomar yerba.

—¿Marihuana?

—No, huevón, es para tomar mate... una especie de té muy famoso en Argentina. ¿No lo has probado nunca?

—No.

—Bueno, eso tiene remedio, recuérdamelo y te lo daré a probar.

Eduardo siguió a Vargas por el pasillo ancho que recorría la vivienda de una punta a la otra. En el ala izquierda estaban las habitaciones, que no eran especialmente grandes, pero sí muy luminosas porque todas tenían ventanas que daban a un patio interior que era tan largo como toda la casa. El chico miró fugazmente las habitaciones, pero tampoco quiso ser muy indiscreto. La última estancia era la cocina, espaciosa y de forma cuadrada, que daba a una pequeña galería cerrada con cristaleras.

—Sentate Eduardo, voy a preparar café.

El chico ocupó una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa rectangular de la cocina. El mobiliario era multicolor, con tonos de cerezo rojizo y claro alternándose en cajones y puertas. Se notaba que a Vargas le gustaba cocinar, había toda clase de especias y condimentos, una estantería en un chaflán con libros de recetas, un juego completo de cuchillos...

—¿Estás casado?

—Estuve. Mi esposa murió hace cinco años.

—Lo siento.

—Yo más, mi viejita era única... pero ¡qué le vamos a hacer!

Vargas comenzó a silbar una melodía que a Eduardo le era familiar. Parecía una de las últimas canciones de Julieta Venegas.

—¿Cómo te gustan las tostadas? ¿Con ajo y aceite? ¿Con tomate y aceite? ¿O sólo con aceite?

Eduardo se quedó perplejo mirando a Vargas.

—¡Che! ¡Dame bola! ¡Te quedaste parado!

—Eh, sí, sí... con aceite y sal están bien.

Vargas sonrió bajo su espesa perilla. Cogió una barra de pan de una bolsa y la partió en varios trozos mientras continuaba tarareando la canción. Parecía estar muy alegre.

—Decime, Eduardo, ¿qué querés de mí?

—Bueno —carraspeó un poco—, Susana me comentó que estabas buscando un ayudante.

—¿Eso te comentó?

—Sí, ¿no es cierto?

—Bueno, verás... —Vargas había dejado la cafetera puesta y las rebanadas de pan dentro del tostador aún sin conectar—... no me vendría mal una mano de cuando en cuando, últimamente no trabajo mucho. ¿Sabés por qué?

—No.

Vargas se sentó sonriendo en la silla que había frente a Eduardo, y lo miró con cierta nostalgia.

—Cuando tenía tu edad creía que no había nada más hermoso en el mundo entero que ser detective. Soy un gran lector... de chiquito siempre tenía a Sherlock Holmes en la mollera, y a Poirot... Después de tantos años he perdido algo el interés. Estoy muy cómodo viviendo acá, y aunque cueste creer estas palabras en boca de un argentino he ahorrado lo suficiente como para vivir desahogado.

—¿Ya no ejerces?

—Sí y no, como diría un gallego. Me incomoda tener que desplazarme al escenario del crimen, viajar en coche, estar empapado bajo una lluvia torrencial vigilando una casa, ¿me seguís?

—Creo que sí.

—...Pero si tuviera un compañero, un ayudante que hiciera esas cosas por mí...y que yo sólo tuviera que aportar mi supina inteligencia para resolver los casos... ¡No te asustés! ¡Yo soy así, no tengo abuela!

—Comprendo.

Vargas se levantó al escuchar el silbido del vapor de la cafetera. Después apretó el pulsador del tostador, encendiéndolo, y simultáneamente abrió una puerta de la parte inferior de la cocina para sacar una botella de cristal que

contenía un aceite oscuro y sedoso.

—¿Sólo o con leche?

—Con leche, por favor.

Dos minutos después estaban degustando las tostadas y bebiendo café. Era un café fuerte pero al mismo tiempo exquisito.

—¡Decime, che! ¿Te gustaría echarme una mano?

Eduardo no contestó inmediatamente, no porque quisiera hacerse el interesante, si no porque no sabía bien a qué atenerse.

—La verdad, Vargas. Hace apenas un mes jamás me hubiera visto a mí mismo intentando ser detective.

—¿Ser detective? De momento tendrás que conformarte con ser mi ayudante, muchacho. ¿No sabés lo que hace falta para ser detective, verdad? Pues puedes ir preparándote para meterte en un buen quilombo (*follón*).

—¿Por qué?

—Para ejercer como detective, debés tener primero una licencia que otorga el Ministerio del Interior, es una habilitación profesional que te da el derecho para poder trabajar en esta profesión.

—¿Y qué se necesita para obtener esa licencia?

—Como paso previo, tener un Diploma de Detective Privado, que se consigue a través del Instituto de Criminología o en algunos centros universitarios.

—¿Y hay que estudiar mucho para conseguir ese diploma?

—Es un título de tres cursos académicos. Pero vos sos universitario, ¿no?

—Sí, soy Ingeniero Técnico — dijo lacónicamente Eduardo. No se esperaba que para ser detective hubiera que retomar los libros. Ahora tenía treinta y cuatro años y era lo que menos le apetecía en la vida.

—¡Pará! ¡No te rayés! En esta vida el laburo es lo más importante. ¿No irás a decirme que te vas a echar atrás por unos libros?

—No es por nada, he venido hasta aquí con la intención de encontrar un trabajo. Si te soy sincero es lo que necesito ahora mismo porque la hipoteca me está empezando a acojonar....

—¡Pero que pelotudo que sos! ¿Y que te estoy ofreciendo si no? ¡Un laburo! ¿Qué pensaste, que ibas a ser mi ayudante por el rostro? ¿Que soy un careta?

Eduardo siguió bebiendo de la taza.

—Esperá acá un momento.

El detective apuró el café de un trago y tras limpiarse con una servilleta de papel desapareció por la puerta que daba al pasillo. Eduardo escuchó los pasos de Vargas subiendo al primer piso. A los cinco minutos estaba allí de nuevo, con un folleto de una universidad a distancia.

—Mirá, chiquito, aquí tenés toda la información que hace falta.

Eduardo ojeó el folleto. Eran tres cursos académicos, tal y como había dicho. En el primero había seis asignaturas: Derecho Constitucional, Penal, Psicología de la delincuencia, Sociología de la Desviación, Criminología y Estadística.

Aquello sonaba difícil y tedioso.

—¡Te dio el bajón! ¿Y que me decís si yo te pago los estudios?

Eduardo miró fijamente a aquel hombre de pómulos sonrosados. Su cutis era sorprendentemente terso. Por un momento le recordó al de un Papa Noel con el pelo negro.

—No entiendo, Vargas. ¿Por qué ibas a hacer eso?

—¡Ja! ¿Qué por qué? ¿Escuchaste hablar de las geishas?

—Sí, claro, las putas japonesas.

—¿Putas? Bueno, supongo que esa es una forma corta de ver el término, aunque errónea. Las geishas son en realidad verdaderas artistas que se entrenan desde niñas para dominar diferentes aspectos culturales. Las mejores de entre las mejores son vendidas a las dueñas de las casas, que las mantienen y pagan sus estudios hasta que están preparadas para enfrentarse con el mundo, y ganar su propio sustento. Entonces devuelven a sus anfitrionas lo prestado con sendos intereses.

Eduardo miró perplejo a Vargas. Le había costado seguir toda aquella parrafada.

—¿Quieres decir que me darás un sueldo y me pagarás los estudios para que sea detective? ¿Y que luego yo te devolveré ese dinero con mi trabajo? ¿Es eso?

—Sí, básicamente —respondió atusándose la perilla con los dedos de la mano derecha. Tenía una pose casi aristocrática.

—Disculpa que sea tan reiterativo, pero no comprendo por qué ibas a

hacer todo eso por mí.

—Pensás que soy un tarado, ¿no?

—Pues sí, que quieres que te diga.

—¡Ja! ¡Me gustas, pibe! —exclamó dándole una sonora palmada en la espalda. —Sos un tipo que va de frente. Acabate el café, vamos.

Vargas se levantó invitando a Eduardo a que lo siguiera. Luego subieron por la escalera que había nada más salir de la cocina. Los escalones de piedra oscura se detenían en un descansillo cuadrado y luego cambiaban de dirección. Sobre el descansillo entraba la luz del sol a través de una pequeña vidriera de colores.

El primer piso de la casa se distribuía a partir de un espacioso vestíbulo que daba una sensación de calma y elegancia. El color de las paredes mantenía el tono suave y cálido del resto de la vivienda. Eduardo siguió a Vargas hasta una habitación que era mucho más amplia que las del resto de la casa. Una de las paredes estaba repleta de ingentes cantidades de libros insertados en estanterías de madera que llegaban hasta el techo. Al fondo, una gran mesa de despacho, pulcramente ordenada con un montoncito de folios milimétricamente alineados encima y un portátil gris al lado.

—Este es mi templo de recogimiento. Confieso que me he vuelto casi un asceta con el paso de los años.

Eduardo se quedó callado contemplando el resto de las paredes de la habitación, que recibía el resplandor de la mañana por una hermosa ventana que daba directamente a la playa. Era una vista que relajaba a cualquiera.

—Los cristales son dobles, ahora se está bien, pero en verano... hay que tener puesto el aire acondicionado todo el día.

Eduardo observó los cuadros y las fotografías. En una de ellas se vislumbraba a un Vargas mucho más joven practicando esgrima. Cuando fue a darse cuenta el detective había abierto un armario empotrado que había en una de las esquinas de la habitación y sacaba una caja de cartón.

—Acá tenés. El temario del primer curso de Detective Privado. Todo para ti.

No supo muy bien qué hacer. Cogió el primer tomo de apuntes. Estaban encuadernados con gusanillo. No pudo dejar de observar que había un nombre escrito en bolígrafo azul en lo alto del tomo. Andrés Martínez Robles.

—¿Quién es Andrés?

—Más bien quién era.

—¿También ha muerto?

Vargas escudriñó durante un instante a Eduardo.

—No, pibe. Andrés era mi anterior ayudante, lamentablemente tuvimos que dejar nuestra “sociedad”.

—¿Qué ocurrió?

Vargas encogió los hombros y miró brevemente hacia la otra mesa de despacho que había junto a la ventana. Sobre ella descansaba un ordenador de consola, con pantalla plana y una impresora multifunción.

—El muchacho “se mandó un moco”...—Eduardo puso cara de extrañeza al no entender la expresión y Vargas se percató de ello—...quiero decir que la cagó. Lo pillé usando mi equipo de grabación para fines lucrativos.

—¿Fines lucrativos?

—Sí, el muy tarado se dedicaba a poner la mini cámara en los aseos de las minas, allá en los aularios de la Universidad de Pedreira, donde estudiaba. El cabronazo tenía un CD entero.

Eduardo sonrió. Aunque estuviera mal no le parecía la cosa tan seria.

—Sé lo que pensás, Eduardo. No corté nuestra relación por lo que hizo, la corté porque lo pillaron, y eso es un gran fallo en un detective, ¿entendés?

—Creo que sí. ¿Qué hiciste con las grabaciones?

Vargas arqueó una ceja sorprendido en parte por la pregunta.

—¡Pero que groso (*vulgar*) que sos!

Eduardo agachó un poco la cabeza creyendo que era un reproche.

—¡Es broma, pibe! ¿Querés saber la verdad? El CD está por ahí, en esa estantería. Lo guardo como hago con muchas cosas, pero mentiría si te dijera que no le eché una ojeada.

Ambos se quedaron callados al oír gritar a la viejecita que jugaba con el hermoso labrador en la arena de la playa. El perro, enorme, corría y ladraba sin darse de cuenta que su dueña se había quedado enredada con la cadena y era arrastrada campo a través.

—Vieja jodedora...—murmuró el detective sonriendo con un brillo especial en los ojos—...¿Sabés una cosa, Eduardo?

—Dime.

—Cuando Susana me habló de ti, me llamó poderosamente la atención de cómo fuiste capaz de resolver aquel caso, ¿cómo lo llamaba ella? ¡Ah, sí! “La caldera chirriante”. Esa fue la razón por la que te echaron de la refinería, ¿no es así?

Eduardo asintió.

—Conozco a Susanita, y no es una mina a la que guste halagar a la gente por que sí. De todas maneras, no todo lo que habló de ti fue bueno.

—Ya, me imagino.

—Pero lo bueno compensa con creces lo malo. Nadie es perfecto, Eduardo. —Vargas se acercó y lo miró fijamente—. Decime, ¿cómo lo hacés?

—¿A qué te refieres?

Vargas lo obligó a sentarse en una silla que había junto a la ventana. Él trajo otra y se sentó a su lado, con el codo izquierdo apoyado sobre la mesa donde estaba el ordenador de consola.

—Oíme, muchacho. Todos los grandes hombres tienen un secreto. No lo revelan ante nadie, porque es su punto fuerte o quizás su punto débil, pero todos sin excepción lo tienen. Hay gente que piensa que si lo dice se esfumará, porque hay muchas personas que son supersticiosas, ¿entendés?

—Pues la verdad, no.

—Veamos... cuando fuiste hilvanando todas esas pistas para resolver el caso, ¿cómo ocurrió el proceso? ¿Fue algo matemático? ¿Natural? ¿Te rompiste el cerebro haciendo borradores? ¿Mirando libros?

—No, no fue así. Casi todo fue cuestión de suerte.

Vargas negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Dejame que te diga algo que vos no debés olvidar. Es una cita de Jacinto Benavente, el dramaturgo español: *“Todos creen que tener talento es cuestión de suerte; nadie piensa que la suerte pueda ser cuestión de talento”*.

—No, Vargas. Es verdad, no creo que yo sea especial ni nada de eso...

—Te infravalorás, muchacho. Además antes dijiste que “casi todo fue cuestión de suerte”, ¿y el resto de ese “casi”? ¿Qué me decís de él?

—Bueno, eso es lo peor, creo yo.

—¿Lo peor? ¿Por qué?

—Una de las ideas principales que tuve para encontrar una pista me vino

en un sueño, mientras dormía...yo creo que eso es potra, ni más ni menos.

—¡Pero qué boludo que sos! ¡Eso es macanudo, Eduardo! ¿No lo ves?

—No, no lo veo.

—Ése es tu secreto, muchacho. ¡El quid de tu talento!

Eduardo lo miró con asombro. La luz del sol se colaba sutilmente por la fina cortina de lino y le iluminaba la mitad del rostro. Desbordaba vitalidad.

—Veamos... seguro que te gusta dormir.

—Me encanta —dijo él sin mucho énfasis.

—Verás, pibe, estoy pensando en una teoría... yo creo que tu mente no para de trabajar. Es como una computadora que se deja por la noche conectada a internet descargando películas piratas. Sigue procesando, buscando, olfateando las piezas del rompecabezas. Y cuando descubre dónde va la siguiente la proyecta a través de tus sueños. ¡Es fantástico!

Eduardo pestañeó admirado por aquel imaginativo razonamiento. Nunca se le habría ocurrido pensar algo así. De repente tuvo una pregunta.

—Y tú, Vargas, ¿cuál es tu secreto?

—¿El mío?

Se levantó y descorrió la cortina dejando que la luz entrara a raudales en la habitación. En esa postura, con el brazo algo levantado, se le marcaba más la barriga bajo la camisa de lino blanco.

—Es un poco vergonzoso, no sé si debo contártelo.

—Como quieras, no querría importunarte.

—Haremos una cosa, muchacho.. ¡Te lo cuento si aceptas mi oferta de empleo!

—¿Tu oferta? ¿Qué oferta?

—Te daré de alta como autónomo en mi empresa, mil quinientos al mes, estudios y dietas aparte. ¿Qué te parece?

Eduardo se sonrojó.

—Me parece excesivo, ni siquiera sé lo que tengo que hacer.

—¿Aceptás? —preguntó Vargas alargando su gruesa mano.

—Acepto—dijo Eduardo estrechándola.

—¡Macanudo! —Y le dio una palmada en la espalda que lo dejó sin respiración durante unos segundos.

Al cabo de un rato, Eduardo cayó en la cuenta de que la pregunta acerca

del supuesto talento secreto de Vargas se había quedado en el aire y se la volvió a formular.

—Como te dije antes, es algo vergonzoso. Vos disfrutás durmiendo, yo... ¡ejem! —Vargas tosió simulando cierto apuro que no era tal—....yo disfruto...cagando.

Eduardo se quedó con la boca abierta.

—Cuando un caso me devana los sesos —continuó el detective—me entran unos retortijones de órdago, peores cuánto más difícil es el asunto... Me paso mucho tiempo en el cuarto de baño, incluso tengo un revistero allá adentro —dijo señalando una puerta al otro lado del vestíbulo.

Eduardo miró en esa dirección. Toda aquello le parecía surrealista.

—En los momentos más apurados, tomo un libro o un puñado de revistas y leo mientras empujo y empujo... y entonces, cuando aquello viene. —Vargas gesticulaba doblándose un poco sobre sí mismo—. Y consigue salir al aire... cuando cae a peso. ¡Zas! Se me viene a la mente una pista que no había tenido en cuenta, a veces sólo un detalle desdibujado...pero suficientemente importante como para mantenerme en el rastro que me llevará a la resolución del misterio. ¿Qué te parece?

—Increíble.

Y Eduardo se miró la mano, con cierto pudor, preguntándose inevitablemente si aquel hombre se lavaba bien las suyas después de ir al baño con tanta asiduidad como decía.

21

Perico “el Botas” estacionó su coche en doble fila, con el lateral derecho pegado a los maleteros de los vehículos que estaban aparcados en batería frente a una famosa clínica dental de Pedreira.

Perico, con la cara picada por la viruela, palillo de madera entre los dientes, y gafas oscuras de sol, era como el policía bohemio y atípico de las películas norteamericanas; así le gustaba sentirse a él: una especie de espíritu libre con autonomía para hacer lo que le viniera en gana, aunque siempre dentro de un orden. Solía vestir chaleco negro sobre camisas estampadas que ya pasaron de moda, al igual que unos vaqueros elásticos. Parecía un viejo rockero que no aceptaba el paso del tiempo, pero tenía algunas cualidades que eran apreciadas por sus superiores. El hacer seguimientos de sospechosos era una de ellas.

Siempre le había gustado aquel mundo de polis y cacos; desde que tenía uso de razón. Todavía recordaba con añoranza su serie preferida, la que le marcó a perpetuidad cuando tenía diez años: *Canción triste de Hill Street*, el serial policiaco de principios de los ochenta donde los buenos no eran tan buenos, ni tan valerosos, ni tan perfectos, pero sí mucho más humanos. Y “el personaje”. Sí, el estupendo sargento Esterhaus que acababa las charlas matinales con los suyos, en aquella comisaría de Nueva York, con esa frase magnífica: “Tengan cuidado ahí fuera”.

Perico no había apagado el motor del Seat Toledo, un modelo en color plata de cuatro años de antigüedad. Era un coche camuflado de la policía; un mil novecientos turbodiesel de ciento diez caballos de potencia, trucado, como mandaba la ley. Desplegó el periódico y, jugando con el mondadientes, miró

por el espejo retrovisor que había sobre su cabeza. La “tetona” tenía que estar a punto de pasar si el agente Mulero no se había equivocado.

“Mulero”, el enano que llevaba el caso y que no le caía muy bien.

Perico “el Botas”, a pesar de su apariencia y reputación era un policía obediente. Para él, una orden del comisario era sagrada, y si había puesto a Mulero al mando del operativo no había nada que discutir. A través del espejo vio el Ford Focus color azul turquesa enfilando el carril izquierdo de la Avenida Europa. Entornó los ojos y confirmó que ella iba al volante. Esperó unos segundos a que el Ford lo rebasara, con el periódico en alto, y acto seguido su Seat plateado ya estaba en marcha, a cierta distancia de la agente Ruiz, entre un tráfico lento y ruidoso.

Mantuvo el ritmo de su coche para no perderla, jugando con los acelerones y los frenazos, apurando los semáforos en ámbar y los pasos de peatones. Era complicado no pasar desapercibido si no lo hacía bien, después de todo estaban en una gran avenida, una de las principales de Pedreira, con dos carriles en cada sentido, y lo peor de todo en una zona recta con alta visibilidad. Tal y como había dicho Mulero, la agente Ruiz parecía dirigirse al entronque de la autovía. Los dos vehículos, separados unos cincuenta metros, circulaban junto al Campus universitario, ése donde había sido secuestrada Sofía Jiménez.

Perico bajó el parasol de su lado para hacer más difícil que Ruiz pudiera identificarlo. De todas maneras los cristales del Seat eran más oscuros de lo normal, aunque no tanto como para llamar la atención.

De repente, el Ford Focus zigzagueó con agilidad en el último tramo antes de llegar a la autovía, consiguiendo así pasar el último semáforo en ámbar.

“Mierda”. Perico apretó los labios fastidiado por aquella maniobra imprevista de la agente Ruiz, porque sabía que para cuando él llegara al semáforo, éste estaría en rojo. Sin pensárselo dos veces dio un volantazo a la derecha como si fuera a cambiar de sentido en la isleta, acelerando el Seat Toledo. En aquella zona había una fila interminable de coches pitando ruidosamente y un autobús de línea grande como una ballena azul. Perico insertó su vehículo en medio de aquel caos como si se tratase de una flecha envenenada, metiendo el morro peligrosamente. Tuvo suerte, o más bien fueron gajes del oficio, porque había atisbado un coche de autoescuela que se estaba

examinando en esos precisos momentos. La muchacha que conducía, una chica ecuatoriana regordeta, se asustó frenando. Perico sonrió para sus adentros y — siempre en segunda marcha — pisó a fondo el acelerador y giró el volante para pasar a escasos centímetros del coche de autoescuela. Gracias a esto en vez de hacer el cambio de sentido y volver a la avenida Europa, dobló a la derecha y enfiló la entrada de la autovía subiendo el coche de revoluciones. Por el retrovisor del vehículo vio como a la pobre chica le estaba gritando su profesor. Seguramente la habían suspendido.

“Todo tiene su precio” —pensó para sus adentros.

Un minuto más tarde ya veía al Ford. Se desplazaba con ligereza entre el desorden del inicio de la autovía, justo antes de que empezasen las salidas hacia los diferentes ramales y circunvalaciones de la ciudad. Con los ánimos un poco más calmados, Perico sacó un cigarrillo negro, y dando un golpecito al culo de la cajetilla con el volante se lo puso en los labios y lo encendió. Tras dar una profunda calada, expulsó el humo por la nariz y observó cómo el Ford tomaba la salida hacia las playas.

Perico esperó hasta el último momento para coger el desvío. A pesar de que apuró bastante, su coche entró con suavidad en un tramo recién asfaltado, una zona con dos carriles que se perdían en una gran curva, larga y uniforme. Pasaron junto a la primera gasolinera, y luego junto a un pequeño motel de carretera con unos pocos coches aparcados en la entrada. Sonrió para sí. En aquel motel era donde había echado su primer polvo, hacía casi un millón de años.

Mantuvieron el mismo ritmo durante varios minutos. La autovía hacia las playas no tenía grandes inconvenientes a la hora de hacer un seguimiento, el mayor peligro era que la chica quisiera hacer un alto para desaguar o echar gasolina al coche, entonces la cosa podría ponerse un poco más delicada. De todas maneras, Perico sabía que contaba con ventaja. Ruiz no esperaba que la estuvieran siguiendo, y menos un policía.

En cierta forma aquello no estaba bien. Se tocó el pendiente de oro que colgaba de su oreja derecha. Seguir a un compañero no era algo que fuera de su agrado, y más si no sabía por qué lo hacía. Tendría que presuponer que Mulero tenía una buena razón para aquello. Sí, tenía que tenerla.

Al cabo de un rato, tras haberse fumado el cigarro y arrojarlo por la

ventanilla, empezó a bostezar, aburrido. Entonces el Ford tomó la salida hacia Cabo de Sal. Perico se tensó un poco, y todo su cuerpo reaccionó agudizando los sentidos. Esperó unos segundos para ver qué hacían los coches que tenía delante. Tuvo suerte porque la gran mayoría tomó el mismo desvío que Susana, sirviéndole de parapeto, y así el Seat Toledo entró en la salida separado unos sesenta metros del Ford.

Susana Ruiz tamborileaba en el volante de su coche intentando pensar nítidamente en el caso de Sofía Jiménez, repasando una y otra vez de memoria todos los detalles que era capaz de recordar.

Sobre el asiento del acompañante llevaba una copia del expediente para Vargas. “Vargas” —se dijo. Tenía ganas de ver a aquel viejo chiflado. Seguro que si el detective argentino se inspiraba podía sacar alguna pista genial que a todos se les había pasado por alto. Él era así, siempre lo había sido desde que ella lo conocía, y hacía mucho tiempo de aquello.

Le dolían los ojos. Le pasaba a menudo cuando no dormía lo suficiente. Se quitó las gafas y bajó el parasol delantero para verse en el espejo mientras reducía la marcha del Ford hasta detenerlo finalmente. Se había formado una cola de coches en la rotonda de entrada a Cabo de Sal. Estaban cuesta abajo, en una suave pendiente, de manera que Susana podía ver bien a los vehículos que tenía detrás.

El azul intenso de sus ojos estaba flanqueado por pequeñas líneas rojizas de irritación.

De repente lo vio. Fue como un presentimiento que la asaltó de pronto, quizás fue su instinto o su olfato lo que lo llevó a percibirlo. Aquel Seat Toledo de color plateado la estaba siguiendo. Susana sacó el móvil y marcó el número de Raúl Vázquez.

—¿Sí?

—Raúl, ¿podrías mirar la matrícula de un coche?

—Sí, claro, dime.

Arrancó el Ford siguiendo el sosegado movimiento de la fila de vehículos que se incorporaban a la rotonda. Se dio cuenta entonces que aquella lentitud se debía a que estaban asfaltando uno de los dos carriles de la glorieta. Un hombre negro alto y desgarbado con chaleco reflectante de color verde y una bandera roja en la mano estaba dando paso a los coches. Cuando el Ford se

incorporó al único carril en servicio, el ruido de las máquinas era ensordecedor y terriblemente molesto. Susana deletreó la matrícula del Seat Toledo gritando. Después, el coche azul turquesa aceleró para tomar el primer desvío, el que llevaba a Playa Oeste, no hacia Playa Sur. Por un momento el aroma del asfalto humeante recién echado estuvo a punto de provocar que vomitara.

—Raúl —dijo haciendo un esfuerzo—¿espero o te llamo luego?

—Espera, dame un minuto.

—Bien.

Susana condujo el coche sin prisas remontando la cuesta que subía a una pequeña colina. A ambos lados de la carretera se levantaban coquetos palacetes cuyas fachadas seguían los gustos más heterogéneos. Estaba en una de las zonas más ricas de Cabo de Sal, aunque técnicamente aquel lugar había sido invadido por los millonarios hacía ya algunos años. Miró a su izquierda bajando la ventanilla del coche para que el aire aliviara la sensación de náuseas. Entre los espacios que separaban unas casas de otras, y siempre que los vallados o los muros lo permitían, podía adivinarse el mar, pero no era eso lo que buscaba ella con la mirada. Una manzana más adelante lo vio. El esbelto faro grisáceo y elegante sobre su lecho de piedra.

—¿Susana?

—Sí, dime.

—¿Para qué quieres esa matrícula?

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—No, nada, solo que es de uno de los nuestros.

—¿Cómo que es uno de los nuestros? Explícate.

—Sí, es un coche camuflado de la policía.

Susana se quedó callada. Durante un instante no supo cómo reaccionar. Volvió a echar una ojeada, pero esta vez por el retrovisor superior. Si el coche la seguía no podía verlo, estaba dando una curva en pendiente y el Seat debía estar atrás. Además la calle estaba prácticamente desierta y su perseguidor estaría tomando precauciones.

—¿Susana?

—Sí, perdona, estoy pensando.

—¿Ocurre algo?

—Sí, el Seat Toledo por el que te pregunté. Me está siguiendo.

—¿Qué te está siguiendo?

—Sí. Oye, no me suena ese coche, ¿cómo es que no me suena?

—Según la base de datos se incorporó la semana pasada, lo intercambiamos con uno de la policía de Valencia, ya sabes, para rotarlos.

—¿Has dicho “intercambiamos”?

—Sí. Susana el coche está asignado a nuestra comisaría.

Susana frunció el ceño. Empezaba a apoderarse de ella una sensación de furia.

—¿Sabes lo que significa eso, no? —dijo Raúl sin ocultar su indignación.

—Solo se me ocurre una cosa...

—...Mulero.

—...Hijo de perra —murmuró Susana apretando los dientes.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé... de momento no pienso conducirlo hasta Vargas, no si no me aseguro que lo he despistado. Vargas es nuestro as en la manga, infinitamente mejor que diez Garneros.

—Susana, no es por desanimarte, pero no sé si podrás despistarlo...

—¿No? ¿Por qué?

—Según lo que pone aquí, el último responsable del coche es Perico “el Botas”.

—Vaya —exclamó Susana lacónicamente.

—Sí. El muy cabrón de Mulero ha preferido seguirte a ti antes que al novio de Sofía.

—Me da en la nariz que el enano de Mulero está algo desesperado. O eso o es que no somos tan gañanes como quiere hacernos creer.

—Suele pasar con las sanguijuelas, son como “el perro del hortelano”, ni comen ni...

—...Dejan comer —terminó Susana arqueando una ceja al ver la silueta del Seat Toledo al final de la cuesta.

—Susana, te oigo muy mal, parece que esto va a cortarse...

El móvil perdió la señal. Susana Ruiz sonrió pícaramente y dejó el aparato en el asiento del acompañante, junto a la carpeta que llevaba para Vargas. Entonces, aceleró a fondo perdiéndose detrás de la cuesta.

Perico el Botas se había mosqueado. Tenía el extraño presentimiento de que Ruiz se había dado cuenta de que la seguía, y eso lo cambiaba todo. ¿Qué iba a hacer? ¿Abortar la misión? Él era un perro de presa y no daba a torcer su brazo tan fácilmente, pero aquella situación... De repente el Ford Focus había desaparecido detrás de la última loma.

¡Joder! —se dijo. El vehículo azul turquesa reapareció de nuevo por la cuesta yendo hacia él, pero volando como en las persecuciones americanas de coches rodadas en San Francisco. El Ford había saltado al pasar a toda velocidad por encima de un badén. Durante unos segundos las cuatro ruedas estuvieron en el aire. Y a Perico se le pusieron los huevos de corbata y se le cayó el palillo de entre los dientes.

El Ford aterrizó sobre el asfalto con un crujido horrible de sus amortiguadores, y volvió a acelerar echando humo por las ruedas. Susana Ruiz lo miró fijamente durante el pequeño instante que se vieron cara a cara, y le sacó el dedo índice.

El Botas tardó en reaccionar. Se quedó quieto como si todo aquello estuviera sucediendo a cámara lenta. Entonces, arrugó la nariz y dio un volantazo tirando de freno de mano. El Seat derrapó violentamente y se lanzó cuesta abajo siguiendo la estela de polvo y humo que había dejado el Ford. Durante un momento Perico vio el coche azul turquesa abajo del todo, y de pronto éste volvió a girar introduciéndose en una calle que iba hacia la izquierda. Perico lo siguió acelerando al máximo para torcer bruscamente al llegar al final de la cuesta. Recibió una sonora pitada de un taxi que a punto estuvo de estamparse contra él.

—¡Esta tía se ha vuelto loca! —se dijo cabreado.

El Ford Focus llegó al final de la calle, de un solo carril, y después giró a la derecha pasando entre un montón de dúplex que parecían todos iguales. Después volvió a girar a la derecha en el siguiente cruce. Se saltó un semáforo, y se metió por una calle en dirección prohibida. Susana respiraba agitadamente sintiendo como su pecho subía y bajaba por la emoción. En el fondo le encantaba aquella sensación que producía la adrenalina subiendo por su cuerpo. Un coche salía marcha atrás de una cochera y Susana le soltó una fuerte pitada que hizo que frenara bruscamente. El Ford pasó rozando el maletero del coche.

Cuando Perico llegó a esa calle tuvo que detenerse porque el hombre que sacaba su coche del garaje había vuelto a reanudar la marcha atrás. El Botas le gritó de todo al pobre hombre que pasó de la agresividad descontrolada a la mayor docilidad en cuanto vio la placa.

Para sorpresa de Perico, el Ford Focus se había detenido al final de la cuesta. Susana Ruiz lo esperaba con el motor encendido y dando acelerones.

—La muy puta me está provocando.

El Seat Toledo se puso de nuevo en marcha pero para cuando llegó al final de la calle, el Ford había desaparecido de su vista.

—No puede ser.

Perico miró a uno y a otro lado sintiendo las pulsaciones de su corazón en las sienes. Entonces la vio. Una leve capa de polvo que había quedado en el aire, junto a unos setos. La muy puta se había metido por un jardín público con el coche. El Botas aceleró subiendo el bordillo y pasando junto a un parque infantil que estaba desierto. Los aspersores de agua lanzaban finos chorros para regar el césped donde ahora se apreciaban las marcas del coche de la agente Ruiz. Ésta iba delante del Seat unos veinte metros cuesta bajo por una pequeña pendiente, sorteando arbolillos, papeleras, carteles y tocones.

—Hija de perra.

Susana zigzagueaba a toda velocidad entre los obstáculos con precisión. Mantenía las dos manos en el volante, atenta a la reacción de las ruedas por el suelo mojado y vigilando también la reacción de los frenos del coche. Hizo una prueba porque se le había ocurrido una idea. Descabelladamente absurda.

Aceleró el Ford justo al final de la pendiente, en terreno prácticamente despejado a excepción de un grupo de barbacoas de obra. Cuando estuvo espeluznantemente cerca, tiró de freno de mano y jugó con el volante haciendo un trompo. Las ruedas traseras del Ford dibujaron una estela curva sobre el césped y el coche se detuvo apenas a dos metros de las barbacoas.

—Creo que podré hacerlo —se dijo ella.

El Seat Toledo apareció en escena bajando la ladera verde y cuando estaba a escasos metros comenzó a frenar mientras el Ford aceleraba de nuevo campo a través. Perico sonrió viendo que la había alcanzado y sintiéndose seguro porque ahora estaban sobre terreno llano, con una perfecta visibilidad.

Susana Ruiz levantó el dedo por encima del apoya-cabezas del coche para

que “el Botas” pudiera verlo y aceleró de nuevo dirigiéndose velozmente por el parque. Un par de ancianos los miraron asombrados, las palomas que alimentaban con migas de pan habían salido volando en estampida al escuchar los motores de los coches.

Perico tragó saliva y dio un puñetazo en el salpicadero.

—¡Por mis huevos que te voy a pillar!

Ruiz aceleró dirigiendo el Ford contra unos setos frondosos y de un verde intenso. “El Botas” abrió mucho los ojos porque no entendía la maniobra de aquella energúmena. Sólo pudo ver que el Focus azul se comió los setos desapareciendo al otro lado.

—¡Al carajo! —gruñó—. ¡Si ella puede yo también!

Susana Ruiz pensó que no iba a conseguirlo. Nada más cruzar los setos, en realidad unos arbolillos muy finos con un tupido y delicado follaje, tiró del freno de mano y agarró con fuerza el volante realizando el trompo lo mejor que pudo. Conocía de memoria aquel sitio. Sabía que detrás de los setos había una pequeña piscina infantil que estaba fuera de servicio en aquellas fechas, pero el espacio entre los setos y la piscina era muy exiguo, tanto que casi no lo logró. La rueda trasera izquierda del Ford quedó mitad en el alicatado del borde de la piscina mitad en el aire. Luego aceleró de nuevo mientras sentía que el sudor caía por su frente y bajaba por su canalillo.

Unos segundos después entraba el Seat Toledo como un toro en la plaza. Perico se zambulló en aquellos setos con la seguridad de que por ahí acababa de pasar el Ford. El Botas era un conductor experto pero aunque había previsto el viraje no pudo esperar lo que iba a encontrarse.

Con un terrible estruendo el Seat derrapó de atrás y acabó dentro de la piscina, estampándose secamente contra una pequeña fuente que había en medio. La estatua de un niño con la pirindola al aire. Una pirindola de piedra que penetró por el cristal trasero del coche.

Perico quedó aturdido. A través del cristal delantero astillado pudo ver la silueta inconfundible y femenina de Susana Ruiz, acercándose. Se detuvo a escasos centímetros, con sus dos enormes pechos y los brazos en jarra.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí —dijo él, sintiéndose un imbécil.

—Vale, voy a llamar para que vengan a buscarte. No te muevas si crees

que te has roto algo.

Perico sintiendo todavía la fuerza de la adrenalina se revolvió en su asiento y se quitó el cinturón de seguridad. Como el lateral izquierdo del coche estaba deformado por el golpe tuvo que salir por la zona del acompañante, cosa que hizo propinando una patada a la puerta que se abrió con un agudo chirrido.

Las botas marrones de Perico fue lo primero que Susana Ruiz vio aparecer por aquella puerta, el gastado calzado de talle alto que había acabado siendo parte indisociable de su figura, tanto que había terminado convirtiéndose en su apodo.

Perico salió del Seat y se tumbó junto al borde de la piscina. Tenía un ligero corte en la sien derecha y el rostro macilento.

—Oye, “Botas”, ¿seguro que estás bien?

—Sí, seguro —dijo él con la mayor elegancia que pudo.

—Vale, me voy entonces. Ah, una cosa, “Botas”.

—¿Si?

—Dile al hijoputa que te ha enviado que puede meterse el Seat Toledo por donde le quepa. Que siga a su puta madre si quiere.

Perico no contestó. Empezaba a sentir ganas de vomitar.

—Dile también, que la policía está para perseguir a malhechores, no a compañeros.

El Botas asintió con la cabeza mientras cerraba los ojos para tomar aire.

22

El subinspector Garnero había acompañado en persona a la última periodista hasta la salida. Lo que para otro hubiera sido una rueda de prensa agotadora, a él parecía haberle sentado estupendamente.

Mulero lo observaba con cierta envidia. Se decían muchas cosas de él, rumores que hablaban de que ni siquiera había sido capaz de superar el curso de capacitación de carácter selectivo necesario para dar el salto al puesto en el que se encontraba. Al parecer, a Garnero no se le daban muy bien los libros, aunque se esforzara por exhibir una imagen de lo más intelectual. Fuera como fuese, le habían dado la plaza de subinspector. Este hecho no le había granjeado mucha popularidad entre sus compañeros de promoción, algunos de los cuales se la merecían más que él, y empezaron los recelos. Los comentarios apuntaban a que tenía “una mano negra” que le permitía estar colocado en la parrilla de los ascensos. Algunos hablaban de su mujer, que según contaban era jueza y tenía bastante influencia a altos niveles.

Lo cierto es que Plácido Garnero tampoco llevaba tanto tiempo en el Cuerpo Nacional de Policía. Diez o quince años a lo sumo. Los cotilleos hablaban de que antes era militar, un “cabo chusquero” que se había cansado de dar tumbos por España sin mucha suerte. Posiblemente eso era cierto, viéndolo allí de pie, sobre la escalinata de piedra, más tieso que un palo.

Su siguiente paso en la escala, la plaza de inspector, se le había resistido más de la cuenta. Se decía que lo habría conseguido fácilmente de no ser por un viejo comisario jefe que se le había cruzado en el camino, un comisario de los antiguos, que los tenía bien puestos, y que “captó” enseguida el pajarraco que era Garnero. La lucha entre ambos fue enconada y el subinspector tiró de

sus contactos para sortear ese incómodo obstáculo. Esa era una de las razones por las que estaba allí, en Pedreira. Para añadir una medallita más a su palmarés. Aunque ahora buscaba una de las gordas. Lo suficientemente grande como para puentear al jodido comisario que le había impedido ascender.

El teléfono de Mulero sonó dentro de su chaqueta. Garnero que estaba despidiendo a la periodista con una sonrisa estudiada advirtió que el pequeño agente se estaba alterando mientras contestaba al móvil.

—¿Perdido? ¿Cómo que la has perdido? —decía Mulero con el cuello rojo.

El subinspector, tras saludar a la periodista con la mano, se giró y caminó hacia él. Con semblante pétreo lo observó detenidamente. Parecía escudriñar cada uno de sus gestos.

—¡Escúchame Perico! ¡De ésto ni una palabra a nadie! ¿Me oyes?

La voz al otro lado del auricular empezaba también a elevar el tono.

—¿Justificar? ¡No te preocupes por eso ahora! Diremos la verdad, pero sólo lo necesario, que estabas haciendo un servicio de vigilancia.

Mulero se aflojó algo el cuello de la camisa, una vena gruesa se le había marcado en la frente.

—De todas maneras yo pensaba que eras de los mejores, y veo que no vales una... Bueno dejémoslo. ¿Sabes al menos a quien iba a ver? ¿Tampoco? Déjalo, “Botas”, déjalo... corto. Adiós.

“Mierda”.

—¿Ocurre algo? —preguntó el subinspector arqueando una ceja.

—No, nada. Uno de los míos ha perdido a un sospechoso.

—¿A quien?

Mulero no respondió. Abatió el móvil y se lo metió en el bolsillo.

—Oye, Mulero, si no vas a ser sincero conmigo no te quiero en mi equipo. ¿Me entiendes?

El agente puso cara de tedio y se rascó la cabeza.

—Estaba siguiendo a Ruiz.

—Qué Ruiz. ¿Nuestra Ruiz?

—Sí. Tengo mis sospechas de que sabe más cosas de las que nos ha contado.

Garnero sonrió cínicamente al tiempo que cogía a Mulero con delicadeza

por el hombro. Juntos fueron caminando por el pasillo de la comisaría y salieron por una puerta lateral que daba al aparcamiento.

—Mira, Mulero, si estas preocupado por la agente Ruiz te aseguro que debes ir olvidándote. El propio comisario ha aprovechado un pequeño descanso en mi rueda de prensa para comunicarme que ha sacado del caso a Ruiz y a Vázquez. Según él son unos gañanes que te había puesto de refuerzo mientras llegaba mi equipo. Tú eres el importante, ¿entiendes? Tú y yo.

Mulero se sentía incómodo en aquella situación. Dos hienas haciendo un pacto de hermandad.

—Puede ser, subinspector. Pero no me lo creo.

—¿No? ¿Por qué? Me consta que el comisario te tiene un gran aprecio como policía. Según él eres uno de sus mejores agentes, de hecho estás propuesto para ser subinspector. Sólo necesitas un empujoncito.

—Ya, pero conozco al comisario. Es un tipo que ha estado en muchas guerras. No me cuadra que haya dicho eso de Ruiz y de Vázquez a no ser...

—...A no ser que lo haya hecho para que yo me creyera su ardid...—dijo el subinspector tocándose la barbilla.

Ambos se detuvieron frente a una caravana grande y alargada de color blanco.

—Da igual. No tenemos tiempo para andar con jueguecitos. No ahora. Pero es bueno saber a qué atenerse por si acaso.

Garnero abrió la puerta de la caravana y Mulero lo siguió. Dentro estaba la calefacción puesta. Costa y Vivancos se encontraban sentados ante dos grandes pantallas de ordenador. Mulero observó que Vivancos seguía mascando chicle. Parecía un militar con aquella cabeza rasurada, musculoso, enjunto y en manga corta, y con un gran tatuaje de un águila en el brazo izquierdo.

—¿Qué hay chicos? —preguntó el subinspector apoyando las manos en el respaldo de Vivancos—. ¿Algo nuevo?

—Es..es...estamos terminando la lista, jefe—dijo Costa.

—Decidme, ¿a cuánto se ha reducido?

—Queda sólo cotejar un par de nombres, señor —Vivancos tenía una voz áspera—. ..pero la lista ha menguado bastante. Quince personas.

—¿Sólo quince? —dijo Mulero mirando una de las pantallas—. Eso es

estupendo.

—En efecto —exclamó el subinspector con sequedad—. Ya tenemos un punto de partida. Mulero, ¿piensas lo mismo que yo?

Mulero asintió irguiéndose. La luz blanca de los monitores se reflejó en su rostro dándole cierta solemnidad.

—Sí. Voy a llamar a todos los agentes que tengo esparcidos por ahí. Empezaremos a investigar a las personas de esa lista ahora mismo.

—Bien. Pero quiero ante todo discreción absoluta. Si estamos en el buen camino, la vida de esa chica depende de que actuemos con precisión, y para eso se requiere disciplina absoluta y una buena coordinación por nuestra parte. No quiero contratiempos, ¿entendido?

Mulero asintió y sin decir nada más salió de la caravana. El sol estaba en todo lo alto cuando cruzó el aparcamiento de la comisaría a grandes zancadas. A pesar de que estaban en marzo sintió un calor que le invadía todo el cuerpo.

Era una sensación casi de euforia. La adrenalina de la fama.

23

El conductor del vehículo de asistencia en carretera no dejaba de observar a la morenaza de ojos azules mientras izaba el Ford Focus por la rampa trasera de la grúa. Nunca había visto una mujer con esa estatura y un par de pechos así de grandes. Era sencillamente espectacular.

Susana Ruiz colgó el móvil y suspiró mirando la hora en su reloj de pulsera. Raúl todavía no tenía nada, pero le contó que había podido escuchar a Mulero, por uno de los canales de la emisora de la policía, llamando a los agentes encargados del operativo de vigilancia para que se dirigieran a la comisaría. Eso quería decir que la lista del subinspector Garnero estaba concluida, y por tanto, que se estaba organizando un nuevo operativo.

Susana apenas había podido conducir trescientos metros desde que salió del parque. El indicador de temperatura del Focus se había ido por las nubes y tuvo que parar.

—¿Dónde quiere que lleve el coche, señorita?

—A la casa Ford de Pedreira, en el Polígono Oeste.

—Muy bien. ¿Qué le ha ocurrido?

—Nada de particular, me metí por un camino de tierra y di un golpe en el cárter. Se ha desparramado el aceite.

—Menos mal que usted se dio cuenta a tiempo. No es el primer conductor que recojo que ha reventado el coche por no estar atento al chivato de la temperatura.

—Sí, menos mal—. Susana dio gracias a Dios por tener asegurado el Ford a “todo riesgo”. El vehículo sólo tenía dos años. —Hágame un favor, cuando llegue al taller del Polígono pregunte por Juan, ya le he llamado y sabe que

usted va para allá a llevarle el coche.

—¿No viene usted conmigo?

—No, me quedo aquí.

—¿Quiere que la acerque a algún sitio? —El hombre subió con agilidad a la rampa y se aseguró que el coche estaba bien sujeto.

—No, muchas gracias. Estoy cerca del lugar al que me dirijo. Iré caminando, hace un buen día para pasear.

El conductor saltó de la grúa y manipulando las palancas del elevador hidráulico colocó la rampa en posición horizontal. Durante un instante se quitó la sucia gorra que llevaba y se secó el sudor, era mediodía y el sol estaba en lo alto del cielo.

—Sí, señorita, tiene usted razón, parece mentira que estemos en marzo.

—Muy bien, me voy entonces. Las llaves del coche están puestas. Confío en usted, cuídemelo.

—No se preocupe, soy de fiar —respondió el tipo mirándola fijamente.

—Bueno, pero por si acaso le voy a contar un secreto —dijo ella acercándose.

El hombre tragó saliva. Cuando Susana estuvo a un par de metros de él abrió el ala izquierda de su fina chaqueta de cuero y sacó su porta-carné donde brillaba la placa dorada. El conductor se quedó perplejo al descubrir que era policía nacional. Luego levantó la vista mirándola a la cara y descubrió que ella sonreía y que se llevaba el índice a sus labios carnosos.

—Es un secreto entre usted y yo. ¿Vale?

—Vale, no se preocupe por el coche.

Susana se dio la vuelta y se alejó caminando por la acera. Llevaba la carpeta del expediente bajo el brazo y se había colocado las gafas de sol. La casa de Vargas quedaba como a medio kilómetro.

Una pareja de ancianos pasó junto a ella. La mujer se movía con lentitud ayudada por un andador al tiempo que echaba la bronca al hombre que caminaba a su lado, tenía cara de bonachón y un gracioso sombrero de paja en la cabeza. Susana pensó que tenía que ser agradable llegar a esa edad con un compañero. Pasar los últimos días de tu vida en un sitio como aquel, tranquilo y alejado del caos de la ciudad. Del humo y del ruido.

Al cabo de un rato sintió que le molestaba la chupa de cuero y se la quitó

amarrándosela a la cintura, algo poco recomendable porque la cazadora era de las buenas, pero Susana tenía sus motivos: no quería que se viera la cartuchera marrón que llevaba en los riñones. Esa donde estaba enfundada su vieja arma reglamentaria, una Star 28 PK, con munición de nueve milímetros y cerca de un kilo de peso. Luego empezó a subir por la suave pendiente que llevaba hacia la casa de Vargas, y accedió al paseo de la playa a través de una calle peatonal con dos grandes macetones a la entrada que impedían el paso de vehículos.

Susana inspiró la brisa del mar Mediterráneo y se quedó quieta durante un rato viendo la espuma que hacían las olas al llegar a la orilla. La arena de la playa, blanca con tonos marrones, se extendía entre dunas irregulares. En el horizonte, recortado contra el cielo, estaba el faro de Cabo de Sal.

Después de varios días en tensión, Susana sintió una profunda paz. Aquel sitio le recordaba a su infancia, a los días felices que pasaba con su familia en verano. A los paseos en barco, a las paellas hechas a fuego sobre la playa, a las conversaciones existenciales hasta altas horas de la noche, a los helados y sobre todo a los sándwiches de Nocilla que le hacía su madre.

Sin pensárselo dos veces se sentó en el muro y se quitó los zapatos de tacón bajo. Tenía los pies hechos polvo, con los nudillos enrojecidos y las uñas sin pintar. Pero le daba lo mismo. Descendió a la playa y empezó a caminar por la arena, sintiendo su tibieza. Cuando había andado unos metros se acercó a la orilla, donde se acumulaban restos de conchas, caracoles y algas. El agua, increíblemente cristalina, dejaba ver el fondo arenoso salpicado de piedras. Dudó si meter los pies, pero desistió porque en un golpe de marea le salpicaron unas gotas que le resultaron insufriblemente frías.

Con la sonrisa entre los labios caminó durante largo rato por aquella playa desierta. En algún momento sintió calor, y se quitó la blusa, quedándose con una camiseta ajustada de lycra blanca, donde se marcaban voluptuosamente sus pechos en un vaivén lento y armonioso. Susana disfrutaba de su sensualidad. Le resultaba hipócrita no reconocer que le encantaba que la miraran los hombres, aunque jamás, bajo ningún concepto, dejaría que ninguno se aprovechara de ella, o se comportara de manera inadecuada.

Por fin vio la casa de Vargas, a escasos cincuenta metros. Tenía el toldo azul y blanco desplegado sobre el porche. Creyó ver alguien allí..

Eduardo Cortés fue el primero de los dos hombres que la divisó caminando por la arena. Su boca se desencajó. Vargas, que iba por su segunda copa de vino tinto, un Rioja de crianza, arqueó una ceja ante la cara de tonto que había puesto el chico.

—¡Che! ¡Qué te pasó! ¡Haceme caso, boludo! —. El detective miró en la misma dirección que Eduardo y sonrió al ver a Susana caminando hacia ellos. —¡Santa Macumba María! ¡Susanita! ¡Sos vos!

La chica agitó la mano sonriendo, mientras andaba entre las dunas agrestes de la arena. Sus pechos se movían arriba y abajo, volviéndose más grandes conforme se acercaba a ellos. Vargas pestañeó y entonces miró a Eduardo, cuyos ojos oscilaban verticalmente siguiendo el movimiento de vaivén de las tetas de Susana.

—¡Dale, pibe! ¡Despertá! —exclamó propinándole un pellizco en el muslo. Eduardo saltó de la silla.

Susana había salido de la arena y así, descalza, alcanzó el porche, donde Vargas ya había abierto la puerta. Ambos se abrazaron.

—¡Chiquita! ¡Qué guapa que estás!

—Lo mismo digo, viejo verde —exclamó ella propinándole dos sonoros besos en las mejillas, más sonrosadas todavía por el efecto del vino.

Eduardo, en segundo plano, no dejaba de admirar la hermosura femenina de Susana. No eran sólo aquellos dos enormes pechos, sino todo el conjunto lo que la hacían ser una mujer muy atractiva. Es curioso, pensó, porque se aleja de los cánones de la belleza actual, con sus pequeños michelines, sus muslos gruesos, su estatura no muy alta...

—¡Eduardo Cortés! ¡Qué sorpresa! —dijo ella con alegría.

—Buenos días, Susana. Me alegro mucho de verte —respondió él con cierta timidez.

—Le intimidás, Susanita. ¿No será que el nenito es trucho? (*gay*)

—No digas tonterías, Vargas. Lo que pasa es que Eduardo no es tan lanzado como tú. Si no fuera porque soy como una hija para ti, seguro que hasta tú me habrías tirado los trastos.

—¿Yo? ¿Cómo se te ocurre tal cosa? ¿Qué clase de hombre pensás que soy? —exclamó haciéndose el ofendido.

Susana se acercó a Eduardo y le dio un par de besos. El chico notó el

suave perfume de ella y se quedó prendado una vez más de aquel azul infinito de sus ojos.

—¿Qué haces por aquí, Eduardo?

—¡Pará! Antes de contestar a esa pregunta dejame que te sirva una copa de vino. Es una botella excelente, un Ramón Bilbao.

—¿Se celebra algo?

—¡Pero que astuta que sos! ¡Cómo se nota que sos una cana! (*policía*)

Vargas se fue hacia el interior de la casa y reapareció a los pocos segundos con una copa de cristal ancha y grande. Tarareando una canción la llenó sólo hasta un tercio de su capacidad de un vino rojo intenso. Luego se la entregó a Susana y los tres alzaron sus copas.

—¡Por la sociedad Vargas y Cortés! —exclamó el detective sonriendo.

Todos se miraron con felicidad en los ojos, como si fueran grandes amigos que lo hubieran sido toda la vida.

—Así, que seguiste mi consejo...—dijo ella a Eduardo.

—Sí, muchas gracias. No esperaba que fuera a resultar tan fácil.

—¿Fácil? ¿Has dicho fácil? —chirrió Vargas puntilloso.

—Bueno, quiero decir... que no esperaba encontrar a una persona tan generosa como tú, Vargas. Sinceramente no creía tener muchas posibilidades cuando vine aquí.

Susana sonrió y degustó otro trago de vino.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó Eduardo.

—Por lo que has dicho. Vargas puede tener muchos apelativos, pero lo de generoso no sé yo... y menos con un desconocido.

—¿Me estás llamando tacaño?

Susana sonrió otra vez y puso su mano en el hombro derecho del detective. Sus pezones se habían puesto de punta y era casi imposible no mirarlos. Eduardo hacía titánicos esfuerzos por contenerse. El vino tinto le empezaba a hacer efecto.

—Mira, Cortés —dijo ella intentando buscar sus ojos—: si Vargas te ha ofrecido dinero, créeme cuando te digo que lo ha hecho porque ha visto que puede sacar mucho más de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que sabe que serás un buen detective. Seguro que te habrá

contado el rollo de las geishas y todo eso.

—Pues sí —respondió Eduardo mirando de reojo a Vargas. Éste tataraba otra vez la canción de Julieta Venegas y apuraba lo que quedaba de botella en su copa.

—¿Lo ves? Siempre hace lo mismo.

—¿Cómo que siempre? ¿Cuántos ayudantes ha tenido Vargas?

—¿Este año o durante la última década?

Eduardo tragó saliva.

—¡Vaya cara has puesto! —Gritó Vargas a su espalda—. ¡Sos una mina muy mala! ¡Lo has dejado acojonadito!

—Tranquilo, hasta la fecha todos sus ayudantes le pagaban a él.

—¿Qué le pagaban a él?

—Sí, Vargas se ha convertido en algo así como un mentor de detectives. Vienen de todas las partes del país buscando un curso intensivo de talento.

Eduardo se quedó callado. De cualquiera de las maneras aquello demostraba que Vargas tenía una gran reputación dentro del mundillo. Susana lo observó con un cierto brillo en los ojos y volvió a sonreír. Vargas advirtió que entre ellos dos existía cierta complicidad, pero no hizo ningún comentario.

—Chiquita —dijo el viejo detective mirándola—, ya que dijiste que soy un agarrado, voy a demostrar que mentís.

—Vargas, era sólo una broma.

—¡Pará, pará! Ahora mismito nos vamos a comer los tres al restaurante de mi amigo Pepe.

—¿Pepe? ¿"El cucarachas"?

—¡Por favor! ¡Un respeto! —exclamó Vargas haciéndose el ofendido nuevamente— Vos sabés que Pepe hace el mejor arroz de toda la Playa.

—Eso es cierto, pero no deja de ser un marrano de cuidado.

—Dejá de joder, y vayamos para allá.

Quince minutos más tarde estaban sentados en el interior de un cochambroso restaurante, colocados junto a las ventanas que daban a la Playa. Aparte de ellos solo había un par de trabajadores de la construcción comiendo de menú, y un chino más feo que un demonio jugando en la máquina tragaperras.

Eduardo observó que el mantel a cuadros de la mesa donde se habían sentado estaba raído y lleno de agujeros de cigarro. Pero lo que más le asqueaba era sin duda las cortinas, unas cortinas de tela burda color salmón que no debían haberse lavado en la vida. Gracias a Dios él no era muy puntilloso para esas cosas, aunque por desgracia sí que era muy observador. Así que prefirió no mirar en la barra, donde una cristalera alargada y presumiblemente refrigerada guardaba las tapas del día en perfectas condiciones higiénicas.

Pepe resultó ser un cartagenero de cincuenta años de edad, medio gitano. Calvo pero con tracas lacias y negras por detrás del cuello, con una barriga mediana apretada debajo de un delantal blanco lleno de roña. El fulano presentaba un semblante oscuro pero suavizado con una mirada pícaro y guasona.

—¡Ramiro Vargas! ¡Cuánto tiempo! —dijo abrazándose al argentino.

—¡Pepe! ¡Buen día! ¿Cómo le va?

Los dos hombres intercambiaron toda clase de agasajos, entre risas y carcajadas desproporcionadas. Eduardo los miraba divertido, pues si uno mentía el otro, exageraba. Al cabo de un rato los tres se quedaron en silencio contemplando la playa. La expresión de Susana se había tornado seria. Los dos hombres percibieron este cambio en la chica cuyos ojos se perdían en el vaivén de la marea.

—¿Qué pensás? —le dijo el detective observándola.

—Vargas, sabes que aunque te quiero mucho he venido a verte por una razón—contestó ella en un susurro sin dejar de mirar el mar.

—Sí, lo imaginaba, pero no importa, vos siempre sos bienvenida.

Ella sonrió con dulzura. Estaba muy hermosa en aquella posición, con los brazos cruzados sobre el regazo y el cabello cayendo suelto sobre los hombros.

—¿Qué te preocupa?

—Es un caso. El de una chica a la que han secuestrado. Se llama Sofía Jiménez, ¿has oído hablar de ella?

Vargas se atusó la perilla. Ella se dio cuenta de que ahora tenía muchas más canas que antes.

—Sí, lo he escuchado por la radio, pero no le presté excesiva atención, la

verdad. ¿Qué ocurre?

—Necesito tu ayuda.

—La tenés —contestó él sin titubear—decime.

—Es un poco largo de contar.

—No tengo ninguna prisa, y creo que mi socio tampoco, ¿no es así, Cortés?

—Ninguna.

Susana puso la carpeta encima de la mesa, y comenzó a contarles todo lo ocurrido desde el principio. Habló y habló sin parar mientras comían. Vargas no hizo ninguna pregunta, y Eduardo tampoco. Después de los cafés, salieron al paseo y anduvieron tranquilamente hasta que llegaron a la falda de la colina donde se erguía el faro.

Se detuvieron en lo alto de una pequeña cala desde la que podían contemplar las paredes rocosas del monte. Era una vista preciosa porque el paseo llegaba hasta allí subiendo en pendiente y zigzagueando. El Ayuntamiento de Pedreira había instalado barandillas y bancos de madera que daban un aire rústico al paisaje. Eduardo pensó que debía ser estupendo sentarse a leer el periódico allí, acariciado por la brisa marina y el cielo como únicos compañeros.

Susana se había quedado en silencio apoyada en las barandillas con los brazos cruzados. Eduardo Cortés se dio cuenta del bulto que asomaba en la zona de los riñones de la chica. A veces le costaba acordarse que era policía nacional.

—¿Qué opinas, Vargas? —preguntó ella con voz relajada.

El detective apoyó también las manos en aquellas barandillas, pero permaneció erguido oteando el horizonte.

—Bueno, pibita, sabés que yo siempre hablo de las cinco preguntas mágicas que hay que formular, ¿recordás?

—Sí, claro: ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?... ¿Por qué?

Vargas asintió y miró de reojo a Eduardo Cortés.

—Hasta ahora sólo tenés una pista que para mí es realmente curiosa...

—¿La foto?

—Sí.

—¿Crees que Raúl estaba en lo cierto y que se tomó de forma involuntaria,

o en una situación desesperada?

—Es probable. De cualquier modo, la lista que el subinspector... ¿cómo decís que se llama?

—Garnero.

—La lista de Garnero me parece un poco arriesgada.

—¿Por?

—Parte de una suposición algo peliaguda. La chica, Sofía, es estudiante de Derecho, y eso de momento la aleja de una Tabla Periódica y por tanto de la Química.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez el espectro de búsqueda tenía que haber sido más amplio todavía, es decir, si partimos de que la suposición que relaciona la química con el secuestrador fuera cierta, éste tipo no tendría por qué ser universitario.

—¿No?

—¿Cuándo dejó esa mina de estudiar Química? ¿Antes de la Selectividad?

—Yo creo que incluso antes.

—Ea, pues ahí lo tenés. Quizás el secuestrador es en realidad un profesor de academia que la ayudó con la asignatura, alguien con el que se llevaba bien o que la conocía lo bastante como para que no se sobresaltase al verlo a las dos y media de la madrugada.

Susana escudriñó el rostro de Vargas y suspiró, reclinándose de nuevo contra la madera de la baranda.

—Entonces, ¿crees que es inútil lo que estamos haciendo?

—No he dicho eso. Mejor actuar creyendo en lo que se hace, que no hacer nada.

—¿Y el coche del secuestrador? ¿Qué me dices de eso? —preguntó Susana observando un barquito en el horizonte—. Ninguna de las personas que salieron a esas horas se dieron cuenta de que hubiese alguien esperando en los aularios.

—¿Qué querés que te diga, Susanita? ...El coche no necesariamente tenía que estar esperando en doble fila.

—¿No?

Vargas se encogió de hombros.

—Quizás estaba aparcado allá desde hacía horas para no llamar la

atención, quién sabe.

Eduardo escuchaba a ambos en segundo plano. Se sentía algo incómodo en aquella situación y no creía que él pudiera aportar nada nuevo ante aquellos dos... especialistas.

—¡Eduardito! ¿Vos que decís?

—¿Yo? Nada, nada... lo siento.

Vargas arqueó una ceja observándolo durante un instante y luego se volvió hacia Susana.

—Debés tener ánimo, chiquita. Hay que mantener la esperanza hasta el último momento.

Ella apoyó la barbilla sobre los brazos inclinándose aún más. Una racha de aire alborotó su pelo, despejando su frente.

—¿Qué hacemos ahora, Vargas? ¿Tú que me recomiendas?

—¿Yo? —. El detective se giró y agarró a Eduardo por el hombro con suavidad. En aquella posición se veía clara la diferencia de altura entre ambos, de un palmo más o menos. —¿Recuerdas qué es lo que yo te respondía cuándo me preguntabas qué era lo más importante para resolver un caso?

—Sí. Me decías que no hay nada más valioso que estudiar el escenario del crimen.

—¡Volá!

—Ya lo he hecho, estuve allí, en los aularios.

—Sí, tu sí, pero él no —dijo Vargas señalando al chico.

Eduardo Cortés se quedó perplejo.

—Vale —murmuró Susana en un tono aséptico—, eso tiene solución, iré con él esta misma tarde.

—No. Haréis algo diferente.

—¿El qué?

—Además de estudiar el escenario donde sucedió todo, tenéis que buscar pistas sobre la víctima.

—Comprendo, quieres que vayamos a casa de los padres de Sofía.

—Sí. Quizás encontréis algo allá... fotos, diplomas de cursos, información de academias donde haya estudiado... ¿Me entendés?

Susana asintió. Eduardo se había quedado tieso como un palo.

—Y vos —dijo Vargas señalándolo con un dedo—es hora de que empecés

a dar frutos.

—¿Yo? No entiendo...

—Vos... ¡Por Dios! ¡Tomá los apuntes del primer curso de Detective Privado! ¡Poné mucho tesón en no malgastar mi plata! ¿Entendés?

Eduardo lo entendió perfectamente. Vargas quería que se hiciera pasar por estudiante y echara una ojeada a los aularios.

Después los tres bajaron por la cuesta dejando a sus espaldas el imponente faro de Cabo de Sal. Un molesto aire había empezado a levantarse estropeando la tarde. Pequeños remolinos se formaban caprichosamente en la arena de la playa y el oleaje crecía poniéndoselo un poquito más difícil al barquito que se aproximaba a la orilla. Eduardo se adelantó para ver de cerca un vehículo que estaba aparcado junto a un espectacular chalet. Era un Hummer de un color amarillo chillón.

—¿Qué te parece el chico? —dijo Susana a Vargas.

—Vos tenías razón...

—...Ya te dije que es algo solitario, casi autista a veces, y un poco patoso...

Ella miraba a Eduardo, que había tropezado con una piedra del camino cayendo de bruces sobre el capó del coche y activando la alarma. La puerta de la casa se había abierto de par en par y un hombre a medio vestir miraba a Eduardo con cara de pocos amigos mientras éste gesticulaba con los brazos pidiendo disculpas.

—Chiquita, cualquiera diría que le tenés aprecio por la manera en la que hablás de él...

—No, que va. Creo que ese chico tiene “algo”.

—Sí, sí que lo tiene.

—¿En serio? —dijo ella no muy convencida—. ¿Cómo lo sabes si lo acabas de conocer?

—Por un detalle, mi amor. Los detalles lo son todo—. Vargas sonrió mesándose la perilla.

—¿Qué detalle?

—¿Lo viste tomar café?

—Sí, creo que sí, ¿por qué?

—La manera en que acaricia la taza —dijo Vargas con un extraño brillo en

los ojos—, cómo la posiciona entre sus manos. No bebe café, lo degusta. ¡Le encanta el café! Por eso sé que será un gran detective, uno de los mejores.

Susana movió la cabeza hacia los lados con un poco de exasperación.

—Vargas, no te entiendo, de verdad. ¿Cómo puedes decir esas cosas? Eres el hombre más analítico que conozco, pero en ocasiones pareces medio brujo...

—¡Che! ¡No te enojés con un pobre viejo! En esta vida no todo son números y reglas aritméticas—. Vargas detuvo suavemente a Susana reteniéndola por el brazo—: a veces chiquita hay que dejarse guiar también por el corazón. Y recordá que vos tenés un corazón inmensamente lindo.

Susana sonrió como cuando era niña. Aquel viejo argentino era capaz de remover los sentimientos más profundos con su verborrea melodiosa y dulce. Sin pensárselo dos veces se abrazó a él. Llevaba días necesitando un abrazo como ése.

Una hora más tarde, a las siete y media, se despidieron en el porche de Vargas. El detective tenía la carpeta abierta entre las manos y pasaba las hojas con fluida habilidad.

—Vargas, una cosa más —dijo Susana poniéndose la chupa de cuero.

—¿Si?

—El comisario Cervantes...

—¿Qué pasa con él?

—Él me pidió que te viniera a ver. Dice que eres el mejor... Creo que su esposa conoce a la madre de la chica y el caso se ha vuelto un poco más íntimo que de costumbre.

Vargas no levantó la vista de los papeles. Se había puesto unas pequeñas gafas de visión cercana con unos cristales rectangulares y estrechos que le caían hasta la punta de la nariz. De las patas de las gafas colgaba una horrible cadena que el detective se había pasado por el cuello.

—...El bueno de Cervantes... ¿Sigue tan viejo?

—Más que nunca.

—Decile...—Vargas levantó la mirada y observó a Susana que estaba junto a Eduardo en la puerta. —...Nada no le digas nada.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Id con Dios.

La agente de policía y el desgarrado muchacho se despidieron del detective y comenzaron a caminar por el paseo. No llevaban ni diez metros cuando oyeron a Vargas que les gritaba desde el porche.

—¡Susanita!

—¿Qué pasa?

—¡La imagen que me comentaste! ¡La foto del móvil no está en el expediente!

—Es verdad...—murmuró Susana rascándose la cabeza. —¡No te preocupes, Vargas. Te la mando por Messenger! —dijo alzando la voz—
¿Sigues conectado, no?

—¡Siempre! —respondió éste alzando la carpeta para despedirse de ellos. El detective tenía una sonrisa curiosa, se le formaba un profundo hoyuelo debajo de los pómulos sonrosados cuando lo hacía.

Susana Ruiz cogió un bolígrafo que asomaba por el bolsillo de la camisa de Eduardo Cortés y se hizo una gran “X” en la muñeca izquierda.

* * *

El Opel Astra bajó de revoluciones al llegar al último tramo de la autovía. Una larga cola de vehículos se amontonaba delante de la gran rotonda que daba la bienvenida a los que entraban en la ciudad de Pedreira. Eduardo Cortés y Susana Ruiz torcieron el gesto. Había vuelto el humo, el ruido y el caos circulatorio.

—Tira por ahí, Eduardo —dijo ella señalando la primera salida a la derecha.

—Vale.

Durante el viaje apenas habían intercambiado una sola palabra. Susana parecía realmente cansada y se había quedado dormida en el asiento del acompañante.

—Te llamé un par de veces, ¿sabes? —comentó ella mientras el Opel se desviaba hacia la derecha.

—Sí, ya lo sé. Siento no haberte contestado, estaba pasando una mala racha.

—Lo imaginé. Supuse que estarías hecho polvo por lo del despido...

El vehículo se volvió a detener en un semáforo.

—Me alegro mucho de que hayas ido a ver a Vargas —dijo ella mirándolo fijamente.

Eduardo le devolvió la mirada y no pudo evitar poner cara de tonto. Susana recordó entonces cómo se habían conocido y la reputación que tenía Eduardo en la refinería. Era considerado por todos sus jefes como un gañán medio lelo.

Los cláxones de los coches detrás de ellos hicieron que Eduardo Cortés volviera a la realidad y pusiera en marcha el Opel, girando a la izquierda.

—Dime una cosa, Susana, ¿tanto dinero tiene Vargas?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No imaginaba que la profesión de detective fuera tan sustanciosa.

—...El caso de Vargas es especial, Eduardo.

—¿Si? ¿Por qué?

—Además de muchos años de profesión y gran fama, tiene un montón de contactos... Y luego está el lugar donde vive. Está rodeado de millonarios. Vargas es un tipo listo, simpático y sabe moverse a todos los niveles. Los ricos no paraban de darle trabajo...

—No lo sabía...

—Ellos acudían a Vargas por asuntos de todo tipo, desde hurtos y evasión de capitales hasta seguimiento de personas... Ten en cuenta que los millonarios están obsesionados por los efectos que produce su dinero en su círculo más íntimo, desde las infidelidades de las esposas, de las queridas... a las amistades de sus hijos e hijas....

—Ya veo. Pero, ¿por qué hablas de esos temas en pasado? ¿Vargas ya no trabaja para los ricos?

—Últimamente no, tiene suficiente dinero como para permitirse no hacerlo si no es muy necesario o, simplemente, no le da la gana. Vargas acabó un poco cansado de todo aquello...

—¿Pero, tanto ganaba?

Susana sonrió ante la insistencia de Eduardo, era evidente que estaba un poco paranoico por lo del dinero.

—¿Te hacen falta perras, eh?

Eduardo asintió sonriendo.

—Pues mira —dijo ella señalando a Eduardo el siguiente desvió a la derecha—, la última vez que yo recuerde ganó trescientos mil euros.

—¿Qué dices! ¿Trescientos mil? ¿Cómo puede ser?

—Es de lo más gracioso, verás... Hace dos años lo invitaron a hacer un pequeño viaje de fin de semana en barco. Era en un impresionante yate de un jeque árabe. Lo más granado de Pedreira y del país: políticos, constructores, millonarios... estaban invitado a aquel viaje. No me preguntes cómo pero Vargas también estaba. Por lo que me contó él mismo, zarparon del espigón del puerto de Cabo de Sal, y a las pocas millas aquello se había convertido en una bacanal romana.

—¿Una bacanal?

—Sí, según Vargas, un par de horas después de zarpar estaban todos borrachos, echándose champán de a quinientos euros la botella por el cuerpo, y despelotándose sobre las mesas de billar y demás... vamos una orgía en toda regla.

—Cómo se las gastas los ricos.

—Sí, y que lo digas. La cuestión es que el jeque acabó montándose con tres mujeres en el pasillo de la parte de abajo del barco, y Vargas con otras dos. Él me dijo algo así como “Che, tan pronto tocaba una lola negra, como cogía un muslo amarillo”, porque aquello fue multirracial...

—Comprendo —dijo Eduardo sonriendo.

—Cuando volvían a puerto el domingo por la tarde el Jeque echó en falta un anillo que le era muy preciado, pero no era un anillo cualquiera.

—Supongo que valdría una fortuna.

—No, eso es lo gracioso, materialmente no valía nada. Estaba tallado en madera, era una pieza que el Jeque conservaba desde los tiempos en que era un pobre pastor de cabras, antes de convertirse en un poderoso multimillonario.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues nada, el jeque ofreció trescientos mil euros a aquel de sus invitados que encontrase el anillo. Según Vagas, a pesar de que muchos de aquellos hombres y mujeres eran bastante adinerados se pegaban por buscar por los rincones.

—¿Y Vargas lo encontró? ¿Cómo?

—Espera, no seas tan impaciente. Sigue recto por ahí, por ese camino de sifón llegamos antes, pero ten cuidado está lleno de baches.

—Bien, continúa, me tienes en ascuas.

—Con el revuelto que tenía en el estómago de tanto comer y beber, Vargas se fue al aseo... con una diarrea de caballo, y en medio de la faena: ¡zas! Tuvo una inspiración... ¿Te ha contado lo de su inspiración, no?

Eduardo asintió sonriendo mientras se concentraba en el camino irregular poniendo las luces largas del coche. Estaban pasando por un descampado solitario y la oscuridad crecía por momentos.

—Total, que cuando ya divisaban puerto desde el yate, Vargas cogió aparte al Jeque y le dijo que echara los botes salvavidas al agua y pusiera en ellos a todos sus invitados y a la tripulación. El jeque al principio lo tomó por loco, pero Vargas le dijo: “Che, vos querés más este barcucho, o el anillo”. El Jeque le dio la mano e hizo lo que Vargas le había pedido.

—¿Y qué pasó?

—Vargas encalló el barco contra el espigón del puerto. Luego bajó con el jeque a la parte baja del yate que se estaba inundando por una gran vía de agua. Durante unos minutos ambos estuvieron en aquel pasillo mirando por todos los lados hasta que el agua salada les llegó por la cintura. Simultáneamente un grupo de rescate de la Guardia Civil de Costa fue en su auxilio, alertados por radio de lo que ocurría.

El Opel Astra pasó junto a un cartel que indicaba: “Barriada de Santo Ángel”. Después circuló con lentitud por la avenida principal y giró en una calle menos ancha. Se detuvo en el dúplex número treinta y cuatro. Susana Ruiz se quitó el cinturón de seguridad y miró a Eduardo con un brillo especial en los ojos.

—En el último momento Vargas vio el anillo flotando al lado de un extintor. El Jeque lo abrazó gritando y comenzó a besar aquel pedazo de madera como si hubiera hallado una reliquia de Mahoma.

—Es una historia increíble —dijo Eduardo poniendo el freno de mano.

—Sí, es que Vargas también es un tipo increíble.

Luego bajaron del coche. Eran sólo las ocho y veinticinco de la tarde, pero el viento que se había levantado había traído un frío que hizo que ambos se encogieran un poco al llamar al timbre de la casa. Una mujer con unas grandes

ojeras y el rostro cansado salió a recibirlos.

—Buenas noches, señora, me llamo Susana Ruiz y soy agente de la Policía Nacional, y éste es mi compañero Eduardo Cortés.

La mujer bajó las escaleras del porche de la casa con el rostro agitado. A pesar de frisar los cuarenta años parecía cómo si le hubiesen caído muchos más encima.

—¿Saben algo de mi pequeña? —dijo la mujer con nerviosismo intentando encajar la llave en la cerradura.

—Lamentablemente no, señora. Hemos venido aquí por si usted tenía la amabilidad de dejarnos ver su habitación. Estamos buscando cualquier pista que pueda ayudarnos con el caso.

—No comprendo, ya estuvieron aquí antes... pero pasen, pasen. Aunque no puedo sentir ningún alivio, por lo menos sé que no han dejado el caso de lado...

—No, señora —dijo Susana mientras ella y Cortés pasaban dentro—, le aseguro que no cesamos en su búsqueda.

Después pasaron dentro de la casa. En el hall, había un pequeño recibidor de madera lacada con una gran foto de Sofía vestida de Primera Comuni3n. La chica aparecía sonriente en una pose forzada con un pomposo vestido blanco; Susana no pudo evitar recordar que ella también tenía una foto como aquella.

—La habitación está en el primer piso, disculpen que no les acompañe, pero no puedo... no quiero entrar en esa habitación... no ahora.

—Entiendo, señora, discúlpennos. Será sólo un momento—. Susana miró a Cortés y le habló con tono sosegado— Eduardo por favor, sube tú, yo voy enseguida. Necesito hacerle unas preguntas a la señora.

Eduardo asintió y subió al primer piso. Había varias puertas, pero supo enseguida cual era la de Sofía porque del pomo de la puerta colgaba una gran etiqueta que rezaba “NO MOLESTAR”, algo típico de una estudiante, seguramente la había robado de algún hotel. Cuando giró el pomo, lo confirmó. En el reverso de la etiqueta ponía “hoteles NH”.

Eduardo dejó la puerta abierta y encendió la luz. Aquella habitación, alargada y no muy grande, estaba recargada de pósters de grupos musicales y estanterías con libros y apuntes. Las paredes estaban pintadas en un verde manzana algo cargante. Al fondo, junta a la ventana, una mesa de escritorio y

un monitor con un teclado sin la CPU. Eduardo empezó a mirar las fotografías que había en las paredes, y en los diferentes marcos que salpicaban estanterías y armarios. Buscó anotaciones en los apuntes, y en los folios que se amontonaban en las estanterías, incluso miró en la papelera.

Diez minutos más tarde Susana se unió a él, y empezó a hurgar en la ropa de los armarios y en la mesita de noche. Le hizo notar a Eduardo que la chica usaba tampones, marca “Tampax”. No había indicios de que usara compresas. Luego estuvieron viendo unos álbumes de fotos que la chica guardaba en un cajón enorme del guardarropa. Estuvieron escudriñándolas durante largo rato y se quedaron con alguna.

Resignados, sin encontrar nada reseñable, se dispusieron a salir por la puerta. La madre de Sofía estaba apoyada en el marco con la cara lánguida, había hecho el esfuerzo de subir hasta allí, pero no quería pasar del dintel de la entrada. Susana reparó entonces en una foto de quince por veinte, apaisada, que estaba sobre una estantería junto a la puerta. Era una instantánea tomada durante una acampada, se veía a dos chicas casi iguales sonriendo y agarradas por los hombros. Susana reconoció a la otra chica.

—Ésa es Marta, ¿no? Es increíble, parecen casi gemelas.

—Sí —respondió la madre sin conseguir siquiera un esbozo de sonrisa—, todo el mundo lo dice. Las chicas se parecen muchísimo, casi tanto como si fueran hermanas.

Eduardo estaba detrás de Susana jugando distraído con un pequeño calendario con forma de tienda de campaña, anillado por su parte superior, que estaba situado junto al despertador de la mesita de noche.

—Bien, nos vamos, señora, disculpe que la hallamos molestado.

—No se preocupen. Me viene bien hablar con alguien, toda mi familia se ha echado a buscar a la niña, pero yo prefiero permanecer aquí... ya sabe por si llama. Su padre no ha parado de conducir por toda la ciudad y los pueblos de alrededor, no ha descansado hace días...

—No puedo imaginarme lo que estarán pasando.

—Lo peor de todo es la incertidumbre, ¿sabe? Si te matan a una hija el dolor es para siempre, pero no saber dónde está es enterrarte en vida. ¿Qué le estarán haciendo a mi pequeña? —. La mujer rompió a llorar y Susana la abrazó con ternura.

Eduardo Cortés tragó saliva.

Después, bajaron y salieron al porche, despidiéndose de la madre de Sofía con el corazón en un puño.

—Eduardo, ¿te importa que conduzca yo?

—No, ¿pasa algo?

—Necesito conducir, me despeja.

—Adelante.

El Opel Astra arrancó y salió del Barrio de Santo Ángel con un sonido diferente. Susana Ruiz no conducía igual que Eduardo Cortés, era mucho más agresiva.

A los pocos minutos la agente de policía descubrió que Eduardo estaba jugando con algo entre los dedos. Al cabo de un instante se dio cuenta de que era el calendario que había en la habitación de Sofía.

—¿Por qué lo has cogido? —preguntó extrañada—. Oye, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan serio?

—Susana —dijo él sin dejar de observar la línea continua de la carretera— ¿te he dicho alguna vez que tengo una hermana?

—No, nunca, ¿por qué?

—...Es mayor que yo, tiene cuarenta años y un par de niños; un niño y una niña. Se casó con un militar y vive en Cartagena.

—Sí, ¿y qué?

—Mi hermana es muy metódica en todo... casi no nos parecemos en nada, yo soy un desordenado de cuidado. Ella tenía un calendario como éste, y apuntaba con un círculo rojo los días de cada mes en los que le venía la regla. Era muy exacta, como le ocurre a Sofía por lo que he visto. Veintiocho días clavados, como un reloj.

Susana detuvo el coche en la cuneta de la carretera. Luego puso los cuatro intermitentes.

—La última regla de Sofía —continuó Eduardo— le vino el cinco del mes pasado...

Susana Ruiz observó a Eduardo Cortés con el semblante muy serio. El chico apartó la vista del asfalto y la miró fijamente mientras terminaba la frase.

—...Eso quiere decir que la regla le viene este mismo domingo, Susana. Si

el tipo que la secuestró es el asesino del que habla Garnero, entonces...

—...Entonces —dijo ella apretando los dientes—...sólo nos queda un día.

24

He dormido a ratos pero el dolor de cabeza no se va. Aquí todo sigue oscuro, increíblemente oscuro. En el fondo lo prefiero, mejor que sea así, porque al menos significa que “él” no está cerca.

Durante las lentas horas que han pasado desde que se apagó la luz he pensado en muchas cosas, sí, muchas. He pensado en la cadena, y en la placa que la agarra a la pared. Si fuese verdad que se ha separado un poquito del muro quiere decir que todavía hay esperanza. Por eso, aunque no puedo ver nada, me he esforzado en limpiar el polvo que ha caído sobre el colchón, por si acaso, no vaya a ser que ese maldito cabrón pueda darse cuenta.

Es raro pero juraría que he escuchado ruidos, pero no estoy segura de si ha ocurrido dentro de mis sueños. Ruidos de obra, con martillos de esos que vibran al golpear contra el suelo... como en el anuncio... ¿De qué marca era? “Sí, mujer —me digo—ése en el que hay un tipo forzado con el martillo en las manos vibrando todo él, y de repente va una chica, loca perdida, y se le sube encima para agitar su zumo”. “Éso—me repito a mí misma—, el anuncio era de zumo, ya lo tengo: Radical Fruit”. Y sonrío en la oscuridad, últimamente sonrío por cualquier cosa que me hace gracia, debo estar volviéndome loca. Pero puede ser, puede ser que los haya escuchado. Quizás la casona donde me tiene retenida esté cerca de una carretera. En Pedreira siempre estamos de obras... porque supongo que estoy en Pedreira.

Yo que sé.

“Mierda” —me digo—, lo que me faltaba.

Tengo los pechos hinchados y me duele la tripa. Eso sólo puede significar una cosa: mi amiga de todos los meses está al caer. Me lo noto, soy como un

reloj, siempre lo he sido. La misma historia de siempre.

Vaya situación, con lo que me cuesta cambiarme en los primeros días. Yo, que soy tan patosa, lo que daría por mi bolsa con el gel íntimo de baño, con mis toallitas y mis tampones... y ahora estoy aquí, sobre un colchón mugriento con unas bragas y un sujetador que no son míos. “Oh, Dios”. Sobre todo temo el primer y segundo día porque me viene un montón. ¿Qué voy a hacer? Y luego están los dolores. Esos terribles dolores que me dejan consumida y aletargada, con lo floja que estoy ahora, y además sin mis sobres de Ibuprofeno para soportarlos. Estoy perdida.

Entonces lo oigo. Aquí viene, arrastrando esos pies que sostienen a un cuerpo gigante. Veo luz a través de las hojas de la puerta, allá al fondo, en la esquina izquierda de la habitación, junto a la mesa de escritorio y la silla donde están mis vaqueros. Se detiene en la puerta. Él escucha, supongo que está extrañado porque no ve luz dentro de mi cuarto. Puedo oír su respiración, parece un gran oso cansado.

La cerradura cruje mientras la llave da vueltas y un haz de luz se cuelga por una de las hojas que se abre. Una linterna me enfoca, pero yo no puedo verlo a él. Me deslumbra y supongo que si pudiera verme desde fuera sería como ver a esos animalillos que aparecen en los documentales de la tele. Ésos que las cámaras sorprenden en la oscuridad del bosque, con los ojos reflectantes e inmóviles por la sorpresa.

Luego la puerta se cierra pero la luz de fuera no se apaga. Los pasos se pierden al fondo. ¿Se habrá ido? No. Al rato vuelve. Abre la puerta de nuevo y se dirige al centro de la habitación. Es tan alto que no necesita ni escalera para cambiar la bombilla. Después de unos instantes vuelve la luz. Si la situación fuera distinta brincaría de alegría, pero esto es una tragedia.

—Señor, por favor. Creo que me va a venir la regla—le digo— necesitaría tampones... ya sabe. ¿Podría...?

—Calla—. Su voz suena pétrea. Rocosa. Casi retumba en toda la sala, y noto que un poco de pipí se me escapa. Unas gotas de miedo. Por un momento creo que he visto un brillo extraño en sus ojos.

Entonces sale fuera mientras lo observo con el labio inferior temblándome por el pánico. Estoy llorando pero no puedo oír mis lágrimas, creo que me voy a orinar encima.

Luego vuelve, otra vez. Lleva una bolsa de plástico con más comida y agua, y otra cosa que creo que es ropa. Sí. Deja las bolsas encima de la mesa. Entonces se vuelve hacia mí; va vestido como siempre, pantalones de faena, suéter negro de cuello alto y pasamontañas oscuro. Con esa nariz gorda asomando por el agujero.

Avanza hacia mí y grito. Grito hasta que no puedo más. Y me huele. Me huele de nuevo ahí abajo, de esa forma tan repulsiva. Como si a cada inspiración se llevara mi vida, mi esencia.

Entonces caigo en la cuenta de que esta vez ni siquiera me ha dormido, ni se ha molestado en rociarme con el spray. Estoy tan floja y debo dar tanta pena que no represento ningún peligro. Luego me quita las bragas y el sujetador. Tiemblo pegada a la pared, he adelgazado, con lo que me cuesta. Yo que siempre he sido regordeta y con michelines.

El fulano coge mis bragas y las huele. Lo hace delante de mí y por un momento pienso que me va a violar, pero no, esto no ocurre porque creo que “ha terminado”. Sí, es un enfermo. Una mole que se corre oliendo mis bragas. Sin contacto físico, sólo con el olor. Después, se calma, pero ya me ha vejado. Intento cubrirme con las manos. Él no se molesta mucho en mirarme, sólo cruza por un momento sus ojos con los míos, y luego se da media vuelta y se va.

Entonces se detiene, todavía con las bragas en la mano, y me lanza la bolsa que cae pesadamente sobre el colchón.

Y cierra la puerta.

Por hoy todo ha terminado.

25

El teléfono móvil del comisario Cervantes sonó mientras devoraba un bocadillo de mortadela y miraba la tele. Acababa de sentarse en su sillón preferido y puso mala cara al escuchar aquel timbre. Su mujer lo observó por encima de las monturas de sus gafas, con una revista de cotilleos entre las manos.

—¿Lo vas a coger o no?

—Qué remedio —dijo él limpiándose la boca.

Cervantes observó que la llamada era de Susana, así que se levantó dejando la bandeja con el bocadillo sobre la mesita de la sala de estar y se fue hacia la cocina.

—¿Diga?

—Buenas noches, señor comisario.

—Buenas noches, Ruiz. ¿Qué ocurre?

—Ya he ido a ver a Vargas, señor. Se ha puesto a trabajar en el caso.

—Muy bien, gracias. Ruiz, le debo una.

—No tiene por qué darlas. Otra cosa más, señor, y muy importante.

—¿Si?

—Esta tarde hemos ido a ver a la madre de Sofía.

—¿Has dicho “hemos”? ¿Raúl ha ido contigo?

—No, en realidad no. Eduardo Cortés me acompañó.

—¿Cortés? —dijo Cervantes casi en un susurro—¿De qué me suena ese nombre?

—Es el chico que nos ayudó en el caso de la Refinería...

—Ah, ya me acuerdo... ¿Qué pinta él en este asunto?

—Ahora trabaja para Vargas, es su ayudante.

—¡Demonios, Ruiz! No quiero tener a media Pedreira en este caso, sobre todo civiles. Dije Vargas porque es un reputado detective, pero ese muchacho....

—...Ese muchacho ha descubierto algo importante señor.

El comisario Cervantes miró por el rabillo del ojo hacia la sala de estar. Su mujer había dejado la revista y estaba intentando olisquear algo, así que se dirigió hacia la galería y cerró la puerta.

—¿Qué ha descubierto?

—Que sólo nos queda un día para resolver este caso señor.

—¿Sólo un día? ¿Por qué?

—Eduardo ha encontrado un calendario donde Sofía marcaba las fechas en las que le venía la menstruación. La chica era muy regular y la tenía cada veintiocho días.

Se hizo un gran silencio, muy largo.

—Señor... según ese calendario, la regla le viene pasado mañana, el domingo.

—Dios mío—murmuró Cervantes.

—Lo siento, señor... sólo nos cabe esperar que Garnero esté equivocado y el secuestrador de Sofía no sea el ladrón de compresas.... Pero sí no fuera así y estuviera en lo cierto, lo único que podemos desear es que la lista que han preparado sea lo suficientemente buena y reducida como para capturar al asesino. Supongo que usted lo llamará ahora mismo para comunicarle lo que le acabo de decir. Lo único importante que está en juego es la vida de ella.

—Sí, por supuesto, Ruiz. Por supuesto. Muchas gracias por todo. A los dos.

Y Emiliano Cervantes, comisario de la Policía Nacional, colgó el teléfono. De repente había perdido el apetito.

SÁBADO

26

En cuanto el subinspector Garnero fue avisado por el comisario Cervantes del descubrimiento del calendario de Sofía, puso en marcha todos los recursos con los que contaba.

El dispositivo montado desde la comisaría de Pedreira no tenía precedentes: más de una veintena de efectivos, diez coches patrulla y un helicóptero, además del apoyo de la Policía Local y la Guardia Civil.

A primera hora de la mañana del sábado tres de marzo, los agentes fueron divididos en pequeños grupos y se esparcieron por toda la orografía de la ciudad y sus alrededores. Garnero había movido todos sus hilos consiguiendo sendas órdenes judiciales de registro y de esa manera, a las ocho de la mañana, los policías entraban ya en las primeras casas alejadas de los núcleos urbanos. Fue una incursión masiva de las Fuerzas del Estado en casonas viejas de campo, algunas dedicadas al turismo rural, y tres o cuatro viviendas en la costa, pero aisladas de la playa, y con características propicias o susceptibles de poder ocultar a una persona secuestrada.

Para las doce del mediodía, en pleno operativo, una filtración de lo que estaba ocurriendo había llegado a la prensa. El subinspector contaba con ello, era parte de su estratagema. De lograr su objetivo, el golpe de efecto sería contundente, puesto que realzaría más el éxito conseguido.

Sin embargo, José Mulero, siempre al lado del subinspector, creyó que aquellas noticias radiadas no les hacían ningún favor, todo lo contrario, no eran convenientes en aquellos momentos.

Él no estaba tan seguro de que iban a conseguirlo.

Eduardo Cortés estuvo hasta las dos de la madrugada falsificando el carné de estudiante universitario que necesitaba para acceder a los aularios de la Universidad. Fue una suerte que dentro de aquella caja de cartón llena de apuntes que le había dado Vargas estuviera el antiguo carné de su anterior ayudante, Andrés Martínez.

Armado con un cúter, bajo la luz del flexo de su mesa de escritorio y ayudado por una gran lupa, Eduardo estuvo durante horas “operando quirúrgicamente” aquel trocito de plástico. Después de varias pruebas, tras las que acabó colocado por los efectos del pegamento, y usando el escáner de su ordenador obtuvo un resultado medio decente. Satisfecho por aquella pequeña obra de arte, se acostó con la ropa puesta y durmió hasta que fue despertado por los rayos de sol.

Susana Ruiz le había dejado un mensaje en el móvil. No podrían verse durante todo el día porque había pedido formar parte del operativo de Garnero, así que Eduardo decidió poner en práctica el consejo de Vargas. Después de tomar un café en el bar de la esquina con el último euro que le quedaba se fue hacia el Campus universitario.

Hacía tiempo que no entraba en el Campus, lugar que había visitado sólo en un par de ocasiones, ya que los estudios de Ingeniería Técnica los había realizado en las instalaciones que la Universidad tenía en el puerto.

Eduardo dejó el Opel Astra aparcado donde se suponía que tuvo que dejar su coche Sofía Jiménez. Desde allí, fue caminando hacia la puerta metálica de entrada que daba a la avenida Europa. La mañana presagiaba lluvia y a pesar de ser sábado se palpaba una fuerte actividad en el Campus. Para su sorpresa

nadie le pidió el carné. A esas horas los edificios principales que flanqueaban el aulario general, estaban abiertos al público y muchos estudiantes y profesores entraban y salían de ellos.

Eduardo Cortés paseó su figura desgarrada por el enorme patio enlosado y sus jardines circundantes. Unas chicas que estaban sentadas en un banco de madera le echaron el ojo y comenzaron los codazos y las risas, pero él, ajeno a los comentarios, siguió caminando con sus apuntes bajo el brazo observando los edificios de la Universidad. Las construcciones eran realmente antiguas, con grandes ventanales y fachadas grisáceas en piedra y tramos de ladrillo rojo. El edificio de cuatro plantas que había en la esquina oeste del Campus era la construcción más significativa. Su enorme entrada principal con sendos escalones de mármol le daba un aspecto elegante y señorial. Rotundo. Sobre el dintel de la entrada, apoyada en desgastadas columnas cilíndricas de color rojizo, había una gran inscripción en piedra que decía: “Universidad de Derecho”. Eduardo reparó en el lateral de la puerta, donde se había construido una rampa para facilitar el acceso a las personas discapacitadas, pero no se había realizado con mucho acierto, porque los materiales empleados, en acero principalmente, desentonaban con el conjunto monolítico de la edificación.

Silbando subió por aquellos escalones alargados y entró por la puerta principal. Dos hojas de cristal oscuro se abrieron automáticamente al detectar su presencia. El hall del edificio mantenía el estilo austero y elegante de la fachada, con un gran espacio diáfano en mármol, influenciado por la enorme presencia de una gran escalera de piedra que subía hacia las plantas superiores. La escalera se dividía en dos en el primer descansillo y giraba en curva hacia la izquierda y la derecha. En la planta baja, dos estudiantes manipulaban una máquina, similar a un cajero automático, donde podían acceder a sus datos personales. A la izquierda estaba la portería, en realidad una cabina hecha a base de cristal y aluminio, donde un bedel, calvo y gordo, dormitaba con la mano apoyada sobre la mejilla. Eduardo sonrió para sí.

—Eso si que es un buen trabajo.

Luego se dirigió hacia la derecha, allí había un pasillo que estaba cortado por una puerta. Por lo que pudo leer conducía a diferentes despachos de profesores. En esa zona también estaba la Secretaría del Centro, el lugar donde se formulaban las matrículas y se expedían los títulos. Todas las

paredes estaban llenas de paneles acristalados con diferentes notas informativas, desde resultados y fechas de exámenes, hasta horarios de clases y listas de morosos.

Entonces Eduardo reparó en otra escalera, también de piedra. No la había visto al entrar porque estaba en el hueco que quedaba tras la escalera principal. Esta nueva escalera llevaba hacia el sótano. Bajó por ella describiendo una curva suave. El ruido inconfundible de las fotocopias le indicó que estaba llegando a la zona de Reprografía.

—“Cuánto dinero habré gastado yo en fotocopias, Dios mío” —se dijo contemplando los destellos de luz que salían por la puerta entreabierta de una estancia chapada con cristales opacos.

Luego se fijó en un detalle que hizo que el corazón se le encogiera un poco. En una de las paredes había un enorme cartel en blanco y negro con la foto de Sofía Jiménez. En esa imagen aparecía sonriendo con aquellos mofletes prominentes tan característicos y su oscuro pelo negro. Debajo venía un número de teléfono.

Eduardo volvió la mirada y subió otra vez por la escalera. Estaba perdiendo el tiempo, tenía que hacer caso a Vargas y estudiar el escenario del crimen, y éste no era otro que los aularios y el paseo paralelo a la avenida donde fue secuestrada Susana. Tan ensimismado iba en sus propios pensamientos que no se percató de que otra persona bajaba por las escaleras y chocó con ella. Con gran estruendo, un montón de folios cayeron desparramándose en un caótico desorden.

—¡Mira lo que has hecho, zoquete! —dijo el hombre coléricamente.

Eduardo se sonrojó murmurando disculpas al tiempo que se agachaba a recoger los folios.

—¡Joder! ¡He pasado horas ordenando estos apuntes y quitándoles las grapas para que ahora vengas tú a joderlo todo!

El hombre era extraordinariamente alto, más que Eduardo. Llevaba una chaqueta marrón a cuadros y tenía pinta de ser profesor.

—¡Tú! ¿No serás alumno mío, verdad? —exclamó con una voz brusca.

—No que yo sepa.

—Mejor para ti, deja, deja, que lo estás empeorando aún más. Vete de aquí, que ya has hecho bastante.

Eduardo pensó que aquel tipo era un insolente y se alejó escaleras arriba dando grandes zancadas.

Después de haber estado en aquel sótano con olor a humedad le encantó salir al exterior de nuevo. Cabizbajo, cruzó con lentitud el patio del Campus. Había desistido de visitar el resto de edificios que ocupaban toda aquella manzana de la avenida Europa. Allí se impartían además las carreras de Filología, Historia...

A las once y media más o menos, Eduardo Cortés, apuntes de Sociología de la Desviación bajo el brazo, entró en el vestíbulo del aulario general de la Universidad de Pedreira. Pronto se felicitó por hacerlo, porque aquel sitio estaba lleno de chicas. Eran tantas y tan variadas que se sintió como un niño en una tienda de golosinas.

Por eso, cuando se sentó en una mesa alargada dentro del aula donde había estudiado Sofía Jiménez le costó empezar a leer aquellos malditos apuntes fotocopiados.

Eduardo Cortés había llegado al Edén. La calefacción estaba tan alta que casi todo el mundo estudiaba en manga corta, y cada vez que levantaba la vista no podía evitar que unas palabras se le incrustaran en la mente y su rostro se transformara en el de un viejo verde con cara de alelado:

“Pechitos, pechitos” —se decía.

28

Susana Ruiz estaba apoyada en el coche patrulla mirando al vacío. Raúl Vázquez, a su lado, se quitaba el chaleco antibalas y lo dejaba caer sobre el asiento del acompañante. Segundos después el comisario se dirigió hacia ellos con gesto preocupado.

—¿Qué hora es?

—Las doce y media —dijo Raúl.

—¿Y los otros? ¿Han tenido más suerte?

—No, que sepamos —respondió Susana con decepción.

El comisario Cervantes les volvió la espalda y miró en dirección a la casona de la que acababan de salir. En la entrada había un hombre de su misma edad, en chándal, gritando a un agente de la Local. El pobre policía, apenas un muchacho, intentaba calmar en vano a aquel hombre, que era Doctor en Químicas e impartía clases de “Termodinámica Aplicada” en la Universidad de Pedreira. Los dos coches patrulla habían invadido el esbozo de jardín japonés de aquella finca que se hallaba en las afueras de la ciudad, y que estaba rodeada por una verja con alambre de espino y docenas de árboles más secos que la mojama.

—Vaya metedura de pata —dijo en voz baja el comisario.

—Señor comisario —exclamó un hombre vestido con traje gris que había permanecido al margen del operativo.

Era Pedro Díaz, Concejal de Seguridad de la ciudad de Pedreira.

—¿Si?

—El Alcalde, al teléfono —dijo alargándole un móvil de última generación.

Cervantes chasqueó la lengua y tomó el aparato.

—¿Diga?

—Comisario Cervantes, me han comunicado que la operación ha salido mal.

—Sí, por desgracia, señor Alcalde. Lo sentimos, hemos hecho todo lo que hemos podido. ¿Ha hablado ya con el subinspector Garnero?

—No, no logro contactar con él.

—“¿Por qué no me extraña?” —se dijo para sí. — Ahora que todo se pone feo la sanguijuela escurre el bulto y me hace a mí apechugar con el marrón.

—Pero además hay otra cosa, Cervantes...

—¿Qué ocurre?

—Mejor escúchelo usted mismo, cuando pueda ponga la radio....

De vuelta a la comisaría, Cervantes entendió el por qué de ese comentario del Alcalde:

Sábado tres de marzo: Noticias locales:según fuentes cercanas a esta redacción, esta mañana ha tenido lugar un despliegue masivo de efectivos policiales por diferentes puntos de la localidad... al parecer el operativo encabezado por la Policía Nacional puede estar relacionado con el caso de la desaparición de la joven estudiante universitaria Sofía Jiménez... fuentes no oficiales señalan que los sospechosos investigados por la policía podrían estar vinculados con el ambiente universitario... diferentes llamadas recibidas en esta redacción señalan que el operativo policial se ha centrado en segundas viviendas cuyos propietarios son profesores de la Universidad de Pedreira... Este medio de comunicación ha intentado ponerse en contacto con las autoridades competentes pero de momento no....

Cervantes pidió a Raúl que apagara la radio. Había tenido bastante escuchando aquello. Le importaba una mierda, la verdad.

—Lo único importante —dijo en tono cansado— es que no la hemos encontrado—. Y se retorció algunos pelos de su espeso bigote mientras miraba por el cristal trasero del coche patrulla. Estaba sentado sobre los incómodos sillones de plástico. Durante un instante fugaz, en el espejo del retrovisor superior, sus ojos se cruzaron con el azul descorazonado de la mirada de Susana Ruiz.

La agente de policía pisó el acelerador del coche patrulla y apretó el volante con las manos.

29

—A la de una, a la de dos, y a la de.... ¡Tres!

Estoy hablando sola. Aprieto los dientes y tiro de la cadena acompañada únicamente por el chirrido de la nueva bombilla. Le auguro un destino semejante a la de su antecesora. “Muerte fulminante por sobrecarga de tensión”.

Cuando me canso de tirar me dejo caer de rodillas y me da por reírme. He descubierto que soy la monda, sí, de verdad, soy la leche. Siempre he tenido un sentido del humor bastante negro, pero ahora, en una situación como ésta lo estoy demostrando. Y no lo hago a costa de nadie, que es lo mejor después de todo. Porque aquí, en esta habitación mugrienta sólo puedo reírme de mí misma, y es lo que hago. Por ejemplo, mientras tiro, así, en braquitas —ahora llevo unas blancas con un osito rosa estampado— me imagino que soy una esclava de los tiempos de Egipto. Sí, una esclava. De esas que a golpe de látigo tiraban de cuerda para arrastrar los grandes bloques de piedra. Claro que... estaría más morena y más fornida. Aunque parezca ridículo me imagino que estoy allá, en los tiempos de los faraones. ¿Por qué? Bueno, lo voy a contar. Pero lo haré en voz baja, para que no me escuche nadie. Aquí hay mucho cotilla y mucho cerrado de mente. Pues eso, me imagino que estoy tirando de un gran bloque de piedra, con una soga sobre mi hombro, así, de esta manera, sudada y en paños menores...porque, porque estoy rodeada de tíos musculosos, bronceados por el sol. Todos esos hombres esculpidos sobre las dunas del desierto, con rasgos duros y ojos enormes. Qué gusto.

Lo he vuelto a notar. Ha sido apenas perceptible, pero lo he sentido. La placa ha cedido, otra vez. Eso me da fuerzas para seguir tirando.

Ya no se escuchan los ruidos de las obras... gracias a esos ruidos tengo la noción del tiempo... me han despertado, por lo que creo que es de día. Pero ahora no se escuchan... quizás los obreros se hayan ido a comer. Si no los oigo mucho más tarde querrá decir que estamos en fin de semana. ¡Fin de semana! Si fuera cierto, llevaría aquí desde el lunes... ¿Me estarán buscando? Claro que sí, tonta. Pero por si acaso, tira, tira de la cadena.

El que algo quiere algo le cuesta. Y yo no soy de las que se quedan paradas viéndolas venir.

No, señor.

30

Eduardo Cortés tuvo que salir del aula porque el crujido de sus tripas era estremecedoramente bochornoso. Una muchacha escuálida que estaba sentada en la mesa del profesor, sobre la tarima de madera, lo miró con cara de reproche. Era la cuarta o quinta vez que lo hacía.

Antes de levantarse, Eduardo volvió a leer la parte inferior de aquella aburrida página.

La sociología estudia y comprende las leyes en función de la sociedad.

Las teorías, basadas en regularidades que elabora la Sociedad, son multifactoriales y se concretan en determinados aspectos.

La ciencia se dedica a observar y, a partir de ahí, elabora teorías. Las teorías son mejores cuantos más campos de la realidad abarquen. Las teorías deben poder ser contrastadas con la realidad.

La diferencia fundamental entre las Ciencias Sociales y las naturales es que las naturales estudian un objeto que no varía, las Ciencias Sociales estudian el hombre, que es inconstante y cambiante.

—Vaya un coñazo—se dijo bostezando.

De pronto reparó en una nota escrita al margen en tinta azul. “Pedir CD a Vargas” “Resúmenes año 2005, con exámenes y preguntas”

Esa era la letra de Andrés Martínez, el anterior ayudante de Vargas. ¿Había un CD de aquel peñazo con resúmenes y todo?

—Joder, tengo que conseguirlo.

Su estómago volvió a protestar y la chica lo miró con ojos de asesina. Eduardo se levantó entonces dejando los apuntes sobre la mesa para reservar

el sitio, aunque ya no hacía falta porque los exámenes de febrero habían concluido para casi todo el mundo. Una vez en el patio, se colocó sus viejas gafas de sol y caminó hacia la puerta, pero estaba cerrada. Eran las dos y veinte de la tarde por lo que tuvo que esperar a que el guarda jurado la abriera. Cansado y muerto de hambre se fue hacia un banco de madera que estaba debajo de un árbol, y sacando un pitillo se puso a fumar. En frente suya, dos chicas no dejaban de mirarlo.

—Soy la novedad —se dijo intentando adoptar una pose interesante.

Cruzó las piernas y entonces se dio cuenta de que llevaba la bragueta abierta.

—Mierda —murmuró dejando el pitillo en la boca mientras intentaba cerrar la cremallera de la bragueta lo más rápida y desapercibidamente posible.

Al cabo de unos instantes empezó a forcejear convulsivamente, por lo que las chicas se dieron cuenta y sonrieron. Para colmo la ceniza del cigarro le cayó sobre la camisa nueva y empezó a sacudirse. No tenía remedio, era un patoso compulsivo.

Al final, cuando el vigilante abrió la puerta, se levantó y se sacó la camisa por fuera. Su momento de gloria había concluido. Al salir se dirigió hacia la izquierda, y caminó hacia su coche que estaba aparcado en batería. Pensaba picar algo en cualquier sitio, pero entonces sacó la gastada cartera que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón y descubrió con tedio que estaba completamente vacía. En ese momento recordó que había visto una caja de ahorros cerca de la esquina de la Universidad y se dirigió hacia allí andando con desgana. Cuando la alcanzó, tuvo que esperar a que el semáforo diera luz verde a los peatones, y cruzó a la otra acera. Diez metros más adelante estaba una sucursal de CajaPedreira.

Eduardo tiró de la pesada puerta de metal hacia sí, y se descubrió mirando un gran monitor cuadrado que había encima del cajero, y que reflejaba la imagen de la cámara de seguridad. Se veía su rostro en color perfectamente.

—Un momento —pensó—¿ésta no es la caja de ahorros de la que hablaba el expediente de Sofía? La otra es la de la esquina opuesta de la manzana. Si no recuerdo mal ésa fue la que captó a los hermanos gemelos...

Eduardo pulsó los botones del cajero mientras pensaba. Tuvo que marcar

dos veces su número secreto porque estaba distraído con las ideas que bullían en su mente. Sacó cincuenta euros y recogió la tarjeta. Mientras la guardaba volvió a mirar el monitor. El ángulo mostrado por la cámara no permitía ver la acera donde estaban aparcados los coches, es decir, la zona por dónde se suponía que debían haber raptado a Sofía, pero....

Eduardo tuvo una idea. Quizás la clave no estaba en ella. Tal vez estaba en la otra chica, Marta Gómez. Según lo que contó Susana, el vigilante la vio alejarse por aquella acera, andando sola a las tres y media de la mañana.

En ese caso esta cámara sí que podía haberla captado.

31

Raúl Vázquez contestó al móvil de Susana Ruiz ya que ella estaba ocupada conduciendo por un camino de cabras. Entre bache y bache, piedras y vaivenes, el agente de la Científica tuvo que meterle la mano en el bolsillo del pantalón a su compañera. Aquello fue un poco embarazoso, Susana tenía los muslos ardiendo. —¿Qué pasa? —le dijo mirándolo malhumorada— ¿Lo coges o qué? Puede ser importante.

—Sí, sí, ya voy.

Para colmo, la camisa de Ruiz estaba un poco abierta. Un pliegue entre botón y botón mostraba una generosa porción de pecho. Raúl Vázquez miró hacia otro lado mientras apretaba el botón verde.

—¿Diga?

—¿Susana?

—No, soy Raúl, ¿quién es?

—Hola, me llamo Eduardo Cortés. ¿Podría hablar con la agente Ruiz?

—Raúl, activa el altavoz —dijo Susana con la vista concentrada en el camino.

—Dime, Eduardo, ¿me oyes?

—Sí, pero muy mal, ¿dónde estás?

—Venimos de una casa de campo. No hemos encontrado nada, ¿pasa algo?

—Bueno, sí, he tenido una idea... quizás no sirva de mucho.

El comisario Cervantes se reclinó en el incómodo asiento trasero. La mampara de plástico duro lo separaba de la cabina delantera, así que la golpeó con los nudillos y gritó a Susana que detuviera el vehículo. Ésta frenó de golpe, y el coche patrulla de la Policía Local que estaba detrás a punto

estuvo de chocar con ellos.

—¿Me escuchas mejor ahora?

—Sí.

—Dime entonces, ¿qué se te ha ocurrido?

—Verás, hoy he ido a estudiar a los aularios tal y como aconsejó Vargas. Por casualidad he ido a sacar dinero de una sucursal de CajaPedreira que hay en la esquina de la avenida Europa con la calle Cristóbal Colón.

—¿No es ésa la caja de la que habla el expediente? —preguntó el comisario.

—No, el informe se refiere a la “otra caja”...porque en la esquina este, en la intersección con la calle Velasco hay otra caja de ahorros, en concreto una sucursal de CajaAgrícola.

—Entonces, ¿crees que la cámara de esa caja donde has estado pudo captar lo que le pasó a Sofia? —dijo el comisario—. No puedo entender cómo se le pudo pasar algo tan gordo a Mulero.

—No, Mulero tiene la cinta también de esa caja—dijo Raúl pensativo— no viene en el expediente porque se descartó su relevancia en el caso... si no recuerdo mal en los archivos...

—¿Archivos? ¿Qué archivos? —preguntó el comisario frunciendo el ceño.

—Los archivos del ordenador personal de Mulero, jefe. Yo le pedí a Raúl que los investigara.

Cervantes apretó los labios y prefirió callarse. Raúl después de un momento decidió continuar hablando.

—....Según pone en esos archivos, el ángulo de la cámara no enfoca hacia la avenida Europa, además el visionado de las imágenes entre la dos y las tres de la mañana no reveló nada.

—...Pero Marta Gómez —exclamó Susana—...ella salió más tarde, a...

—...Las tres y media —dijo Eduardo al otro lado del teléfono—. Quizás no sea importante, pero...

—...Pero más vale eso que nada—dijo el comisario—. Necesitamos esa cinta.

—Ese es el problema, jefe—. Murmuró Raúl.

—¿Por?

—Yo estuve...bueno, estuve hurgando en los cajones de Mulero pero no la

encontré.

—Seguro que el enano se la llevó a casa—dijo Susana.

—Fijo que sí —puntualizó Raúl.

El comisario marcó el número de Mulero pero no daba señal. Luego, Susana se despidió de Eduardo Cortés y arrancó el coche bruscamente. El comisario salió proyectado hacia atrás mientras farfullaba insultos hacia la manera de conducir de Ruiz e intentaba agarrarse a algún sitio.

Detrás de ellos los policías locales fueron cubiertos por una nube de polvo.

—Joder, con la tía —dijo uno de ellos mientras esperaban a que volviera la luz.

32

El subinspector Garnero guardó su arma reglamentaria en la funda de cuero del cinturón, era una pistola nueva, una USP COMPACT de la casa alemana Heckler & Koch con cargador de trece cartuchos de calibre nueve milímetros Parabellum. A Garnero le gustaba mucho aquella arma tanto por su ligereza —apenas ochocientos gramos— como por el escaso retroceso en el disparo, conseguido gracias a un buen sistema de amortiguación. El tacto era excelente, tenía partes fabricadas con polímero inyectado, como también los sistemas de seguridad y el accionamiento en simple y doble acción.

Mulero lo escudriñó con la mirada. Eran las siete de la tarde y estaban junto a una vieja casa de campo, entre árboles cuyas ramas crujían por el viento. El éxito se había esfumado.

—¿Y ahora qué hacemos?

El subinspector no respondió, terminó de guardar el arma y se ajustó las gafas. Un agente de la Guardia Civil se acercó a ellos. Su emisora de radio farfullaba sonidos metálicos.

—¿Es usted Mulero?

—Sí.

—Me dicen desde la Central que han intentado contactar con usted por todos los medios y que no ha sido posible.

—¿Qué ocurre?

Garnero había ordenado desconectar los móviles y la emisora de radio. Las razones, según él, eran estrictamente de seguridad, pero en realidad su objetivo era otro: si obtenían el premio gordo nadie más debía de saberlo, por lo menos al principio.

—Me han pedido que le diga que conecte su teléfono, y que llame al comisario Cervantes.

—De acuerdo, muchas gracias.

—De nada, pero hágalo cuanto antes, al parecer es muy urgente.

El subinspector miró con curiosidad al agente Mulero mientras éste activaba el móvil. Garnero buscó una pequeña libreta que tenía guardada en un bolsillo lateral de su brazo izquierdo. El subinspector llevaba puesta una chaqueta táctica con múltiples bolsillos.

—Mulero, ponga el altavoz del móvil. Tal vez sea importante, y quiero escucharlo.

El pequeño agente asintió de mala gana. Empezaba a estar cansado de tanto misterio; Garnero parecía jugar varias partidas de cartas a la vez.

—¿Señor comisario?

—¡Coño, Mulero! ¿Dónde cojones se mete?

—Bueno...yo...

—Da igual... Tenemos una pista, Mulero. El tiempo apremia, necesitamos la cinta de la caja de ahorros de la avenida Europa con Colón, es una sucursal de CajaPedreira.

—No entiendo...—dijo intentando pensar—... ¿Para qué?

—Mulero, no hay tiempo. Esa cinta puede ser importante.

—Pero yo vi esas imágenes, no enfocan a la avenida Europa... en ellas no hay nada relevante.

—Y posiblemente tenga usted razón —dijo el inspector impacientándose— sin embargo, es posible que la cámara pudiera captar la imagen de la amiga de Sofía Jiménez... Marta Gómez. Ella salió a las tres y media, andando. ¿Es algo extraño, no?

El subinspector Garnero empezó a garabatear en su libretilla. Cuando acabó se lo mostró a Mulero.

—¿Cuánto va a tardar usted en volver a Pedreira? —preguntó el comisario.

—Tres horas o más, señor —respondió el agente leyendo de la libreta.

—¿Tanto?

—Sí, comisario. Hemos tenido una avería con el coche.

—Joder... Mulero si hace falta estoy dispuesto a mandarle un helicóptero.

¿Dónde tiene usted la cinta?

—Señor comisario no se preocupe, en tres horas estoy allí mismo dándosela en persona, de verdad. Tengo que colgar, hasta luego.

El agente pulsó el botón de fin de llamada apurado. Garnero lo miró sonriendo.

—Bien hecho.

—¿Cómo qué bien hecho? ¿Qué demonios estamos haciendo?

El subinspector miró fijamente a Mulero.

—No te hagas el tonto conmigo, chaval. Ambos sabemos para qué estamos aquí. De momento llevamos ventaja, y eso es fundamental...

—...Para que nadie nos birle el pastel.

—No. Se equivoca conmigo, agente Mulero. Yo me tengo en muy alta estima, al igual que a todos los que trabajan conmigo. Si hago esto es porque considero que somos los mejor preparados para salvar a esa chica. No dejaría su vida en manos de nadie más.

“Pedazo de hijo de puta” —pensó Mulero.

El subinspector sonrió a medias y sacó su móvil activándolo. Después marcó un número de teléfono.

—¿Costa? Soy Garnero.

—Buenas tardes, subinspector, ¿qué ocurre?

—Necesito que vayas ahora mismo con Vivancos a la comisaría. ¿Estáis muy lejos?

—No, jefe. A diez minutos.

—Perfecto. Quiero que saquéis nuestra caravana científica de ahí.

—Vale, ¿a dónde quiere que la llevemos?

—¿Conoces el Centro Comercial del Polígono?

—Sí, el que tiene el gran aparcamiento al aire libre.

—Ese mismo, llevadla allí. Mulero y yo estaremos con vosotros en media hora.

—O.K., jefe, ¿algo más?

—Sí, pide un par de pizzas.

—Entendido.

33

Después de la siesta, Eduardo Cortés decidió volver a los aularios. Cuando cogió las llaves del Opel que había dejado encima de la mesa de escritorio vio una tarrina de cedés vírgenes a medio vaciar y se acordó de la anotación a boli en los apuntes de Sociología de la Desviación.

—No estaría mal tener ese CD —pensó.

Cuando bajó a la calle y arrancó el coche se dirigió al enlace de la autovía y media hora después estaba entrando en Cabo de Sal. Era increíble cómo se pasaba del caos y el humo de la ciudad a la absoluta tranquilidad de la playa en un momento.

Tocó el timbre de la casa de Vargas y esperó a que éste contestara. El chico llevaba la tarrina a medio vaciar en una mano.

—¡Che, pibe! ¿Qué hacés vos acá?

Eduardo se quedó sorprendido al ver a Vargas perfectamente vestido para jugar al golf.

—Lo siento, Vargas, perdona que te moleste, pero he venido a buscar un CD que necesito para estudiar.

—¿Un compacto? Pero pasá, pasá...no te quedés en la puerta... Me pillás de milagro... ahora mismito me marchaba... me están aguardando para una partida...

—Sólo será un momento, lo justo para grabar un CD...

—Che, los jóvenes de hoy están tarados por las computadoras... haceme caso y apuntaros a un deporte...

—Eso no es lo mío, Vargas...

—¿Por qué? ¿Acaso sos un “patadura”?

Eduardo no había escuchado esa expresión nunca pero creyó entenderla, por lo que asintió.

—Además, pibe, seguí un consejo de viejo, apuntate a defensa personal...

—¿Defensa personal?

—Sí, yo antes hacía karate y judo, ahora con mis años me decanto más por el Tai Chi Chuan... es bueno saber defenderse...esta profesión nuestra puede traerte sorpresas...

—No sé...

—En fin...pero... ¡Andá! ¡Andá!... la computadora está encendida... Mientras yo terminaré de preparar mi equipo para el golf.

—Gracias.

Eduardo subió por las escaleras y se internó en el despacho del detective. Inmediatamente se sentó en la mesa y empezó a buscar en las estanterías que estaban llenas de discos. En una gran columna vertical había insertados un montón de compactos dentro de sus respectivas cajas.

Eduardo empezó a desechar los que no necesitaba: “Boxeo, grandes combates”, “Historia de la aviación”, “Qué bello es vivir”... aquella ausencia de orden se lo iba a poner difícil. Empezó a impacientarse, y de pronto encontró un CD que le llamó la atención: “W.C. Chicas”. Eduardo sonrió con picardía y lo dejó a un lado. Al cabo de un rato halló el que buscaba: “Sociología de la Desviación, resúmenes y exámenes”.

Rápidamente movió el ratón y la pantalla plana se iluminó. En el escritorio encontró el icono del Nero, un programa de grabación. Picó dos veces y eligió la opción “Copiar CD”. Sonriendo para sus adentros destapó la tarrina e insertó primero el original de “W.C. Chicas”, después de copiarlo grabó el de “Sociología de la Desviación”.

Luego colocó todo en su sitio y bajó las escaleras corriendo.

—¿Lo encontraste?

—Sí, Vargas, muchas gracias.

—Hablé con Susana hace media hora. Vos estás dando frutos, me alegro Eduardito.

—Gracias. Lástima que apenas tengamos tiempo, la cosa no pinta muy bien.

—Pará, es pronto para decir eso. Por cierto, estoy recordando que Susana

no me mandó la fotografía, ¿vos podés decírselo?

—Sí, en cuanto hable con ella.

—O.K. Nos vemos, Eduardo, chao.

—Hasta luego, Vargas.

34

—Buenas noches, soy la agente Susana Ruiz, perdone que la llame a estas horas por teléfono, es usted Marta Pérez, ¿la madre de Marta Gómez Pérez?

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo?—. El tono de voz de la mujer pasó del reposo al sobresalto.

—No, no, señora...estamos investigando el caso de la amiga de su hija...

—Sí... pobrecita mía...Sofía, con lo buena chica que es.

—Señora Pérez, ¿podríamos hablar con Marta?

—Es que no está en casa ahora mismo, se ha ido de acampada a pasar el fin de semana.

—¿De acampada?

—Sí, está muy tensa por lo que ha pasado... ella se culpa en cierta manera de lo de Sofía. Necesitaba tomar el aire y despejarse un poco.

—¿Podría darme su móvil?

—Claro, pero le advierto que yo he probado a llamarla y está fuera de cobertura, espere un momento que se lo doy ahora mismo.

La mujer dejó el teléfono en algún sitio y volvió al poco. Susana anotó el número del móvil que le dio la mujer con voz clara, pero cansada.

—Señora, sólo por curiosidad, ¿sabe dónde ha ido su hija?

—Ya se lo he dicho de acampada...

—Necesitamos algo más concreto: a dónde se ha ido de acampada...

—Ah, ya, no tengo ni idea... la verdad. Nunca me dice exactamente dónde. Creo que se iba con un amigo suyo... pero no estoy segura. Ya sabe cómo son las chicas de hoy en día, y más, ésta. Su padre es camionero y no hay manera de echarla el lazo.

—Sí, entiendo, señora. Muchas gracias y perdone las molestias.

—De nada.

—...Si consigue hablar con ella, por favor dígame que pregunte por mí en comisaría, necesitamos su ayuda para solventar algunas dudas del caso de Sofía, pura rutina. ¿Lo hará?

—Sí, no se preocupe, señora...

—Soy la agente Ruiz, Susana Ruiz.

—De acuerdo, señora Ruiz.

35

Dentro de la autocaravana se hizo una profunda expectación. Vivancos, el agente calvo estaba manipulando uno de los ordenadores.

—He limpiado la imagen. Ahora trabajo sobre formato digital, si se fijan se puede ver mucho mejor que antes.

—Vayamos al grano, Vivancos, adelante el video hasta las tres y media de la madrugada.

Vivancos no respondió, siguió mascando el chicle ruidosamente, y picó con el ratón encima de una de las opciones mostrada por la pantalla. Sobre la imagen apareció un símbolo: “x8”, y también la hora en color amarillo, registrada por la cámara de la caja de ahorros. La imagen fue pasando velozmente.

—Detenla ahí mismo —dijo Garnerero apretando el hombro de Vivancos. El reloj marcaba las tres y treinta minutos en punto. —Continúa la reproducción a velocidad normal.

—Vale, jefe.

Esperaron unos segundos. La imagen mostraba el habitáculo del cajero, y un tramo de la calle del fondo, Cristóbal Colón. Una chica apareció en pantalla con unos libros bajo el brazo, y se detuvo en la acera. De repente un coche rojo paró a su lado y la chica se subió.

Se hizo un profundo silencio en la caravana.

—¡Ahí está lo que queríamos ver! ¿Puedes ampliar la imagen?

—Sí.

Vivancos empezó a pulsar botones y desplegar menús de la pantalla con la flecha movida por el ratón mientras minimizaba el video. En seguida mostró lo

que todos querían ver. El equipo de Garnero al completo, incluidos los agentes Costa y Ramirez, y el agente Mulero se apretujaron detrás del sillón de Vivancos intentando contemplar aquella nueva imagen.

Se veía perfectamente al conductor del coche rojo. Era un hombre bastante más mayor que la chica.

—Creo que lo tenemos, señores — exclamó Garnero.

—Me suena la cara del fulano ese —dijo Vivancos.

—Sí, y a mí —puntualizó Costa—creo que es uno de los pro...pro...fesores que hemos descartado.

—¿Si?

—Casi est...est....estoy seguro.

—Bien, vamos a trabajar señores. Quiero todos los datos de ese tipo: descripción física, historial médico, laboral, propiedades que posee...estén encima de esta mesa cuanto antes. Si lo descartamos es porque algo se nos pasó por alto.

—De acuerdo, jefe.

—Otra cosa, Vivancos, quiero que hagas una nueva copia del video, pero necesito que distorsiones la imagen y le des mucha más oscuridad.

El agente calvo miró al subinspector y su movimiento de mandíbula se detuvo.

—Y quiero que lo hagas ya mismo.

36

Él ha vuelto.

Esta vez ha sido peor que nunca. Me han entrado ganas de echarle la pota encima de la espalda.

Como me he puesto nerviosa al final me ha tirado un poco de líquido a la cara. Ése que huele a cítricos y que me deja al borde del desmayo... seguro que no puede ser bueno. Luego me ha levantado prácticamente en el aire y me ha olido mucho más fuerte que otras veces. Hoy he sentido su nariz gorda y asquerosa clavándose ahí abajo. Por un momento pensé que iba a violarme con ella.

Lo cierto es que está como loco. Parece un animal salvaje ejecutando un rito sexual que le domina por completo. Ahora sí estoy más asustada, porque le veo que no está bien. No, no lo está. Se ha ido poniendo nervioso por días y eso es malo para mí.

Al cabo de un rato he notado que me alzaba en al aire de nuevo, creo recordar que mi espalda tocando la pared y que me sostenía por el culo mientras aspiraba entre mis ingles. Mis muslos estaban apoyados sobre sus hombros y apenas notaba mis piernas de rodilla para abajo, creo que las he sentido como si no fueran parte de mí. Estaba tan drogada que por un momento pensé que eran colgajos de carne y hueso.

También recuerdo que al rato de estar en aquella postura, la mole que me tiene secuestrada empezó a convulsionarse. Son los efectos del orgasmo que le produce el olor del sexo. Hoy no se ha conformado con uno.

Por eso digo que ha sido peor que nunca.

Luego se ha ido, arrojándose como un trapo sobre el frío suelo, al lado

del colchón.

Está tan afectado que se ha largado sin acercarme la bolsa con la comida y ha tenido que volver mucho más tarde, cuando lo ha recordado. Yo no he tenido fuerzas ni para llegar a mi camastro. Los efectos del líquido me dejan hecha polvo.

Esta vez la bolsa lleva una sorpresa, además de la comida.

Creo que es una buena noticia. Es un paquete de compresas. Son de una marca que no conozco, posiblemente las habrá comprado un chino.

Entonces un brillo de esperanza se ilumina en mi interior. Por lo menos conseguiré no ponerme perdida.

Hay algo más... es increíble lo que hace el instinto de supervivencia.

Me digo a mí misma que ese paquete es bueno, porque creo que si me lo ha dado es porque piensa mantenerme con vida. Y eso es lo más importante.

Porque yo quiero vivir.

37

A las once en punto Mulero entró en la comisaría con un DVD que Cervantes prácticamente le arrebató de las manos.

—¡Joder, Mulero! ¿Dónde coño ha estado metido? Le juro que ha faltado un pelo para que ordenara reventar la puerta de su casa.

—Tranquilo, jefe, tranquilo. No he podido llegar antes.

El comisario Cervantes entregó el DVD a Raúl que seguido por Susana Ruiz se dirigió a las escaleras rápidamente. Cervantes detuvo a Mulero por el hombro cuando éste se disponía a ir con sus compañeros.

—¿A qué demonios juegas, muchacho?

—No entiendo la pregunta, señor.

—Oye, yo te he defendido a capa y espada cuando otros intentaban dejarte por tierra...

—Señor comisario....

—Escúchame, Mulero, yo creo en ti, de verdad. Quizás sea de los pocos que lo hagan. Pienso que tienes grandes cualidades como policía, pero también sé que tienes un defecto...

—¿Un defecto?

—Sí, Mulero. Es el peor defecto que puede tener un policía, y en ti está muy acusado. Quieres la gloria a toda costa, y eso no es bueno, chico. Aquí todos somos una piña, si uno cae, caen todos. Sé que estas palabras te sonarán a discurso barato, pero te aseguro que yo las siento así.

Mulero se quedó callado.

—Ese subinspector Garnero no es trigo limpio, chico —continuó el comisario—. No te dejes guiar por él, hazme caso. Sigue un consejo de un

viejo que lleva pegados muchos tiros. Ya sabes lo que dicen: “sabe más el diablo por viejo, que por...”

—“..Diablo”. Sí ya lo sé, señor comisario. Pensaré en sus palabras. Es sólo que estoy muy cansado.

—¿Por qué no te vas a descansar, muchacho? Si estás preocupado por lo que descubramos no tienes porque estarlo, yo mismo te llamaré en cuanto sepa algo.

—Sí, será lo mejor. Ha sido un día muy duro, señor.

—Bien. Pásate por aquí luego. Ve y echa una cabezadita.

—Eso haré, señor. Muchas gracias por todo.

El comisario Cervantes lo vio alejarse hasta que desapareció por la entrada principal de la comisaría. Cervantes se atusó el bigote y sus ojos brillaron. Acaba de tener un mal presentimiento. Cuando era más joven los tenía con más frecuencia que ahora. Pensó en él sólo durante un instante, justo antes de dirigirse a las escaleras. Aquel mal sabor de boca había sido producido por un detalle ínfimo.

“Che, los detalles lo son todo” —se dijo evocando las palabras de su antiguo camarada de batallas.

—Sí, son muy importantes —murmuró allí de pie en el vestíbulo de la comisaría.

Estaba preocupado por Mulero. Algo no encajaba, decía estar cansado pero había salido del vestíbulo andando con firmeza y energía.

38

Eduardo Cortés estuvo estudiando hasta bien entradas las dos de la madrugada. Alternó su lectura de los apuntes de Sociología en el aula número dos con pequeños paseos por el patio mientras fumaba un pitillo.

Únicamente salió del recinto para comprobar la efectividad de su carné falsificado y la rutina del vigilante. Para eso, y también para poder comprarse un pastel de carne que vendían en una panadería a dos manzanas de allí. Era esa clase de tiendas que abría toda la noche porque su clientela compraba a cualquier hora. Especialmente estudiantes que se iban de juerga o volvían de un botellón. Era curioso verlos a las tantas de la noche comiendo pizzas pequeñas o cruasanes de jamón y queso.

Sin embargo, a las dos y media, el cuerpo de Eduardo Cortés dijo “basta”. Salió arrastrando los pies del aula y se dirigió a la puerta del patio que el guarda jurado había abierto puntualmente. Estaba agotado.

Diez minutos más tarde se dejaba caer sobre la cama de su tercer piso sin ascensor, pero empezó a dar vueltas sin lograr conciliar el sueño. La culpa la tenía el café aguado que se había tomado hacía una hora. No le había impedido que le vinieran los bostezos y las cabezadas cuando estaba en los aularios, pero ahora no le dejaba dormir.

Asqueado se levantó y se fue hacia la cocina. Abrió el frigorífico y con repulsión sacó dos tomates que habían criado hongos. Después, cogió una lata de Fanta de limón y se dedicó a rebuscar en los desangelados armarios contiguos. Por fin halló algo que le pareció interesante. Era una bolsa de palomitas para microondas. Estaba de suerte, sólo llevaba caducada un mes.

Se rascó el culo —llevaba puesto su pijama de ositos y pelotillas— y

metió la bolsa en el microondas siguiendo las instrucciones: “ESTA CARA PARA ARRIBA”.

Mientras oía cómo crepitaban en la bolsa, abrió la lata y echó parte del contenido en un gran vaso de tubo al que añadió los únicos cubitos que tenía en el congelador. Luego sacó una botella que guardaba en uno de los armarios superiores, y añadió un poco de ron.

El timbre del microondas sonó y Eduardo abrió la bolsa con sumo cuidado, desparramando las palomitas en una fuente honda de cristal. Éstas salieron entre humo y un pegajoso aroma a mantequilla. Se relamió mientras espolvoreaba las palomitas con azúcar, y de ese modo, con la fuente en una mano y el cubata en la otra se fue hacia la sala de estar.

Se sentó en el sofá, dejando las cosas encima de la mesita. Puso la tele mientras masticaba con una mano y se llenaba el pecho de trocitos de maíz tostado. A los dos minutos estaba harto de hacer zapping con el mando y pasar diez veces por el mismo canal de “teletienda”. Entonces reparó en la tarrina de discos que había dejado en el mueble, junto a las llaves del coche.

Con sonrisa burlona se levantó y colocó el CD titulado “W.C. Chicas” en la bandeja de su lector de DVD. Luego se sentó y pulsó el botón del mando a distancia mientras empezaba a visionar las imágenes.

Aquello fue algo decepcionante. El ayudante de Vargas, ese tal Andrés, había colocado la mini cámara en una rendija del falso techo del baño de las chicas, en los aularios. Desde esa posición, en un ángulo en picado se podía ver una de las cabinas de los retretes. Las chicas iban entrando intermitentemente a aquella cabina. Apenas si podía verse nada, era más la expectación que otra cosa.

Todas seguían un ritual parecido, cerraban la puerta, se bajaban los pantalones y las bragas —desde esa óptica sólo se apreciaban los movimientos— y después se sentaban a esperar mientras hacían lo que tenían que hacer. Luego arrancaban un poco de papel del baño y se lo pasaban por el chichi.

Eduardo Cortés masticaba con lentitud las palomitas mientras observaba las imágenes. Había chicas que ponían papel sobre la taza del wáter, otras lo limpiaban primero...algunas de ellas se quitaban los salva-slips y los cambiaban por unos nuevos que sacaban de fundas de plástico que llevaban en

los bolsillos de los pantalones. Muchas se tiraban un rato sacando cosas de su bolso, sobre todo las que tenían la regla. Algunas eran más rápidas, pero en general les llevaba un tiempo quitarse la compresa o el tampón manchado y envolverlo en papel higiénico. Luego se colocaban la nueva compresa o el tampón... Algunas tiraban el paquete por la taza del wáter—algo prohibido porque producía atascos en las tuberías— pero casi todas abandonaban la cabina y tiraban todos aquellos desechos en una papelera grande que había junto a la pared. Desde ese ángulo apenas podía reconocerse la cara de las chicas. En la esquina de la pantalla Eduardo vio que la cámara registraba la fecha de grabación. Eran filmaciones del año pasado....

Estuvo viendo aquel video durante un buen rato mientras se acababa las palomitas y el cubata, hasta empezó a dar cabezazos aburrido y cansado.

Finalmente, se quedó dormido.

DOMINGO

39

Susana Ruiz se despertó con la cara entumecida. No recordaba cuánto tiempo llevaba durmiendo, pero había pasado las últimas horas con la cabeza apoyada sobre los brazos y con el cuerpo reclinado sobre la mesa de escritorio. Le dolían todos los huesos.

—Buenos días, Susana.

Ella miró a Raúl Vázquez. Tenía unas grandes ojeras y el rostro cansado. El joven policía observaba la pantalla del ordenador con aire abatido.

—¿Conseguiste algo, Raúl?

—No, lamentablemente no. He probado con todos los programas que tengo, con los mejores. Lo único que he obtenido es una imagen difusa del conductor del coche que recogió a Marta, pero no he logrado mejorarla mucho.

Raúl movió el ratón y cliqueó sobre un pequeño cuadrito que hizo desplegarse una pantalla emergente. En ella se veía la imagen de la que le había hablado a Susana Ruiz. Ésta la observó atentamente y le dio la razón a su compañero. Con un sonoro crujido de la silla donde estaba sentada Susana se puso en pie y le puso las manos en los hombros a Raúl.

—Déjalo un rato, has hecho lo que has podido. Vayamos a la cafetería de en frente. Te invito a desayunar.

—De acuerdo.

Juntos bajaron por los grandes escalones de piedra de la comisaría. Cervantes los vio cuando alcanzaron el primer piso.

—¿Algo nuevo?

—No, señor, en la imagen no se ve una mierda.

El comisario Cervantes se atusó el bigote mirando al suelo.

—¿Sabe una cosa, señor? —dijo Raúl mientras empezaban a bajar los escalones hacia la planta baja.

—¿Qué?

—Yo juraría que ese video que nos han dado no es el original.

—¿Cómo dice?

—Estoy acostumbrado a ver muchos videos de cámaras de seguridad. Creo que nos han dado gato por liebre.

—No lo entiendo, explíquese Vázquez.

—No puedo asegurarlo al cien por cien, tendría que ponerme en serio a estudiar la imagen y las modificaciones que ha podido sufrir, pero yo creo que la han distorsionado a propósito.

Susana miró inquisitivamente a su compañero, y luego al comisario Cervantes.

—¿Quiere decir que la han manipulado?

—Hombre, ya le digo que no puedo asegurarlo, señor... pero sí, creo que nos la han dado un poco “tocada”...lo suficiente para que no podamos...

—...Hacer nada —dijo Susana Ruiz apretando los dientes.

—Bueno, bueno —exclamó el comisario algo azorado—... calmémonos todos, eso que está diciendo es muy grave, Raúl.

—Pero puede ser verdad, comisario, usted sabe que Garnero y sus secuaces son capaces de cualquier cosa para apuntarse una medalla. No me extrañaría que ya hubieran identificado al sospechoso y estuvieran yendo hacia donde quiera que esté.

El comisario guardó silencio y se pasó la mano por la cara mirando hacia los lados.

—¿Quiere que le diga algo, Ruiz?

Ella asintió con el semblante muy serio.

—Me importa una mierda las medallas que se pongan a nuestra costa, ¿me entiende? Ese hijo de puta me cae tan mal como a usted, peor incluso, pero voy a meterme en mi despacho y voy a rezar... sí voy a rezar un Padrenuestro, cosa que no he hecho en años para que usted tenga razón. ¿Sabe por qué? Porque si es así, y está en lo cierto, le aseguro que el cabrón de Garnero estará llegando a ese lugar ahora mismo. Si Sofía Jiménez está viva, él la encontrará.

—Pero no lo hará por ella —dijo Raúl.

—No, evidentemente. Lo hará porque tiene una sed desmedida de fama y poder. Pero eso me importa un carajo...—dijo Cervantes elevando el tono de voz—... aquí lo único que importa es salvarla.

40

El helicóptero de la Policía Nacional, un BO-105, de color azul y blanco con la bandera de España en los laterales sobrevolaba campos de secano y caminos de tierra. El subinspector y el agente Mulero iban en la parte trasera del aparato, sujetos fuertemente por el cinturón de seguridad y vestidos con chaleco antibalas. Junto a ellos, un tirador de la policía empuñaba un fusil de asalto. La puerta lateral del helicóptero estaba abierta y servía así de plataforma volante de tiro. El aire fresco de la mañana entraba por aquel hueco y el agente Mulero se lamentó de no haber traído una bufanda.

La cabina delantera del aparato estaba señalizada con el emblema del Cuerpo Nacional de Policía. Podía verse el escudo dorado sobre fondo azul en una placa de metal que había situada en el morro. Detrás del cristal ovalado de color oscuro el piloto seguía las instrucciones de su acompañante, el subinspector Miñarro, un tipo fuerte, del norte, y con cara de duro. Era el jefe del comando de G.O.E.S.* que iban a realizar la misión de rescate de Sofia Jiménez.

Por debajo del helicóptero, levantando el polvo de los caminos de tierra, una furgoneta blanca de aspecto civil circulaba a gran velocidad. Estaba completamente cerrada por su parte trasera, que era de gran altura.

Dentro de ella, seis agentes del G.O.E.S. guardaban un silencio casi religioso ajenos a los saltos de la amortiguación de la furgoneta. Tenían un aspecto imponente, vestidos de negro, con los rostros tapados por pasamontañas y las armas apoyadas en los brazos apuntando hacia el techo.

**N.d.a: Grupos Operativos Especiales de Seguridad.*

El helicóptero se adelantó y dejó al subinspector Garnero y al agente

Mulero en un campo de secano a cien metros de la casona a la que se dirigían. Cuando ellos llegaron la furgoneta ya no estaba y los G.O.E.S. habían tomado posiciones. Por la emisora de radio, un micrófono de alta tecnología que ambos policías portaban, pudieron escuchar las instrucciones que daba el subinspector Miñarro desde el helicóptero. Éste se había elevado y daba vueltas alrededor de la casona, informando que había detectado movimiento en la parte superior de la vivienda. Rápidamente el comando entró en acción.

Uno de los agentes apuntó a la cerradura principal de la casa con una escopeta que llevaba una munición especial del calibre doce. Cuando la disparó, la munición se desintegró en la cerradura impidiendo que cualquier fragmento rebotase contra el agente o entrase demás en la casa. Simultáneamente, otro compañero empuñando un ariete golpeó secamente la puerta, y ésta se abrió con un suave quejido.

En paralelo, dos agentes habían alcanzado la terraza superior gracias a una escalera desplegable que habían colocado encima del techo de la furgoneta.

Todos, los de la planta superior y los de la inferior, entraron cubiertos por sendos compañeros que apuntaban con sus subfusiles. Rápidamente se desplazaron por el interior de la casona.

—Todo despejado —escuchó Garnero mientras se dirigía hacia la puerta acompañado por el agente Mulero.

—“Rojo Uno”, hemos encontrado a la chica, está atada, pero parece en buen estado.

—¿Dónde está?

—Arriba, se encuentra sola en una habitación del primer piso.

Mulero y el subinspector se miraron con el brillo de la victoria en los ojos. Entraron en la casa, haciendo caso omiso de la señal de uno de los agentes del G.O.E.S. que cubría el vestíbulo.

De pronto, el subinspector reparó en una puerta de madera que aparentemente conducía al sótano. Se dirigió hacia allí, seguido de cerca por Mulero. Juntos empezaron a bajar por aquellos escalones gastados, sintiendo un fuerte olor a humedad. Allí había luz.

De repente lo vieron. Un hombre alto cargando una escopeta de doble cañón, junto a la escalera. El tipo dio un respingo al oír un grito que venía de la parte de arriba de la casa.

Era la chica.

El hombre movió el arma hacia un lado y Mulero le apuntó con su pistola y disparó.

Luego se hizo el silencio y Garnero bajó los últimos escalones. Le quitó la escopeta de las manos de un puntapié y le puso los dedos en el cuello.

—Está muerto.

—Iba a dispararnos —murmuró Mulero con la pistola humeante todavía entre las manos.

El subinspector no dijo nada. Subió por las escaleras y le puso una mano en el hombro. Luego desapareció por el pasillo.

El agente Mulero tardó en darse cuenta de que acababa de matar a un hombre.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

41

Eduardo Cortés tuvo pesadillas durante toda la noche. Soñó intranquilo mientras se revolvió en su cama y se hacía un bollo con las sábanas. Cuando despertó eran más de las doce del mediodía y tuvo que levantarse porque se estaba orinando. Luego volvió a la cama e intentó dormirse de nuevo.

Además tenía un fuerte dolor de cabeza provocado por el ron.

—Ya no sé ni beber —se dijo mientras cerraba los ojos.

Entonces le volvió una de las imágenes que le habían atormentado durante los sueños. Era algo ridículo: se veía a sí mismo comiendo palomitas y sentado en un taburete frente a la puerta de la cabina de los aseos de las chicas. La puerta del retrete que había grabado el perverso ayudante de Vargas. Sólo que en su sueño la puerta era transparente y podía ver a las muchachas desnudándose desde un ángulo mucho mejor, totalmente frontal.

Eduardo gesticuló con la boca mientras se abrazaba a la almohada con cara de salido.

Pero algo que lo desconcertó. Era lo que le angustiaba en ese sueño... Eduardo tenía a su lado un gran cubo lleno de palomitas, pero había una mano que aparecía de cuando en cuando y las vaciaba. Siempre ocurría lo mismo, una y otra vez. Cuando miraba tenía el cubo lleno, y al rato sin darse cuenta apenas si podía ver como una mano enorme aparecía de la nada y le quitaba sus palomitas.

—“Mano cabrona” —pensó.

Entonces recordó lo que le había dicho Vargas, eso de que tenía un talento especial. Un talento que le hacía inspirarse mientras dormía. Eduardo estuvo apunto de volver a quedarse dormido, pero de repente abrió los ojos,

sobresaltado.

Con nerviosismo fue hacia la sala de estar y puso el DVD en marcha. La vieja televisión se encendió con un sonoro crujido. Eduardo apretó el botón del mando a distancia y empezó a pasar las imágenes del video a mayor velocidad.

Hasta que lo vio.

No podía apreciarse muy bien, porque el ángulo de la cámara estaba cortado en esa zona, pero estaba seguro de lo que era aquello.

Una mano enorme que se llevaba las compresas de la papelera, siempre a altas horas de la noche. Era él.

El ladrón de compresas había estado visitando los aseos de las chicas.

42

—Una, dos y... ¡tres!

La placa hace un ruido extraño y luego cae sobre el colchón. ¡Lo he conseguido! Entusiasmada camino por la habitación medio aturdida sin saber muy bien qué hacer. Después de tanto esfuerzo, lo he logrado.

Entonces reparo en mi ropa, que está ahí acumulando polvo sobre la silla. Me acuerdo de que tengo un tampón en el bolsillo trasero de mis vaqueros, lo cojo y me lo guardo apretándolo contra mi cintura mediante el elástico de las bragas.

La cadena pesa una barbaridad, la arrastro por el suelo y entonces me acuerdo de que quizás “él” pueda escucharla y siento miedo. No sé lo que pasará si descubre que me he soltado. Recojo la cadena intentando no producir ningún sonido, la enrollo pacientemente en mi brazo derecho pero es tan larga que decido cambiar de táctica. Comienzo a enrollarla en mi cintura dejando un tramo lo suficientemente largo para mover mi brazo con cierta libertad.

Luego me dirijo hacia la puerta e intento abrirla pero está cerrada.

“Mierda”. Miro por la cerradura, pero la llave no está puesta.

Empiezo a golpearla porque me invade la histeria. Sacudo esas altas hojas de madera vieja y no parecen oponer mucha resistencia. Y cobro ánimos y las meneo con más violencia. Hasta que casi me meo encima.

Pasos que se acercan.

Entonces miro a los lados sin saber muy bien qué hacer. Descubro con pesar que con la cadena en la cintura apenas puedo moverme y la desenrollo de nuevo. Contengo la respiración y me pego al marco de la puerta.

La cerradura cruje y veo asomar la punta de la llave, una llave de esas

antiguas por el otro lado, por mi lado.

“Él” entra mirando hacia la zona del colchón y entonces yo me escabullo entre sus piernas fuera de la habitación, sintiendo un frío enorme que invade todo mi cuerpo. Estoy aterrada. Huyo sin saber muy bien hacia dónde.

Estoy en un pasillo de piedra bastante ancho, al final hay un hueco. Sí, parece un hueco que conduce a una escalera. De repente ocurre lo peor. “Él” ha cogido el otro extremo de la cadena —estoy tan asustada que hasta he olvidado cuánto pesa— y me detiene con un golpe en seco. Caigo de espaldas al suelo, un suelo que huele a humedad y a viejo.

Entonces grito, grito con todas mis fuerzas mientras él me arrastra hacia sí, como si fuera un animal cazado.

Y de pronto, me callo. Dejo de gritar porque veo algo que me deja muda. Las paredes del pasillo están llenas de bolsas de plástico colgadas de los tabiques. Son bolsas de esas que se usan para guardar el fiambre y hacer un envasado “al vacío”. Pero lo que guarda aquel monstruo en ellas es distinto.

Son compresas, manchadas de sangre seca y oscura. Compresas usadas.

Debajo de cada bolsa hay una inscripción en papel hecha con letra infantil, en mayúsculas. “Chica rubia, gorda”, “Morena de pelo rizado”, “Pija escuálida”....

Luego, cierro los ojos y empiezo a llorar. Hasta que él me rocía con el spray que me devuelve a las tinieblas.

Domingo cuatro de marzo. Noticias locales:

El rector de la Universidad de Pedreira en una rueda de prensa convocada desde el Campus Universitario instó ayer a las autoridades competentes a dar explicaciones en referencia al caso de Sofía Jiménez.

Juan José Marín, rector de la Universidad, señaló que se ha manchado el nombre de su Institución, debido a un despliegue policial que puso en tela de juicio los valores y la reputación de muchos profesores de la Universidad de Pedreira. En un acto al que asistieron gran cantidad de docentes y alumnos, el rector ofreció la ayuda de la Universidad a los familiares de la chica desaparecida mediante el anuncio de una recompensa de cien mil euros para aquella persona que facilitara encontrar a la estudiante.

Otras noticias: Una torre de repetición de telefonía móvil situada en la ladera del Monte Pío, al norte de Pedreira, será sustituida durante el día de hoy, por lo que la compañía a la que pertenece advierte a sus clientes que podrán ver mermados sus servicios y pide disculpas.

Susana Ruiz apuró el café que había sobre la mesa de la terraza del bar junto a la comisaría. Era el tercero que tomaba aquel domingo. Raúl y ella habían ido a comer juntos después de otro maratoniano intento de lucha por mejorar la imagen de la cámara de seguridad. Pero había sido en vano.

—Vámonos—le dijo a Raúl—, ahora empiezan a radiar los partidos de fútbol, y yo odio el fútbol.

Raúl se encogió de hombros y se levantó. Susana cogió el cambio que el camarero había dejado en el escudillo. La agente dejó una moneda de cincuenta céntimos de propina y guardó el resto en el bolsillo pequeño de sus

vaqueros. Al hacer el gesto para guardar las monedas vio una gran “X” en su mano.

Había olvidado mandar la foto a Vargas.

—No servirá de nada, pero en cuanto llegue la mando —se dijo caminando hacia la comisaría.

El subinspector Garnero subió al primer piso de la casona, y al ver a la chica sobre la cama, esposada, sintió una punzada de gloria recorriendo su cuerpo.

“Morena y regordeta” —pensó mientras caminaba hacia ella.

Sólo cuando estuvo a escasos metros se dio cuenta de que no era Sofia Jiménez.

—¿Quién eres tú? —dijo frunciendo el ceño incapaz de pensar con claridad.

—Me llamo Marta Gómez, señor —dijo asustada.

La chica estaba totalmente desnuda por lo que un agente del G.O.E.S. la tapó con una sábana mientras otro abría sus esposas.

—¿Y qué haces aquí, atada a la cama?

La chica se sonrojó ostensiblemente y miró hacia los lados avergonzada.

—¡Responde, muchacha! ¡Esto es importante! —Garnero casi escupía al hablar.

Uno de los G.O.E.S, el que la había tapado, lo miró con cara de pocos amigos a través de su pasamontañas.

—Señor policía, yo sólo...yo sólo estaba... estaba jugando con mi novio —dijo echándose a llorar.

El agente que tenía las esposas se las mostró al subinspector. Encima de la mesa había una etiqueta de la factura de compra. Era un artículo de “sex shop”.

—¿Y Fernando? ¿Se encuentra bien? —dijo ella entre lágrimas.

Garnero tragó saliva.

Fernando Atiénzar, profesor titular de Ingeniería Bioquímica de cuarenta y ocho años de edad, yacía muerto sobre el suelo del sótano de la casa de sus padres, con un agujero de bala del calibre nueve milímetros en el corazón.

45

Eduardo Cortés estuvo toda la tarde en los aularios de la Universidad. Intentó llamar a Susana Ruiz sin éxito y decidió esperar en el aula número dos hasta que se hiciera de noche.

Si el ladrón de compresas estaba allí, aparecería a últimas horas de la madrugada.

Aquella tarde fue al aseo más de media docena de veces. Se accedía a él por una puerta común algo deteriorada y luego se seguía por un pasillo estrecho con una curva a la izquierda. La primera puerta que se encontraba era la del aseo de chicos, y al fondo de otro pasillo angosto el de las chicas. Todas las paredes de los pasillos estaban pintadas de un color blanco lleno de suciedad sobre todo en las partes bajas.

Eduardo se felicitó por la disposición de aquellos aseos, porque al estar distribuidos de esa manera obligaba al ladrón de compresas a pasar por un lugar fácilmente observable.

Así que decidió esperar a que se hiciera de noche.

46

Siento que la regla me va a venir de un momento a otro. Sí, me va a dar un bajón. Entonces recuerdo aquellas paredes repletas de bolsas con compresas y me entran ganas de vomitar.

Una idea me asalta de golpe. ¿Qué hará conmigo una vez que tenga mi compresa llena de sangre? “Nada” — me digo intentando tranquilizarme —“qué va hacer”—, pero no estoy tan segura. Es como una poderosa intuición lo que me ha llevado a ese pensamiento... como si de alguna manera conociera bien a ese monstruo y a su propio olor. Porque, ¿a qué huele él? A humedad... seguramente guarda sus ropas en una habitación de esta casona.

Pero Dios me ayuda.

Me inspira con una idea que sólo Él podía hacer germinar en mi cabeza. Recuerdo entonces el tampón que tengo apretado contra mi cintura. Entonces me levanto y me meto en el aseo, allí rompo el envoltorio de color verde con los dientes. El pequeño aplicador con el tampón en su interior aparece ante mí con el hilo colgando. Muerdo el hilo reduciendo su tamaño a la mitad, y despliego el aplicador de plástico, abriéndolo. Luego lo introduzco en mi vagina y empujo. Después retiro el aplicador, comprobando que apenas se ve el hilo entre mi mata de vello púbico. Luego, cojo la bolsa de compresas que me ha traído el monstruo y me pongo una.

Y cruzo los dedos y me echo sobre el colchón. Y rezo.

Vargas, vestido con albornoz blanco y con una copa de vino en una mano, vio el mensaje que le había mandado Susana Ruiz por el Messenger, el programa de mensajería instantánea para sistemas Windows. Era la una de la mañana pero aún así abrió el archivo adjunto y estuvo mirando la imagen durante un buen rato.

Con una cierta nostalgia miró aquella vieja Tabla Periódica que se veía en la pared, y poniéndose sus gafas de cerca la observó durante un buen rato tras ampliarla digitalmente. De repente sintió unos profundos retortijones de estómago. Había tenido un fin de semana movido con sus amigos ricachones. Atiborrarse en las cenas no le sentaba nada bien. Imprimió la foto y cogiéndola de la bandeja fue corriendo al baño.

Un rato después se hallaba en plena faena mientras observaba aquella imagen.

—Hidrógeno, Litio, Sodio, Potasio... —decía mientras empujaba.

Recitar aquello le producía añoranza de sus tiempos de juventud.

—Berilio, Magnesio, Calcio, Estroncio...

De repente sintió que “aquello” empezaba a salir. Estaba en el momento cumbre de su ritual diario. Empujó poniéndose un poco colorado, y empujó más fuerte.

Y de pronto se dio cuenta de algo. Algo importante.

Esa tabla no estaba completa. Faltaban elementos químicos.

48

Eduardo Cortés se impacientó porque ya casi no quedaba nadie en los aularios y dudaba de que los tres esmirriados estudiantes con acné que permanecían en las clases, pudieran ser unos secuestradores.

Decidió esperar un poco en el pasillo de entrada a los aseos y cuando estuvo seguro de que nadie lo veía se introdujo en el baño de las chicas, observando que la papelera estaba atiborrada de compresas. Él no había estado aún. Cerró la puerta del retrete, ése que había filmado el ayudante de Vargas, y echando el seguro del pomo levantó los pies sobre la taza, cogiendo las rodillas con sus brazos, para que nadie pudiera verle desde fuera.

En esa incómoda posición esperó durante casi una hora.

Cuando creía que se iba a quedar dormido, escuchó cómo alguien revolvía en la papelera. Un sudor frío revolvió su cuerpo y se le aceleró el corazón. Decidió esperar un poco para seguir al tipo.

De pronto, un gran estruendo provocado por la cisterna del otro aseo, el de caballeros, hizo que no pudiera escuchar bien lo que ocurría al otro lado. Esperó un momento más, y armado de valor abrió la puerta y resbaló sobre el suelo mojado... pero encontró la estancia vacía. Rápidamente corrió por el pasillo intentando ver al ladrón, pero alcanzó el vestíbulo de los aularios y no consiguió ver a nadie.

—¡Demonios! —se dijo.

Volvió sobre sus pasos y miró en todos los lados, la cisterna que se había activado era del aseo de caballeros, pero allí tampoco había nadie. Entró de nuevo en el aseo de chicas, seguía vacío. Reparó en un pequeño armario empotrado en la pared, uno para guardar las fregonas y los cubos. Lo abrió y

descubrió material de limpieza y una pared vieja de piedra.

Cerró de nuevo la puerta y miró a su alrededor. Nada de nada. La fregona apoyada en la esquina, la papelera a medio vaciar, trozos de envoltorios por el suelo... Y sus huellas por todos los lados, sus huellas que lo habían emborronado todo.

—Disculpa—dijo una voz a sus espaldas —¿Me quieres explicar qué hace aquí?

Era el guarda jurado, un tipo bajo con una gran barriga. Parecía Sancho Panza.

49

Pasos que se acercan.

Ha vuelto, tal como esperaba. Está fuera de sí, frenético.

No me he dado cuenta antes, pero ahora la cadena está sujeta al baño. Supongo que es algo provisional porque le ha dado un par de vueltas alrededor de las tuberías de plomo que están al aire, luego ha entrelazado dos de los eslabones mediante un candado, por lo que sigo anclada a una pared.

Me ha bajado, lo noto. La regla ya ha llegado.

Él abre la puerta, deja una enorme lámpara vieja de queroseno a un lado de la habitación y entonces se dirige hacia mí. Esta vez me levanta del cuello. Está cabreado conmigo.

Entonces mete sus manazas en mis bragas y saca la compresa, impoluta. La mira pero no la huele.

Luego me arroja sobre el colchón y me lanza la compresa.

Y luego se va.

LUNES

50

Eduardo Cortés se encontraba en el patio de los aularios sentado en un banco esperando a que llegara la policía. El vigilante le había pedido que se quedara allí a esperar a que lo identificaran, y, para colmo, se había percatado de que el carné de Eduardo era falso. Por eso le mantenía esposado.

—Hay algo que no cuadra —se dijo el chico—, que no encaja en ese cuarto de baño.

La policía tardaba en llegar, así que se tuvieron que refugiarse en el vestíbulo de los aularios. Estuvieron esperando más de cuatro horas. Esa noche había movida en Comisaría. El guarda jurado le contó a Eduardo Cortés que la radio hablaba de que agentes del Cuerpo Nacional de Policía habían matado por error a un profesor de Universidad. Eduardo esperó que Susana no estuviera metida en ningún lío.

Cuando eran cerca de las seis de la mañana, el vigilante aceptó un pitillo del chico, y juntos vieron cómo las mujeres de la limpieza llegaban al Campus.

—Vaya —exclamó el vigilante— hoy llegan temprano.

—¿Si? ¿A que hora vienen normalmente?

—Sobre las seis y media.

Un par de mujeres de unos cuarenta años se acercaron a ellos, saludando al vigilante con la mano. No pudieron evitar mirar extrañadas al chico alto y guapo que estaba allí esposado.

—¿Qué ha hecho? —preguntó la mayor.

—Pasarse de listo —contestó el guardia con aires de grandeza.

Luego, las mujeres abrieron una puerta del vestíbulo —otro armario empotrado—, y empezaron a sacar los enseres de limpieza. Eduardo observó distraído cómo cogían una fregona gastada. Entonces tuvo una idea.

En una distracción del vigilante, Eduardo salió corriendo hacia la puerta de los aseos, luego enfiló el pasillo y giró a la izquierda metiéndose en el cuarto de baño de las chicas. Allí atrancó la puerta como pudo usando una fregona. Luego, abrió el armario empotrado y retiró los productos de limpieza.

Ésa era la pieza que no encajaba. La puta fregona que estaba fuera del armario. El ladrón la usaba para borrar sus huellas en el suelo, por eso no las había visto y por eso había resbalado al salir del retrete.

Eduardo tenía un fuerte presentimiento, si era correcto sólo podía significar una cosa: Sofía Jiménez jamás había salido del Campus universitario.

Examinó la pared de piedra antigua y sin saber exactamente qué hacer, la empujó. Ésta se movió algo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, empujó de nuevo apretando los dientes y el muro se desplazó hacia atrás, era un hueco de un metro y medio de alto por un metro de ancho. Observó que la gran losa de piedra se desplazaba por unos raíles metálicos que había en el suelo. Penetró por el hueco.

Dentro estaba todo oscuro y olía a fuerte humedad. Eduardo Cortés sacó su móvil y se iluminó como pudo mientras avanzaba.

Estuvo caminando durante un buen rato por un pasillo estrecho que parecía más bien un túnel por el que se tenía que andar agachado, luego llegó a otra zona, donde empezó a subir por unas escaleras angostas de caracol. Llegó a otro pasillo mucho más largo con papel antiguo en las paredes. Había algo allí colgado.

Eran docenas de bolsas de plástico con compresas usadas en su interior.

Debía estar por lo menos en un segundo o tercer piso, pero allí no había ventanas.

Entonces escuchó un ruido a sus espaldas, alguien subía por la escalera. Eduardo corrió hacia el final del pasillo y tropezó con algo cayendo sonoramente sobre el suelo lleno de polvo. Había chocado con unas tuberías de agua que salían de una de las paredes y se metían en otra.

El hombre con el pasamontañas encendió la luz. Era un gigante, gordo y

mucho más alto que Eduardo. El chico tragó saliva y huyó hacia atrás. Pero él le dio alcance muy pronto. Eduardo Cortés no sabía pelear y estaba esposado. Lanzó un golpe como pudo, pero se quedó en el aire porque aquel gigante le propinó un mazazo con ambas manos en plena cabeza que le hizo doblar las rodillas y caer al suelo.

Creyéndose perdido trató de golpearlo en la entrepierna, pero el gigante fue más rápido que él. Alzó su rodilla justo a tiempo para impactar en la cara de Eduardo que sintió un crujido espantoso. Luego lo agarró por la camisa y lo lanzó contra la pared. Algunas bolsas de plástico acompañaron a Cortés en la caída.

Después intentó zafarse ante una nueva embestida, pero no pudo. El gigante lo alzó por los hombros y le asestó un puñetazo en el estómago que lo levantó en el aire doblándolo por la mitad. Eduardo abrió la boca intentando llenar sus pulmones porque se quedaba sin respiración. Luego cayó de rodillas, y entonces percibió que otro puñetazo le venía desde lo alto. Intentó esquivarlo sin éxito, y su pómulo empezó a arder de dolor. Sintió que se quedaba momentáneamente sordo del lado derecho.

Echaba sangre por la boca y podía notar la suciedad del suelo que se pegaba a su mejilla hinchada. Lo último que sintió fue que le rociaban el rostro con líquido.

Eduardo Cortés pensó que el ladrón de compresas le había escupido en la cara.

51

Vargas conducía a toda velocidad su Audi A-4 por la autovía en dirección hacia Pedreira. Había intentado hablar con Susana y con Eduardo sin conseguirlo, así que apretó el acelerador del coche esperando que no fuera demasiado tarde.

El viejo detective se maldecía por la mala suerte de no haber recibido la imagen antes, pero por otro lado estaba acostumbrado a aparecer en escena “in extremis”.

De pronto su móvil sonó. Vargas miró de reojo la pantalla: el teléfono de Susana ya estaba disponible. Activó el pequeño dispositivo de “manos libres” que había sobre el parasol de su lado pulsando un botón. En la pantalla de su pequeño teléfono apareció que se estaba conectando por bluetooth con el “manos libres”. Vargas pronunció el nombre de “Susana” elevando la voz y el dispositivo la reconoció de inmediato marcando el número de la agente Ruiz.

—¿Diga?

—Susana, ¿sos vos?

—Sí, ¿qué ocurre?

—He descubierto algo importante, Susanita.

—¿Sí? —La agente tenía la voz muy cansada. Había pasado medio domingo viendo cómo interrogaban a Mulero, y cómo éste no paraba de llorar. El subinspector Garnero había conseguido escurrir el bulto, porque en definitiva él no había disparado el arma que mató al profesor universitario.

—Mirá... es la Tabla Periódica. ¿Recordás las preguntas fundamentales: quién, cuándo, dónde...?

—Sí.

—Ustedes relacionaron la Tabla con “el quién”, pero eso fue un error, querida mía.

—¿Por qué?

—Porque lo que nos dice esa Tabla Periódica no es “el quien” sino “el dónde”.

—No te entiendo, Vargas.

—Mirá, esa Tabla Periódica es anterior a mil novecientos cuarenta o mil novecientos cincuenta, por lo menos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la Tabla Periódica de la imagen parece corresponderse a los argumentos de Moseley, que reagrupó los elementos por orden creciente de número atómico... pero no fue hasta mil novecientos cuarenta y cuatro que un químico estadounidense, Glenn T. Seaborg, sacó catorce elementos de la estructura principal de la Tabla Periódica proponiendo su actual ubicación debajo de la serie de los Lantánidos, siendo desde entonces conocidos como los Actínidos.

—¿Quieres decir que esa tabla no es la actual? ¿Es eso?

—Exacto, chiquita. Por eso faltan elementos, como el Plutonio, que por cierto descubrió Seaborg.

—¿Y la relacionas con “el dónde”?

—Sí, yo apostaría a que la pared de la que cuelga esa tabla es por lo menos tan antigua como ella o más.

—¿Qué quieres decir?

—He estado investigando entre mis libros, ¿sabés lo que encontré?

—No.

—Pedreira fue un bastión republicano durante la Guerra Civil española, y al igual que Alicante fue bombardeada en multitud de ocasiones por el ejército nacional. Los actuales edificios del Campus universitario están replanteados sobre aquellos muros de antaño, es decir comparten cimientos con los antiguos talleres y escuelas de la ciudad.

—¿Insinúas que hay pasadizos secretos o algo así?

—¡Pero que lista que sos! Debés tener en cuenta que después de la Guerra muchos hombres de letras tuvieron que ocultarse de la represión franquista. Es probable que se ayudaran de antiguos túneles y escondrijos.

El Audi iba a meterse en un túnel.

—Susanita, tengo que cortar, nos vemos en la Universidad.

Eduardo Cortés se despertó maniatado a una silla de madera. El gigante lo había enrollado con cinta americana y le era imposible moverse.

Además descubrió que su captor había asegurado la silla a la pared de alguna manera que no conseguía ver. La chica estaba a unos metros de él, llamándole. Tenía el rostro bañado en lágrimas.

—¿Estás bien? —dijo al ver que él se despertaba.

—...He estado mejor. ¡Eres Sofía! Encantado de conocerte, me llamo Eduardo Cortés, perdona que no me levante.

Ella sonrió con una gota cristalina colgando de la nariz. Eduardo tenía el rostro hinchado por los golpes y sangre seca en el pómulo y los labios. Sofía reparó en que estaba en ropa interior y trató de taparse.

—Tranquila...—murmuró él—no eres la primera chica que veo en ropa interior aunque no te lo creas.

Ella volvió a sonreír a medias.

—No es por eso por lo que me tapo.

—¿No? ¿Entonces?

Sofía lo miró como lo haría una niña pequeña y con mucho pudor apartó la mano de sus braguitas. Estaban manchadas de sangre.

Eduardo giró su cabeza hacia la puerta y comprendió lo que pasaba: el gigante iba a matarlos. Había dejado una gran lámpara de queroseno encendida en la esquina de la habitación. Quería asfixiarlos con Monóxido de Carbono. Ellos no podían alcanzar la lámpara, estaba totalmente fuera de su alcance.

Ni siquiera Sofía llegaba hasta donde estaba Eduardo.

—Eduardo piensa, piensa —se dijo a sí mismo hablando en alto.

Luego observó que había un hueco en la pared junto al colchón de Sofía.

—¿Qué hay ahí?

—Nada, una taza de váter y un lavabo.

—¿Y dónde está fijada la cadena?

—A las tuberías creo, son de esas antiguas, están negras.

Eduardo suspiró agachando la cabeza. Se esforzaba en intentar soltarse, pero le era imposible.

—¿Qué va a ser de nosotros? —dijo la chica dejándose caer en el suelo.

La fricción de la cadena produjo un ruido metálico al rozar con las tuberías del baño. Eduardo miró hacia la oscuridad de aquel hueco.

—Sofía, tengo una idea. Pero tendrás que ponerla tú en práctica.

Ella levantó la mirada y vio a aquel muchacho alto y de nariz aguileña observándola con un ojo casi cerrado por la hinchazón.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que tires con toda tu fuerza de la cadena... quiero que rompas las tuberías de agua. ¿Crees que podrás?

—Lo intentaré, ¿pero de qué servirá?

—¿Sabes dónde nos encontramos?

—No.

—Estamos en una planta alta dentro de la Universidad,—Sofía abrió los ojos turbada—si el agua empieza a derramarse quizás otros vean la fuga...

Sofía Jiménez se levantó y una vez más empezó a tirar con todas sus fuerzas de aquella maldita cadena.

Pero ahora no pensaba en esclavos egipcios ni en hombres musculosos.

Vargas llegó a la Universidad sobre las siete y media.

Aparcó su coche en batería, porque a esas horas no había nadie. Tuvo suerte ya que estaban empezando a abrir los edificios. Corriendo se metió en el más imponente de todos, el de la esquina con la calle Cristóbal Colón; una vez allí pasó junto a recepción, pero no vio a ningún bedel a quien preguntar por lo que empezó a mirar en los pasillos, y a abrir puertas de diferentes aulas. Estaba buscando a ciegas.

Después se cruzó con un profesor que lo miró con curiosidad. Era un hombre de avanzada edad, calvo y con los cabellos plateados en las sienes.

—Buen día, discúlpeme señor, me llamo Ramiro Vargas. ¿Podría usted indicarme dónde están las clases más viejas?

—¿Más viejas? No entiendo —dijo el hombre extrañado y algo receloso.

—Sí, es difícil explicarlo, señor. Yo ando buscando una antigua clase de mi niñez, una donde se impartía química elemental.

—Hummm... la verdad es que nunca me habían preguntado algo así... que yo recuerde esta escuela siempre fue de letras... lamento no poder ayudarle, señor Vargas.

El detective puso cara de pena y siguió subiendo por las escaleras de mármol.

Estuvo más de diez minutos dando vueltas sin sentido y recorrió todo la estancia de arriba abajo. Decepcionado bajó a la segunda planta y se sentó en un antiguo banco de madera y recostó la cabeza contra la pared.

—Tal vez esté en otro edificio —se dijo— o en el sótano. Sí.

Pero cuando iba a levantarse una gota de agua le cayó sobre la cara. El

detective miró hacia el techo y vio una pequeña mancha oscura que se formaba sobre la pintura blanca.

Entonces subió por las escaleras y se topó con una pared que formaba parte del pasillo. Aquella pérdida de agua estaba al otro lado.

—¿Cómo es posible? —se dijo—. Acá no hay ningún aseo. En realidad, acá no hay nada, sólo piedra.

Vargas palpó la pared y se lamentó al descubrir que sería imposible romperla sólo con buena voluntad. Entonces se giró y miró por la ventana que había a sus espaldas y que daba a la calle. Aquella cristalera estaba orientada a la calle paralela a la Avenida Europa. Allí estaban de obras.

Diez minutos después tenía a dos hombres con traje de faena rompiendo el muro con un martillo eléctrico. No le había costado convencerlos, sólo tuvo que mostrarles dos billetes de cincuenta a cada uno. Si había tardado más en empezar a picar había sido porque necesitaban corriente de trescientos ochenta voltios y tuvieron que tirar alargaderas hasta la segunda planta.

Después de un rato, Vargas se coló por el agujero que habían hecho en el muro. Los dos hombres le siguieron, mientras los profesores y alumnos miraban sorprendidos el revuelo de polvo y escombros que se había montado en esa planta.

Eduardo Cortés y Sofía Jiménez estaban al borde del desmayo cuando fueron sacados de aquella habitación. La chica había conseguido romper una de las tuberías, pero no había podido con la otra y por eso la cadena seguía enganchada a la pared.

Mientras los obreros sacaban a los chicos Vargas se adentró en las catacumbas. Ayudado por un juego de ganchos que siempre lo acompañaba, consiguió abrir la antigua puerta de madera, cuyas rendijas estaban selladas con trapos para garantizar la asfixia de los secuestrados. Luego entró en el pasillo y se encontró con “él” de lleno.

El gigante estaba recogiendo a toda prisa unas bolsas de plástico que colgaban de las paredes. Lo hacía de forma convulsiva como si se tratara de monedas de oro. Cuando vio al detective dejó su tesoro en el suelo con cuidado. Entonces lo envistió con un poderoso puñetazo que vino desde arriba. Aquel hombre tenía la mano tan grande como un yunque. Vargas, sorprendido, elevó ambos brazos para recibir el golpe. Cuando sus manos se

tocaron, el detective aprovechó la inercia del gigante para dejarlo pasar a un lado y agarrando su brazo tiró de él, desequilibrándolo. El hombre cayó sobre el suelo pesadamente. Con un gruñido se intentó poner en pie, pero Vargas le asestó un tremendo puntapié en toda la nariz. El gigante gritó de dolor.

Rápidamente se levantó lanzándose sobre el detective como si fuera un toro. Vargas reculó hacia atrás, pero inesperadamente tropezó con unas tuberías que atravesaban el pasillo a unos treinta centímetros de altura y cayó de espaldas al suelo.

El gigante elevó sus brazos para amartillar un golpe sobre la cabeza del detective. Ahora tenía algo entres sus manos. Era una gran linterna de tubo.

Sonó un disparo. La bala salió limpiamente por el hombro derecho de aquel tipo. El gigante se dio la vuelta y miró a Susana Ruiz, que le apuntaba con su vieja pistola Star.

Con un nuevo gruñido avanzó hacia ella. Susana no dudó y le disparó en el otro hombro, luego apuntó a los huevos de aquel gigante y éste la miró fijamente abriendo los ojos a través de su pasamontañas.

—Si das un paso más te los vuelo. Tú verás qué haces.

El gigante soltó la linterna y se dejó caer en el suelo apoyando la espalda contra la pared. Simultáneamente agarró las bolsas que tenía a su alrededor, atrayéndolas hacia sí.

Entonces Vargas se acercó a él y le quitó el pasamontañas. Un profesor que se había aventurado a entrar detrás de Susana lo reconoció: era el bedel del edificio de Derecho.

La agente de policía observó a aquel tipo. Le sangraba la nariz.

Susana Ruiz pensó que nunca en su vida había visto una nariz tan fea.

EPÍLOGO

Eduardo Cortés paseaba junto a Susana Ruiz por la playa de Cabo de sal. Ella vestía un suéter ajustado que marcaba sus enormes pechos. Habían dejado al viejo Vargas medio adormilado en el sillón de mimbre del porche de su casa. La pareja estaba contemplando una suave y dulce puesta de sol.

Susana sonrió al ver, una vez más, el rostro de Eduardo. Estaba lleno de moratones.

—¿Qué?

—Nada, es sólo que tienes la cara hecha un mapa.

—Bueno, si no queda bien del todo puedo hacerme una operación estética, ahora me lo puedo permitir, ¿sabes?

—La recompensa, ¿te refieres a los cien mil euros de la Universidad?

—Sí —dijo Eduardo con un brillo en los ojos— aunque no todo es para mí.

—¿No?

—No, el cabrón de Vargas me ha indicado con mucha cortesía que debo entregarle un veinte por ciento de lo que recaude en los casos en los que intervenga.

Susana sonrió. Era típico de Vargas.

—¿Y te ríes? ¡Realmente es usted mala, agente Ruiz!

—¿En serio piensas eso de mí?

—Sí que lo pienso. Pero para hacer un diagnóstico certero necesitaría evaluarla en todos los campos.

—¿En qué campos, doctor Cortés? Explíquese.

Antes de que él contestara con una de sus tonterías Susana puso su dedo

índice sobre los labios amoratados de Eduardo. Sin embargo, el consiguió hablar.

—¡Ché! ¿Qué hacés? —dijo imitando a Vargas.

Susana Ruiz lo besó. Los pechos de la agente de policía se pegaron contra su cuerpo y éste la abrazó sintiendo un agudo dolor en la boca. Tenía los labios muy hinchados todavía.

—¿Qué me dice, doctor? —exclamó ella poniendo voz sensual—¿Le vale este campo para su estudio?

—Me vale—contestó él—pero tengo que hacer muchos experimentos para hacer una evaluación definitiva.

—¿Experimentos? ¿Qué clase de experimentos?

—¿Puedo ser sincero?

—Adelante.

—Pues...el primero en el que estaba pensando es algo del todo empírico.

—¿Si? ¿A qué se refiere? —dijo ella advirtiéndole que Eduardo bajaba la vista hacia sus pechos con cara de salido.

—Me preguntaba... A ver... Estoy especialmente interesado en saber si son mayores de una 120.

—No, una 120 exacta. ¿Por qué me miras así? ¡No pongas esa cara hombre!

—Señorita —dijo Eduardo muy serio levantando las manos frente a los pechos de Susana—, como le he dicho se trata de un experimento empírico, queda ahora confirmar mediante la práctica que son de esa medida.

Entonces Susana le soltó un sonoro cocotazo que le hizo poner los ojos en blanco.

Se alejaron riendo por la arena de la playa, apartados del ruido de la ciudad.